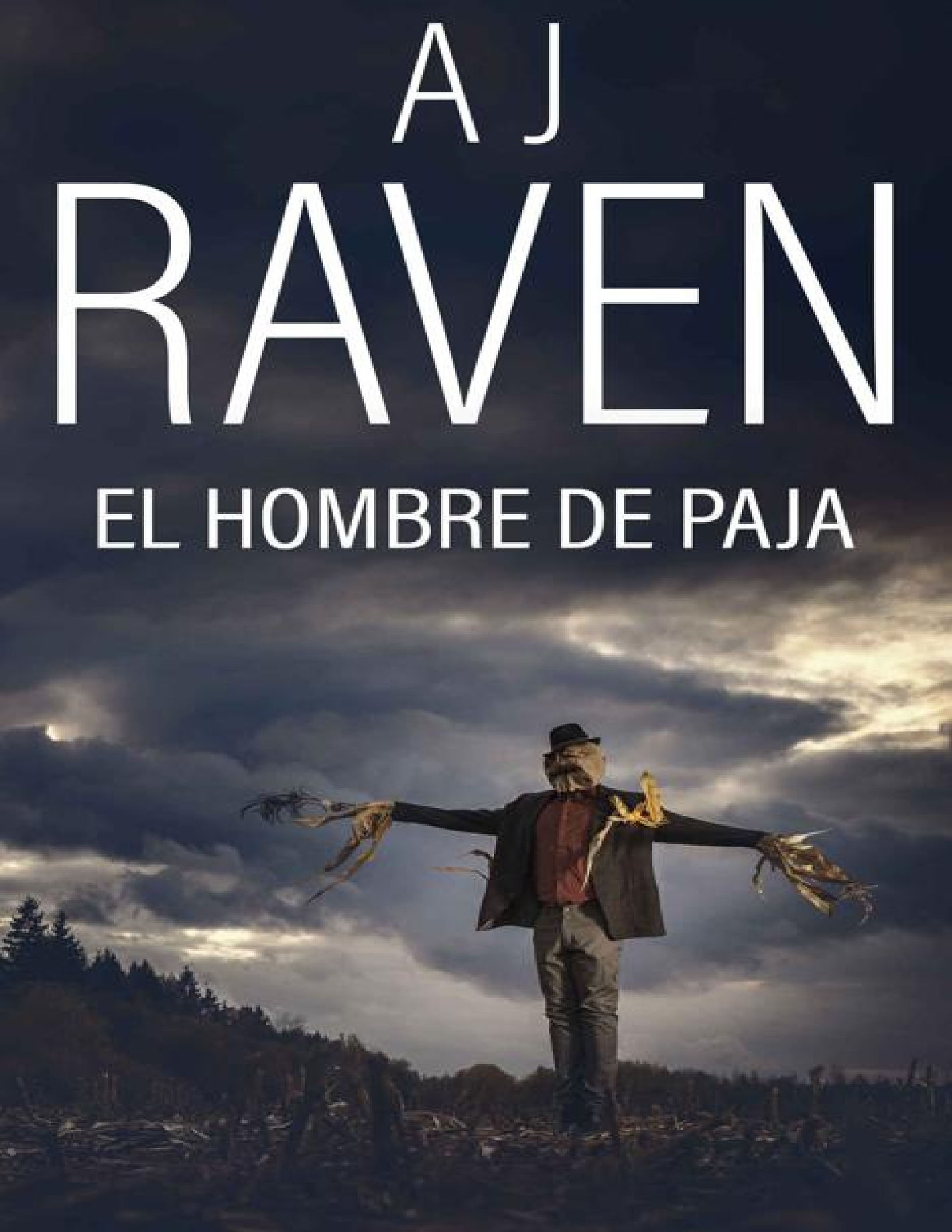
A J

RAVEN

EL HOMBRE DE PAJA



El hombre de paja

El hombre de paja
©AJ Raven.
Diseño de portada: Imagine Desings
Corrección: María Martha Arce

A.J Raven | Facebook
A.J Raven (@AJRaven2) / Twitter
Visita mi web:
AJRaven

©Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea electrónico; mecánico, fotocopia, grabación ni otros medios sin el consentimiento previo y escritor del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art 270 y siguientes del código penal)

Sobre el autor

AJ Raven (1986) es un autor y guionista nacido en Madrid. Es el autor del Betseller *Llueve sangre sobre el asfalto*, y la serie de *Andrés Hurtado*, la serie **MÁS NEGRA DE AMAZON**. También tiene varios relatos y obras de teatro. Todo relacionado con el género criminal.

Contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

A seis días de la Navidad…

En algún lugar inhóspito, con una noche invernal y una luna en la cual se hallaba en una posición en la que tan solo dejaba ver un pedazo insignificante de su belleza debido a un cielo cerrado, en una oscura habitación, con humedades en el techo y paredes agrietadas, un desconocido contemplaba el horizonte a través de lo que quedaba de los cristales de una ventana rota. A su vez que escuchaba entonar los aullidos de los lobos, sus ojos negros se enclavaban en las montañas, donde todavía se podían divisar rayos de una pequeña tormenta que caía sin cesar. Hacía más de media hora que la lluvia descargó en aquel inmundo tejado para terminar amainando a medida que se ocultaba tras las montañas. Aquel desconocido volvió a centrar su mirada en la mesa astillada en la que trabajaba, mientras su mano derecha manipulaba unos cables a un temporizador.

—¡Ya lo tengo! —exclamó el hombre con una sonrisa—. Será un bonito regalo de Navidad. ¿Tú qué opinas?

Aquella pregunta, la lanzó a un chico que se hallaba atado y amordazado en una esquina, indefenso, asustado como un perro por una estruendosa tormenta. Sin embargo, este «perro», también se hallaba asustado, y no por lo que le pudiera hacer a él, no, sino por lo que sus ojos morados y vidriosos estaban contemplando. Intentaba poner una expresión de terror con su cara, pero no pudo, su cara albergaba tanto dolor, que los músculos no emitían reacción alguna. Solo lloraba y rezaba para que la agonía se acabase pronto. A continuación, el hombre se levantó y anduvo hasta él. Se colocó en cuclillas y lo miró a aquellos vidriosos y agónicos ojos.

—¿No contestas? Claro, como vas a contestar, sí estás amordazado… No te muevas de aquí, he de ir a colocarla, tardaré unas horas…

1

20 de diciembre. 20:45

Una fina lluvia caía un sábado en la capital. La ciudad se despertó con sus calles encharcadas, embarradas o con una fina capa de agua helada sobre el ardiente alquitrán. Llevaba semanas sin parar de llover, algo que los habitantes y la poderosa sequía que azotó el verano, agradecían. Una de aquellas calles, Gran Vía, se abarrotaba de personas que, aun sumidas por el frío y resguardadas bajo sus paraguas, querían disfrutar de las luces que aquel periodo tan festivo otorga. En una noche que se mantenía fría, solitaria y donde la única luz que poseían era la de una luna moribunda y ahogada en su pena, una niña embelesada y cautivada por las luces y los adornos, caminaba agarrada de la mano de su progenitor. A su vez que caminaba, una persona vestida de papá Noel que andaba en dirección hacia ella, chocó contra su brazo. El padre recriminó su actitud, sin embargo, el papá Noel ni les miró, ni pronunció unas palabras de disculpa, no, este continuó su camino, sin importar nada ni nadie, nervioso, angustiado y observando en derredor como si alguien lo estuviera persiguiendo. Cruzó Gran Vía a paso rápido y al llegar a la plaza de Callao, se puso debajo del árbol de Navidad. La gente lo miraba, algunos se paraban y los más pequeños le mandaban un saludo, en cambio, no le prestaron verdadera atención hasta que dejó en el suelo la bolsa que portaba al hombro, y con la lluvia sobre sus hombros, sacó una pequeña campana, y la agitó. En el primer tintineo, captó la atención de los viandantes.

«Ho, ho, ho, acercaros, papá Noel está aquí»

Las personas no pudieron resistir la llamada de aquel símbolo tan navideño. Todos se giraron a verlo y anduvieron hasta él. Los niños, expectantes, abrieron los ojos y le mostraron su mejor sonrisa.

«Ho, ho, ho…»

Acto seguido de agitar la campana y de saludar a una niña que no dejaba de mirarlo, la guardó en la bolsa para a continuación, sacar un revólver. Aquel suave tintineo se convirtió en un estruendoso disparo al aire. Las caras felices, aquellas sonrisas de los niños y la calma que reinaba en la plaza, se convirtió en llantos de terror y gritos desgarradores. Los padres cogieron a sus hijos en brazos para huir del lugar lo más rápido posible que sus piernas les dejaban, a su vez que gritaban: «¡Están matando gente!» O «¡Correr que nos matan!» La histeria se apoderó de la plaza de Callao, una plaza que se había convertido en el foco de atención donde nada tenía que ver con las luces. Entretanto, otros, sin sentir la más mínima emoción, sacaron sus móviles para inmortalizar la escena.

Daba igual que una bala se perdiera y acabara impactando contra ellos, lo fundamental era grabar la escena compartirla y conseguir muchos «me gusta» en las redes sociales. A escasos quinientos metros, enfrente de los cines Callao, dos furgonetas de la UIP que vigilaban la zona, tomaron las riendas de una situación angustiosa. El jefe, un tipo alto y corpulento, quien ya portaba la reglamentaria en una nerviosa mano, se acercó a él rápido pero con cautela. Dos compañeros de la misma altura y corpulencia, se posicionaron a cada de lado de su jefe con la escopeta apuntando al cuerpo el papá Noel. La lluvia comenzó a caer con más intensidad, acompañado de fuertes truenos y relámpagos. Ninguno quitaba la mirada del otro, parecían dos tigres dispuestos atacarse. ¿Quién apretaría el gatillo primero?

—Ni se te ocurra dar un paso más —indicó el papá Noel apuntándolo con el revólver.

—Tranquilo, estoy aquí para ayudarte, no hagas ninguna tontería, baja el arma —mencionó acercándose y extremando la precaución.

—Nadie puede ayudarme.

El jefe dio otro paso.

—He dicho que no te acerques.

—Vale, tranquilo, no pasa nada…

Frenó sus pasos y ambos cruzaron miradas. La lluvia seguía cayendo, impactando sus sinuosas gotas en la reglamentaria de uno, y en el revólver del otro.

—¿Qué hora es? —preguntó el papá Noel.

—¿Qué?

—¡Qué me digas la puta hora!

—¿Eso qué más da?

—¡¡Joder!! ¿No entiendes mis palabras? ¡Qué me digas la puta hora!

El jefe, incrédulo, contempló a sus compañeros para a continuación, mirar su reloj de pulsera.

—Las nueve en punto. Puedo ayudarte, pero baja el arma.

—Es la hora —susurró con la cabeza agachada. Seguido, la levantó—. Dile a mi familia que los quiero, y que esto, lo hago por ellos.

Dejó de apuntar al jefe de la UIP, para acercar el cañón del revolver debajo de su barbilla. Tragó saliva, cerró los ojos y dejó que su dedo índice apretase el gatillo.

—¡¡No lo hagas!! —exclamó el jefe alzando el brazo intentado apartar el revólver de su barbilla.

Pero lo hizo, el jefe no pudo evitar que la bala entrara por el mentón. El cuerpo de aquel símbolo de la Navidad, cayó fulminado en el gélido y mojado asfalto de la plaza madrileña.

2

A las nueve y cuarto, la intensidad de la lluvia se había calmando pero sin dejar de caer, dejando suaves gotas escurriéndose sobre las calles. Las sirenas de las ambulancias comenzaron a colapsar la ciudad. Las patrullas de la zona al recibir el aviso, dejaron lo que estaban haciendo para trasladarse hasta el lugar. La plaza se acordó en un radio de veinte metros. Las entradas a la plaza quedaron custodiadas por el cordón policial. Los agentes intentaban que no se acercase ningún curioso movido por la morbosidad de ver una persona tendida en el suelo con un disparo en la cabeza. Quienes sí se acercaron nada más verlo tendido en el suelo, fueron una doctora y un enfermero que paseaban por la plaza con sus respectivas familias. Lo intentaron socorrer haciendo un masaje cardíaco, aunque fue una tarea imposible, pero sus códigos éticos los obligaban a auxiliar a cualquier persona que lo necesitase. En el caso del papá Noel, necesitaría un milagro divino para volver a levantarse. La casualidad hizo que Carla, convertida en la inspectora jefe del grupo V de homicidios de la jefatura superior, estuviera por el centro. Había estado ultimando las compras de Navidad y en el momento del disparo, tomaba un vino en la plaza Mayor acompañada por su amiga Leire.

Recibió una llamada a su teléfono oficial del jefe superior de policía, Enrique Gil.

—¿Estás viendo las noticias?

—No estoy en casa, ¿qué ocurre?

—¿Dónde estás?

—En la plaza Mayor.

—Perfecto, necesito que vayas con urgencia a Callao. Un hombre vestido de papá Noel se acaba de pegar un tiro debajo del árbol de Navidad. Hay un video circulando por las redes. Es escalofriante.

Y era cierto. En menos de dos minutos, el video ya estaba en circulación. Un usuario conocido como «BFunky», viandante de la plaza y uno de otros tantos que presenciaron lo ocurrido, ya lo había subido a la plataforma Twitter, conocida por arrojarse mierda entre usuarios. La plataforma echaba humo debido a los miles de comentarios que debatían entre lo que había podido suceder, y los que daban su opinión cuando no tenían ni idea de lo que en realidad, había sucedido.

—Voy enseguida. ¿Y Fede?

—Saliendo de casa, va derecho.

Al subinspector, la llamada del jefe le pilló en casa de su hermana. Terminado de hablar, la inspectora colgó. Al hacerlo, lo primero que hizo fue meterse en las redes sociales para ver el video. Le fue fácil dado que estaba en cualquier plataforma e incluso, los medios de comunicación, ya se habían hecho eco de la noticia abriendo sus noticieros de la noche con aquella aterradora muerte. No duraba más veinte segundos. Recogía el momento exacto en el que la víctima apretó el gatillo. Una vez que lo vio, y como dijo el jefe superior, le resultó escalofriante; una muerte en una grabación, siempre manifiesta ese resultado. Pagó la cuenta y se despidió de Leire. Salió de la plaza Mayor por el arco de Cuchilleros, descendió su escalinata y con la mano, paró al primer taxi que vio con la luz verde. Gran Vía se encontraba cortada desde la altura de Concepción Arenal, hasta la calle Tudescos, dejando solo un carril para una circulación que a cada segundo, se hacía más densa. El taxi la llevó por la calle Bordares hasta la plaza de las Descalzas. El conductor se detuvo en la plaza haciendo esquina con la calle del

Postigo de San Martin, dado que se trataba de una calle peatonal y una señal le prohibía el acceso. Pagó al conductor, se bajó y anduvo por la calle del Postigo hasta Callao, entrado por el lado opuesto al suceso. Se colocó la placa al cuello y accedió por el cordón policial. En vista de que su compañero aún no había llegado, y antes de hablar con el forense, procedió hablar con el jefe de la UIP. El hombre todavía conmocionado, se hallaba apoyado en la furgoneta, con el susto en el cuerpo y la cara salpicada por la sangre de un papá Noel que yacía sin vida en una de las más famosas plazas que tiene la capital.

—Buenas noches compañero, soy la inspectora jefe Carla Ruiz. ¿Tú nombre es?

—Oficial Cristian Hernández.

—Antes de nada, ¿cómo te encuentras?

—Se ha pegado un tiro delante de mí, como comprenderá, bien no estoy —mencionó con la cabeza baja.

—Entiendo. ¿Cómo ha sucedido?

—Estábamos de vigilancia, estaba siendo una noche tranquila, sin muchos contratiempos. Vimos que el hombre se acercaba al árbol, dejó una bolsa que traía en el suelo, y sacó una campana. Creíamos que se trataba de algún juego para los niños pero, después de agitarla, la cambió por el revólver, el resto supongo que ya lo sabe.

Antes de formular la siguiente pregunta, Fede tocó la espalda de la inspectora. Esta se giró.

—Perfecto, has llegado justo a tiempo.

—Buenas noches —pronunció Fede.

—Oficial, le presento al subinspector Celada. Subinspector, el oficial Hernández.

Ambos se saludaron.

—¿Dijo algo antes de dispararse? ¿O solo lo hizo? —cuestionó la inspectora

—Sí, me preguntó la hora.

Carla se extrañó.

—¿La hora? ¿Por algo en especial?

—Sí. Le contesté que eran las nueve en punto. Después, dijo que era la hora, y que lo hacía por su familia.

—¿Nada más?

—No, a continuación puso el cañón en su barbilla, y disparó.

—No había nadie más con él —mencionó Fede.

—No.

—¿Y antes habló con alguien?

—No me fijé, ya le digo que todo ocurrió bastante deprisa, además que nos pareció normal que en estas fechas que un papá Noel estuviera en la plaza.

—¿Notaste si iba bajo los efectos del alcohol o drogas? —indagó Carla.

—No sabría decirle, pero no parecía. Me habló sin trabarse, no se tambaleaba ni mostraba ningún síntoma de haber bebido, y lo que estuve cerca de él, no parecía que oliera a bebida. Del tema de drogas… parecía estar con sus facultades mentales en perfectas condiciones.

—Gracias oficial, puede retirarse —sentenció Carla.

El oficial se marchó a lavarse lo que le quedaba de la salpicadura y a descansar, que falta lo hacía. Carla y Fede conversaron.

—Tenemos a un hombre disfrazado de papá Noel, que se ha suicidado.

—He visto el video mientras en el trayecto. Un mal lugar para hacerlo —indicó Fede.

—Un lugar extrañó, ¿por qué justo en la plaza? Demasiada gente, demasiados móviles.

Aparte de las furgonetas de los compañeros.

—Si es un suicido, ¿qué pintamos nosotros aquí?

—Aquí hay algo más, no creo que sea solo un suicidio. Mencionó que lo tenía que hacer por su familia, pero lo más llamativo es, ¿por qué preguntó la hora? ¿Debía de disparase justo a las nueve en punto? ¿Qué hubiera pasado si lo hacía a las nueve y diez? Todo muy confuso. Habrá que averiguar quién es ese hombre.

En primer lugar, recabaron información de los testigos que no habían salido huyendo. Todos los testimonios confirmaron lo mismo; el hombre llega, agita la campara y a continuación saca el revólver para meterse una bala en la mandíbula. Por otro lado, los testigos confirmaron que llegó solo, y que ninguna persona estuvo hablando con él.

—Todavía me tiemblan las piernas… —mencionó a la inspectora un hombre moreno, pelo rapado y ojos marrones.

Terminado, se dirigieron a ver a Ramiro, inspector de la policía científica. Vestido con el mono blanco, se hallaba inclinado, examinando con ambas manos la zona del oficio de entrada, a su vez que un compañero con el paraguas en la mano, lo resguardaba. A su lado, el fotógrafo tomaba imágenes de dicho orificio, de la posición del cuerpo y de cualquier pista que el inspector le indicara. Dado las condiciones del clima, (aquellas nubes negras que de un momento a otro podían descargar todavía más su furia,) todo el equipo se hallaba a contrarreloj en vista a que cada minuto que pasaba, se le borraba cualquier indicio. Lo mismo ocurrió con la iluminación. Las farolas que daban la luz a la eterna plaza de Callao, no era suficiente. Tuvieron que ayudarse con los focos que los compañeros pusieron en los extremos de la cuadrícula. Y para terminar, cerraron la escena con paneles blancos a los curiosos que abandonando la plaza, no podían aguantar el deseo de girar su cuello para mirar por última vez en directo a la víctima y que aquella dura imagen, se le quedara grabada en su cabeza hasta sus últimos estertores. El cuerpo se hallaba bañado en sangre que poco a poco, el agua de la lluvia que cubría la calle, lo diluía, formado una corriente que se perdía en las alcantarillas. A simple vista, por la forma y las arrugas de los ojos que es lo único que se observaba, dado que portaba a barba falsa, peluca y el gorro, debía de tener unos sesenta años. La inspectora y su compañero se pusieron los guantes, unas calzas, y el mono blanco.

—Buenas noches, Ramiro —expresó Carla.

—Inspectora, subinspector, ¿habéis visto las imágenes? Desgarradoras.

—Las hemos visto. ¿Quién es la víctima?

—No tiene documentación, pero no hace falta, mira.

Ramiro le bajó la barba falsa.

—¿Lo reconoces?

—No.

—¿Y tú? —preguntó el forense al subinspector.

—Me suena su cara, pero no caigo.

—Es Eladio Vázquez.

—Ese nombre sí lo he escuchado —continuó Fede.

—Empresario y economista, actual presidente de Bankmir.

—Un banquero —alegó Carla.

—Un pez gordo —sentenció Fede.

—Os cuento, aunque ya se ve todo en las imágenes. La bala entró por la mandíbula, atravesó el temporal y salió por el parietal. Según la quemadura, la incrustación de los granos de pólvora y el humo, lo hizo a bocajarro, no hay duda. Habrá que hacerle la autopsia para ver si

estaba bajo los efectos de alguna sustancia.

—El oficial nos dijo que no le pareció que estuviera drogado, pero a saber —alegó el subinspector.

—Todavía no encajo como un hombre de su posición, puede suicidarse en plena plaza de Callao —añadió Carla.

—¿Problemas de dinero? —inquirió Fede.

—A saber. Continúo pensando el por qué lo hizo por su familia.

—Lo mismo estaba arruinado o endeudado hasta el cuello. Esta gente lleva un tren de vida muy elevado, puede que, por alguna razón, ya no lo pudiera llevar. Pasar de rico a pobre… cualquiera se pegaría un tiro.

—¿Y dejarle las deudas a su familia? ¿Eso es lo que hizo por ellos? Habrá que indagar en sus cuentas. De momento, vamos con el arma, ¿qué puedes deciros?

—Una Smith and Wesson modelo 60 del calibre 38 especial. Tiene el número de serie raspado. *A priori* parece limpia, no tiene mucho uso. El tambor, solo poseía dos balas, con la que disparó al aire, y con la que se quitó la vida.

—Eso significa que antes de hacerlo, quería llamar la atención. ¿Tiene algo más en la bolsa? —preguntó Fede.

—Solo la campana. Como podéis ver, es una campana normal, comprada en cualquier *chino*. Buscaré huellas.

—¿Y el traje?

—Por lo que se ve, es un traje nuevo, un poco holgado y con la etiqueta arrancada. Lo analizaré con más minución.

—Estamos ante un asesinato —pronunció Carla.

—Explícate —continuó su compañero.

—¿Por qué primero llamar la atención? ¿Por qué hacerlo en este lugar tan concurrido? ¿Vestido de esa manera, y a las nueve en punto? ¿Qué sentido tiene?

—Alguien lo quería ver muerto.

—Exacto. Que hagan la autopsia cuanto antes. Nosotros lo comunicaremos a su familia. Fede, averigua su dirección.

—Me pongo a ello.

—Esperad un momento —alegó el inspector Ramiro. Seguido, le remangó para ver sus muñecas—. Tiene signos de haber sido atado, viendo el dibujo, diría que ha sido con una cuerda compacta, de unos diez milímetros.

—Lo que yo decía. —Carla se dirigió a Fede—. ¿Sabes si Laura está por aquí?

Laura era una compañera de la jefatura superior. Trabajó en varios casos con la inspectora. Era una buena compañera, dispuesta ayudar en todo lo que estuviera en su mano.

—Creo haberla visto.

—Vete a buscarla.

El subinspector así hizo. Fue a buscarla y la trajo ante la inspectora.

—Los testigos afirman que entró por la parte de Concepción Arenal. Necesito que averigües si hay cámaras en las calles adyacentes. Tiene que haber cámaras, tanto las de vigilancia de las calles, como la de los comercios, los hoteles… Necesitamos saber los últimos pasos que dio.

—Me pongo ahora mismo.

El jefe superior se dejó ver. La muerte de aquel papa Noel fue tan siniestra y llamativa y tratándose de quien era, no tuvo más remedio que acercarse a la escena del crimen.

—Inspectora.

—Jefe, usted por aquí.

—Me ha llamado Ramiro al saber de quién se trataba, que tuve que venir. ¿Qué tenéis?

—Lo único que le puedo decir, es que lo querían ver muerto, no se trata de un suicidio.

—No hace falta que os diga que es prioridad absoluta. El caso es vuestro.

—Para saber sus últimos movimientos, he mandado a Laura en busca de cámaras y examinar las calles adyacentes, por la zona de Concepción Arenal. Ahora íbamos a casa de la viuda a darle la noticia.

—Me parece bien, ya estáis tardando, yo voy hablar con Ramiro y esperar al juez de guardia.

—Fede, consigue la dirección de la víctima.

El subinspector se apartó hacer una llamada.

—Mira, hablando del «rey de Roma», ahí viene, menudo pieza nos ha tocado —continuó Enrique. No es un mal juez, pero ya se le va la cabeza.

—Lo he visto un par de veces y…

Acompañado por el secretario judicial, se encontraba el juez Alberto Blasco Yerra. De cincuenta años y con treinta años de carrera judicial a su espalda, aparentaba diez años más debido a un aspecto desaliñado, con una barba mal cuidada, un pelo largo, grasiento y peinado en forma de tupé que no le hacía justicia. Vestía de manera informal, vaqueros, camisa oscura y un abrigo largo de lana oscuro. Era una de esas personas que tenía un trozo de hielo donde debería de estar su corazón, puede que por haber visto y tragado tanta mierda a lo largo de su trayectoria. El secretario, al igual que el compañero de Ramiro, lo iba resguardando de la lluvia, ahora bien, al secretario no le hizo mucha gracia tener que llevar el paraguas para dos. Se acercaron a la inspectora y al jefe superior.

—Buenas noches, señoría —saludaron Carla y Enrique.

—¿No tenía otro día para suicidarse? No dejan estar a uno tranquilo en casa, disfrutando de los nietos. Ni en estas fechas tan señaladas puede estar uno tranquilo.

—Las cosas cuando vienen, señoría —espetó el jefe superior.

—Pero mira, me viene bien estirar la espalda, que la tengo molida de tanto llevarlos a caballito.

—Ya conoce a la inspectora jefe Ruiz, se va a encargar de la investigación.

—Un gusto volver a verla.

—Lo mismo digo.

—Señoría, cuando mande, podemos ir hablar con Ramiro, nos está esperando y le pongo al día —siguió el jefe.

—Vayamos, que no quiero que me caiga la monumental. Además que, antes empezamos, ante acabamos, que aunque sean pesados, tengo que terminar la partida con mi nieto. Me han dicho que la víctima, es una «ballena.»

—Y de las gordas. La inspectora va a dar la noticia a la familia.

—¿Pero estamos seguros de qué es él? ¿Lleva identificación?

—No señoría, pero es él, ahora lo verá usted mismo.

—De acuerdo. Inspectora, vaya a dar la noticia a la familia pero con tacto.

—Lo haré.

—Nosotros al lío, que no me quiero mojar más.

Fede retornó de la llamada.

—Lo tengo —pronunció.

—Nosotros nos vamos —siguió Carla.

—Mantenerme informado —añadió Enrique.

—Señoría…

—Inspectora Ruiz, cualquier cosa, me informan a mi también el primero, da igual la hora que sea.

Aquella llamada a la central, le otorgó la dirección a Fede. La víctima, residía en un chalet de diseño en la exclusiva colonia El Bosque, en el barrio de Hortaleza, uno de los más caros y prestigiosos de la capital, donde antaño se convirtió en un barrio bohemio, representado por personas del mundo del arte como músicos, escultores, pintores y actores. En la actualidad, por sus limpias calles y verdosos bulevares, se codeaban políticos, empresarios y, como la víctima, banqueros.

Al reloj le faltaban diez minutos para dar las once de una noche que a cada segundo que acontecía, el frío se volvía más persistente, bajando las temperaturas hasta llegar a rozar los ceros grados y unido a un débil susurro del viento que procedía del norte. A pesar de que era tarde, había que dar la noticia. Montados en el coche del subinspector, este condujo desde Gran Vía hasta la plaza de Cibeles. Hizo la rotonda para continuar por la calle Alcalá hasta la plaza de la Independencia y acto seguido, se metió en el túnel de O'Donnell para agarrar la M30 hasta la salida de Arturo Soria. Tan pronto como dejaron la salida atrás, callejeó hasta el número setenta de la calle Almarza, un chalé de dos plantas con la fachada en blanco perla, y la puerta de entrada y del garaje en color gris ceniza. Dejaron el coche en la entrada del garaje y llamaron al telefonillo sin obtener contestación. Tras varios intentos, la inspectora muerta de frío, observó a la ventanas en busca de alguna luz que señalara que la viuda estaba en la casa o no. El interior estaba en completa oscuridad. Mencionó a su compañero que averiguara el teléfono de la viuda. Una vez conseguido, la inspectora llamó, dando como resultado un teléfono apagado. En vista de los acontecimientos, decidieron marcharse a casa.

3

A las cinco de la madrugada, a falta de tres horas para despertarse, y sumergida en la fase REM, la inspectora recibió una llamada. El sonido del teléfono móvil la hizo sobresaltarse, lo agarró y con los ojos entreabiertos, observó que se trataba de su compañero.

—Ya es hora de que lo cogieras, llevo llamándote varias veces.

—Estaba dormida. ¿Qué hora es? —Miró la pantalla. Aparte de las llamadas del subinspector, otros compañeros también la estuvieron llamando—. Son las cinco de la mañana, ¿qué sucede?

—He localizado a la viuda.

—¿No lo podemos dejar para cuando estemos en la jefatura? Todavía quedan unas horas.

—La guardia civil la encontrado sola, desorientada y deambulando por un camino de tierra en Arroyomolinos. Muestra signos de haber sido secuestrada.

El subinspector llamó la atención de su compañera, quien incorporó medio cuerpo al cabecero.

—¿No jodas? ¿Pero cómo es eso?

—Ni idea. La han llevado al hospital para que la examinen.

—¿A cuál?

—Al Puerta del Sur, en Móstoles. Voy de camino.

—¿Estamos seguro de que es ella?

—Se llama Teresa Argensola.

—Me visto y voy, lo que tarde.

Saltó de la cama directa al baño, se dio una ducha rápida sin mojarse el pelo, y se vistió. Seguido, tomó un café rápido, le puso algo de comida a la gata, y se marchó de casa sobre las cinco y media. La noche mantenía su esplendorosa oscuridad, tan solo el destello intermitente de las farolas daban luz a la inspectora. En la calle, no caminaba ningún alma errante. Solo observó a un taxi dejar a una chica que según su vestimenta, que regresaba de haber pasado una noche de fiesta. Se montó en su Seat Ibiza blanco y condujo desde Rivas hasta el hospital. Fede la esperaba en la entrada principal, con un cigarro en la boca, los ojos pegados, y muerto de frío debido a las gélidas temperaturas que una madrugada invernal puede ofrecer.

—¿Sabes algo más? —inquirió Carla.

—No, solo lo que te dije por teléfono.

—No perdamos más tiempo.

Fede dio las últimas caladas al cigarro y lo apagó en el cenicero de la papelera. Seguido, ambos accedieron al interior del hospital. Hablaron con la recepcionista, una mujer en plena edad sexagenaria la cual, con un tono algo arisco, (puede que por haber doblado o triplicado turno) les indicó dónde se encontraba. Tomaron el ascensor hasta la quinta planta y anduvieron por el pasillo hasta la puerta, custodiaba por los agentes que la habían encontrado.

Saludaron a los agentes, un sargento y un cabo.

—Buenas noches, soy la inspectora jefe Ruiz —Mostró la placa—.Mi compañero, el subinspector Celada. Nos encargamos del caso. Contarnos.

—Hacíamos la roda por el camino de Arroyomolinos. Nos dirigíamos desde la avenida del Atlántico, hasta la calle Forjadores. Hacemos esa ruta porque por esas zonas, los chavales trapichean y hacen botellón. Fue el cabo al que le pareció ver un bulto. Puse las luces, y nos dirigimos hasta ello. Entonces la encontramos, la recogimos, dimos el aviso y la trajimos aquí.

—¿Qué dijo cuando la encontrasteis?

—Que dónde estaba, y que estuvo retenida.

—¿Os dijo dónde?

—No lo supo decir.

—¿Mencionó cuantos días estuvo? —cuestionó Fede,

—No lo sabe con exactitud, cree que un par de días. Estos son sus efectos personales. Le dio un teléfono móvil marca Iphone 6.

—¿No llevaba la cartera?

—No.

—¿Algo más? —preguntó la inspectora.

—Sí, llevaba esto.

El cabo le entregó un paquete. Carla lo observó. Era un sobre marrón acolchado, del tamaño de un folio, en el reverso una frase escrita a rotulador negro: «Para la policía.» Lo manipuló sin abrirlo, palpando el objeto que aguardaba en su interior. Sin embargo, su compañero la detuvo.

—¡No hagas eso! Puedo ser una bomba. ¿Lo habéis analizado?

—No, subinspector.

—No te alarmes, esto no es una bomba, no tendría sentido, ¿para qué va a llevar un bomba? No, esto es un mensaje.

—¿Para quién?

—Según parece, para nosotros. ¿Podemos entrar a verla?

—El doctor ha mencionado que no la moleste nadie. Pero pregúntele a él, es ese de ahí —alegó señalándolo.

Carla se giró. El doctor, acompañado por dos celadores, caminaba por el pasillo en dirección hacia ellos. Era un hombre mayor, bajito y con una barba poblada. Carla anduvo hasta él acompañada por su compañero.

—Buenas noches, doctor, soy la inspectora jefe Ruiz, él es el subinspector Celada.

—Doctor Luis Navarro, jefe de planta.

—Venimos a ver a la señora. Con su permiso, nos gustaría entrar a verla. Necesitamos hacerla unas preguntas.

—No en este momento. Ahora la vamos a llevar hacer más pruebas.

—Díganos el diagnóstico.

—La señora Argensola, entró con una fuerte conmoción, desorientada y con su estado anímico débil. Ha estado retenida como muestran las heridas de sus muñecas y a juzgar por las marcas, no fue mucho tiempo. También tiene un esguince en el tobillo derecho.

—¿Cuándo podemos hablar con ella?

—Hasta que no le dé el alta, nada.

—¿Y cuándo va a ser?

—No creo que me demore mucho. Quizás a mediodía o antes.

—De acuerdo, doctor. Gracias.

Regresaron con los compañeros que custodiaban a la viuda.

—Nadie entra ni sale, ¿estamos?

Asintieron

—Cualquier cosa que os parezca sospechoso, aviséis a la jefatura superior.

Una vez fuera del hospital, a su vez que su compañero sacaba un cigarro, conversaron. Eran las siete de la mañana.

—Primero el marido, ahora ella. Alguien se está cebando con la familia… —indicó dando una calada.

—Sí, parece que lo han tomado con ellos.

—¿Qué narices habrán hecho?

—Quizás su teléfono y el paquete, nos den las respuestas. ¿Será muy pronto para llamar al juez?

—Son las siete y veinte. Llámalo, te dijo que daba igual que hora fuera. ¿Tienes su número?

—El jefe me lo dio.

Desbloqueó el móvil, buscó en la agenda el número del juez, y lo llamó. Al tercer tono, descolgó.

—¿Quién es? —preguntó algo tosco.

—Señoría, soy la inspectora jefa Ruiz. ¿Lo pillo durmiendo?

—No, ¿qué ocurre?

—Hemos localizado a la viuda de Eladio Vázquez. Unos compañeros de la guardia civil la encontraron deambulado por un camino de tierra en Arroyomolinos. Estuvo secuestrada.

—¡No me jodas!

—Hay más, traía un paquete para nosotros.

—¿Cómo para nosotros?

—Sí, pone: «Para la policía.»

—¿Dónde estás?

—En el hospital Puerta del Sur, en Móstoles. Intentamos hablar con ella, pero el doctor no lo permitió.

—De acuerdo. Averigua que cojones hay en el paquete.

—También tengo el teléfono móvil de la viuda.

—Qué lo examinen. Quiero saber la geolocalización, mensajes… Antes de que se lo devuelvas a la mujer.

4

Acabado en el hospital, y con el amanecer llamando a la puerta de una ciudad que nunca duerme, se dirigieron a la jefatura superior antes de que las manillas del reloj marcasen las ocho en punto. El siguiente paso que dio la inspectora fue analizar cuanto antes el sobre. Lo pasaron por rayos X donde les mostró un teléfono móvil. Carla lo abrió y lo sacó, un BQ Aquiarius H5.

—Llama a los Tedax, ya.

Fede se puso en contacto con la brigada de información. Un grupo se presentó en menos de media hora acompañados de una unidad de guías caninos. Sin crear alarma entre los compañeros, el jefe de grupo hizo salir a todos de la primera planta de la brigada, incluido a la inspectora y su compañero. Antes de proceder el inspector, fueron los perros adiestrados en explosivos quienes examinaron el teléfono, sin detectar rastro de explosivo alguno. Para asegurarse de que estaba limpio, el inspector de los Tedax se metió con su grupo en una sala. Le hicieron todo tipos de pruebas pertinentes para esclarecer si se trataba de un teléfono vulgar y corriente, o tendría en sus propias manos un detonador. Al cabo de una hora, el jefe se lo devolvió a la inspectora.

—No hay peligro. Un teléfono normal, como el suyo o el mío.

—Gracias por vuestra ayuda.

Sabiendo que no había peligro, que aquello no era un detonador con el que saltarían por los aires, procedieron a examinar el sistema de ambos móviles. Se dirigieron a la comisaría general de policía científica a las diez de la mañana. Se la entregó a Vanesa, la inspectora al mando de la unidad central de criminalística.

—Analízame esto.

—Enseguida.

Parecía un teléfono recién comprado. Lo enchufó al ordenador a través de un cable USB, y a continuación, lo encendió. No le pidió ningún tipo de pin. Una vez en la pantalla de inicio, la inspectora a cargo de la unidad, comenzó a ojearlo. Se trataba de un teléfono fantasma, con una tarjeta prepago, la batería cargada y sin rastro de archivos o fotos. Traía las aplicaciones instaladas por defecto menos una. Era una aplicación para compartir fotografías y videos. Vanesa accedió a la aplicación. No encontró ningún archivo compartido.

—Seguiré indagando —indicó.

—Que no se apague, si la viuda lo llevaba, es porque quién se lo dio, quiere que veamos algo. Por cierto Fede, ¿sabemos si la viuda sigue en el hospital?

—No sé, pero me informo.

Ramiro golpeó la puerta y entró.

—Bien, estáis aquí. Tengo el informe del arma, del traje y de la campana. No hay huellas ni en la empuñadura, ni en la campana. Del traje, no hay mucho que contar. Lo examiné con la luz negra y con el microscopio fibra por fibra. Están en perfectas condiciones, no es un traje que haya sido usado por otra persona. En el arma, apliqué acido para ir eliminando capas del acero. El resultado fue negativo.

—¿No tiene número de serie?

—Sí, viene de fábrica, pero quien se lo quitó, lo hizo llegando a las capas inferiores para después, rellenar esas capas con acero.

—Es listo. Vane, también quiero que examines este —Le entregó el móvil de la viuda—. ¿Puedes hacerlo?

—Va a ser muy difícil, estos Iphone son casi imposibles de examinar si no se conoce el código de desbloqueo, no tenemos instrumentos para romper el cifrado del dispositivo.

—Pues llamamos a Apple.

—Y te dirán que no. Ya ocurrió en Estados Unidos. El F.B.I pidió les pidió ayuda y estos le dijeron que no, que el software de los últimos modelos era demasiado complejo, vamos que pasaron de ellos. Tuvieron que pedir ayuda a una empresa digital de origen israelí llamada Cellebrite para que los ayudaran a romper el bloqueo.

—Eso suena costoso.

—Sí, de dinero y de tiempo.

—Estando la viuda, no creo que haya inconveniente a que nos ayude, solo quería examinarlo antes de devolvérselo.

—Ya he hablado con la viuda —interrumpió Fede— Nos espera en su casa.

—Nos vamos, atenta al teléfono, cualquier cosa, me avisas.

A mediodía, condujeron a casa de Eladio Vázquez, donde esperaba su viuda, Teresa Argensola. El doctor la habían dado el alta a las once de la mañana. En el reconocimiento que la hicieron el hospital, no se encontró ninguna evidencia física que condujera a una la agresión, salvo las muñecas y los tobillos debido a la cuerda que la mantenía amarrada, sin contar la esguince en su tobillo. El médico dictaminó que pudo ser causado cuando anduvo desorientada y sola por la noche. Lo que sí se encontró en los análisis toxicológicos, fueron barbitúricos. A su vez que conducían por la calle Arturo Soria, la lluvia que llevaba dando unas horas de tregua a los ciudadanos, hizo acto de presencia otorgando a sus habitantes una fina lluvia. Tuvieron que estacionar encima de la acera en la calle Añastro, una de las calles más anchas debido a que la calle donde residía la viuda se hallaba congregada decenas de periodistas, cobijándose de la lluvia con sus chaquetas y ardientes en deseos de sacar alguna foto de Teresa Argensola (cuanto más triste estuviera, mejor); ponerle un titular jugoso y esperar a que las ventas se disparasen o lo peor de todo, poner ese titular jugoso acompañado por una noticia que nada tenía que ver y conseguir el ansiado *clickbait* en internet. Se dirigieron al portal. Todos los periodistas, como hienas en busca de carroña, se acercaron a la inspectora y su compañero.

—¿Son ustedes familiares? —inquirió uno.

Los flas de las cámaras iluminaron los rostros de ambos.

—¿Es verdad que tenía deudas de dinero? —cuestionó otro.

—A ver, por favor, retírense hacia atrás, nosotros no somos familiares —indicó Carla.

—Apártense por favor —mencionó Fede.

—Estamos haciendo nuestro trabajo.

—Y nosotros el nuestro.

Llamaron al telefonillo. Una mujer con acento gallego contestó.

—Somos policías, venimos hablar con la señora Argensola.

—Un momento por favor.

Un par de minutos los tuvo aquella simpática gallega bajo la lluvia hasta que abrió. En el interior del domicilio, les condujo por un pasillo largo que parecía no tener fin, hasta un salón amplio, donde sentada en un sofá de cuero, se hallaba la viuda junto a otra mujer. La viuda, Teresa Argensola, era una mujer que debido a sus sesenta años comenzaba a menguar. De nacimiento fue morena pero el paso del tiempo le había ido proporcionado una melena blanca y arrugas en su rostro. A primera vista, su apariencia se asemejaba a la de una profesora de matemáticas. Se la veía que el dinero no ejercía ningún problema en ella ni en la familia. Era una mujer que pasara lo que pasara, siempre llagaría a fin de mes, y si por casualidades de la vida no

llegaba, siempre podía vender las cadenas de oro que portaba al cuello, o las pulseras del mismo metal precioso que portaba en la muñeca. Y si eso no fuera suficiente, podía vivir mil vidas vendiendo uno de los anillos de oro blanco y diamantes que envolvían sus sexagenarios dedos. Si había que apretarse el cinturón, podía recortar gastos en los kilos de laca que llevaba en su pelo blanquecino. De pie detrás de la viuda, se encontraba un hombre.

Una vez que se pusieron frente a ella, la sirvienta anunció su llegada.

—Señora, son los policías que están con lo de su marido.

—Gracias, María, puedes retirarte —espetó la viuda—. ¿Siguen en la calle toda esa gente?

—Sí, señora, ni la lluvia les ha hecho marcharse.

—Señora Argensola, soy la inspectora jefe Carla Ruiz —interrumpió—. Mi compañero, el subinspector Celada.

—La señora no está en condiciones de hablar, ha sufrido un fuerte trauma —argumentó el señor que estaba a su lado.

—¿Y usted es?

—Soy Manuel Ventura —alegó poniéndose al lado de ella—. Secretario personal de la familia y cuñado de la señora.

—Sentimos lo sucedido, pero tenemos que hacerle unas preguntas.

—Y les repito que la señora no está en esa disposición, sigue conmocionada por lo sucedido.

—Si eso lo pudiera decir ella, me quedo más tranquila.

—Si quiere, yo puedo responder a sus preguntas.

—Esto no va así, es con ella con la que queremos hablar, si queremos hablar con usted, se lo diremos —mencionó Fede.

—Entonces, me temo que el viaje les ha sido en balde, les acompaño a la puerta —dijo haciendo un gesto con el brazo para acompañarlos.

—Señora Argensola, ¿no quiere que averigüemos qué le ha pasado a usted y a su marido?

Teresa miró a los ojos de Carla.

—Manuel, llévate a mi hermana a la cocina.

Pero señora…

—Ya me has oído.

—Enseguida.

—Gracias —alegó la inspectora.

Con el ceño fruncido y una mirada matadora por haber perdido la jugada, el secretario se llevó a la hermana a la cocina. Era una mujer del mismo parecido que la señora. Para la inspectora fue mejor así, poder conversar con ella sin oídos ensuciados ni lenguas viperinas al lado.

—Antes de nada, siento lo ocurrido.

—No me malinterprete inspectora…

—Ruiz, Carla Ruiz.

—Claro que quiero saber que ha pasado, pero entiendan, ha sido muy fuerte. Todavía no me puedo explicar porqué lo hizo, ni quién me secuestró a mí.

—Para eso estamos aquí. Por cierto, antes de que se me olvide, tenga, esto es suyo.

Le entregó el teléfono móvil.

—Gracias. Me dijeron en el hospital que lo tenían ustedes.

—Intentamos examinarlo, pero estando apagado, es imposible.

La viuda lo encendió.

—¿Sabe quién ha podido hacerles esto? —preguntó Fede.

—Ojalá lo supiera.

—¿Cómo se enteró de lo ocurrido con su marido?

—Manuel vino al hospital a buscarme y me lo dijo. No he visto el video, ni lo quiero ver.

—Empecemos por el principio. ¿Recuerda cómo la secuestró? —inquirió Carla.

—Recibí un mensaje de Eladio, diciendo que se había quedado tirado con el coche, y que le fuese buscar.

—¿Qué hora era?

—Sería las diez del viernes diecinueve.

—¿Estaba sola o con alguien?

—Sola, hacía la cena y esperaba a Eladio.

—¿A qué hora suele volver a casa?

—Tarde, a las diez más o menos.

—¿Alguna vez se había retrasado?

—No, nunca.

—¿No le extrañó ese mensaje?

—Al principio no, no tenía motivos para extrañarme. Me puse un poco nerviosa, eso sí. De camino, sí comencé a pensar, el porqué no vino en taxi, o porqué no llamó a una grúa, tenemos un buen seguro, a todo riesgo.

—¿Dónde le citó?

—En Somosaguas, en la calle Prado del Rey número cuatro, en un chalé.

—¿Tan lejos?

—Sí, allí vive un amigo suyo. Eladio lo recoge en su coche y van al restaurante Club hípico de Somosaguas, comen en el restaurante y por la tarde, van a casa de Eric a tomar un whisky, fumar unos puros mientras hablan de sus cosas.

—¿Tiene apellido ese Eric?

—Kaufmann, es un banquero suizo, vive a caballo entre Suiza y Madrid.

—¿Le dijo algo más?

—No, me mandó la ubicación, y ya no me escribió.

—¿Solía ir Eladio los viernes?

—Sí, no falla ninguno salvo que por alguna razón no pueda ir.

—¿Qué ocurrió al llegar?

—Su coche estaba aparcado y con el capó levantado. Dejé el mío, me bajé y me acerqué a él. Lo vi de pie, como si estuviera tocando el motor.

—¿Pudo verlo bien?

—No había mucha luz que digamos. Luego sí me di cuenta que no era él, pero fue demasiado tarde, se abalanzó contra mí, y ya recuerdo despertar en la habitación.

—¿Puede darnos el modelo y la matrícula del coche de Eladio?

—Es un Range Rover, de color gris. La matrícula creo que acaba en KN.

Fede tomó nota.

—¿Qué recuerda de la habitación? —cuestionó Fede.

—Miedo y soledad. No le puedo decir gran cosa puesto que pase el tiempo en completa oscuridad, la poca luz que vi, era cuando abría la puerta. Recuerdos tocar las paredes, su tacto me hizo pensar que eran azulejos, el suelo de cemento y una puerta, de metal. Es lo único que recuerdo.

—¿Tuvo contacto con él?

—No, solo para darme de comer, abría la puerta y me lo tiraba a las piernas. Hubo una vez, que lo tiró demasiado lejos, atada con esas cadenas, no pude cogerlo.

—¿Cómo la soltó? —preguntó Carla.

—Igual que al secuestrarme, se acercó a mí, y clavó la jeringuilla en mi cuello. Luego, me desperté en un camino de tierra con un paquete en la mano. Un momento…—Comenzó a recordar—.Ahora me viene a la mente, unas palabras que me dijo: «Tú marido lo ha hecho muy bien.» Dios mío… metió presión a Eladio conmigo…

La expresión de tristeza que manifestaba el semblante de Teresa Argensola, cambió de tristeza para entrar en un repentino ataque de ansiedad. Comenzó a temblar, su respiración se entrecortaba y su tez comenzaba a entonar un color blanco.

—¡¡Las pastillas, dame las pastillas!!

El secretario, quien estaba atento la conversación después de acompañar a la hermana a la cocina, echó sus piernas a correr hasta el bolso de la viuda, agarró las pastillas, un vaso de agua de la cocina, y regresó.

—Toma, bebe.

La viuda bebió, seguido recostó su cuerpo en el respaldo y dio un suspiro de alivio.

—¿Mejor?

—Sí, Manuel, gracias.

—Perdone inspectora, sufro de ataques de ansiedad. Hasta ahora no recordaba las palabras.

—Es normal señora Argensola, que tenga lagunas de memoria.

—Háblenos de su marido, ¿tenía enemigos? —cuestionó Fede.

—Era banquero, cualquiera podía ser enemigo.

—¿Deudas de de algún tipo? Juego, drogas…

—Llevábamos cuarenta años de casados y jamás lo he visto ni con drogas, ni jugando.

—¿Problemas de dinero? —preguntó la inspectora.

—No, para nada. Tenemos o mejor dicho, teníamos un buen nivel de vida. ¿Por qué lo pregunta? Nuestras cuentas estaban perfectamente saneadas.

—Tenemos que descartar hipótesis.

—Esa descártela seguro.

—Puede que llevara una doble vida—argumentó Fede.

—No le consiento que hable así de él. Mi marido se desvivía por mí y nuestro hijo. Éramos una gran familia.

—¿Y sus chanchullos?

—No le entiendo.

—Es fácil, esto es España, negocios con empresarios, con partidos políticos, negocios que no se contabilizan… No creo que con su amigo, ese banquero suizo, quede para hablar de deportes.

—Claro que tiene negocios, no es ilegal tenerlos.

—Depende de qué clase de negocios sean —indicó Carla—. Quizás hizo negocios con las personas equivocadas. Tenemos que saberlo.

—En los negocios de mi marido, no me meto. Y si se ha metido con la gente equivocada, solo lo sabe él.

La viuda dio un sorbo al vaso de agua.

—¿Y usted? —inquirió Fede.

—Yo que.

—Si tiene negocios con las personas equivocadas.

—Solo enseño ciencias políticas en la universidad. Mi vida es la docencia.

—¿Cuándo vio por última vez a su marido?

—El viernes por la mañana. Nos despedimos y él se fue a trabajar.

—No gustaría echar un vistazo a su despacho, si no es problema.

—Por mí, ninguno, todo lo que hay en el despacho pueden verlo. Manuel os acompañará.

—Por aquí, por favor.

—Por cierto, Manuel, ¿sabemos algo de Mario? Mario es mi hijo —informó a la inspectora—. Tendré que darle la noticia.

—No, lo sigo llamando pero está apagado.

—Debe de seguir con los amigos esquiando.

—Para terminar, y ya no la molestamos, ¿tiene el mensaje que le mandó su marido?

—Sí, todavía lo tengo.

—¿Le importa si lo leo?

—No, para nada —Desbloqueó el teléfono y se lo cedió—. Tenga.

La inspectora se adentró en los mensajes. Dejó a un lado los correspondientes a amigos y familiares, y se centró en los de su marido y su hijo. Primero fue con el de Eladio, mandando el viernes a las diez menos cinco de la noche.

«Mimi, me he querido tirado con el coche, ven a buscarme. Te mando ubicación.»

—¿Su marido siempre la llama Mimi?

—Siempre, desde que nos conocimos. Solo me lo llaman familiares y muy amigos.

Seguido, leyó el de su hijo, enviado el lunes día quince a las once de la noche.

«Acabo de terminar de pádel. Estaré desconectado una semana, me voy con las chavales a esquiar.»

—Veo que también le escribió su hijo.

—Sí, me mandó este mensaje, y ya no se más de él. Hace lo que le da la gana.

—¿A qué chavales se refiere?

—No sé, a sus amigos, los del grupo de pádel, los del gimnasio… Como le digo, hace lo que le da la gana, ya no me cuenta sus cosas.

—¿Qué edad tiene?

—Veinte.

—¿Vive con usted?

—Sí, el año que viene, quiere independizarse

—Otro asunto más. ¿Tuvo usted el móvil durante el secuestro?

—No, lo tuvo el secuestrador. Cuando me soltó, me lo entregó apagado.

Carla le devolvió el móvil.

—Gracias por todo.

El secretario les condujo a una habitación al final del pasillo. Antes de entrar y examinar el despacho, se dirigió a ellos.

—Siento mi comportamiento de antes, estamos todos muy alterados, como comprenderá, son unos momentos bastante difíciles.

—No se preocupe, es normal. ¿Qué puede decirnos de Eladio? —preguntó la inspectora.

—Lo queríamos mucho, un buen hombre. Éramos amigos desde hace veinte años, casi toda una vida juntos, él fue quien me presentó a mi mujer.

—La que se encontraba junto a la señora.

—Esa misma.

—Siendo su secretario, ¿seguro qué no estaba metido en algo turbio?

—No de verdad, ya se lo dijo la señora. Eladio no se metía en esos jaleos, no le hacía falta, la familia tiene más dinero de lo que pueden gastar.

—Y supongo que no tiene ni idea de quién está detrás de todo esto.

—¿Algún accionista cabreado? —cuestionó entono jocoso el subinspector.

El secretario esbozó media sonrisa.

—Esa gente no montaría este circo, usted ya me entiende. En serio, si tuviera la más mínima idea, se lo diría.

—Usted que hizo el viernes de la tarde a la noche —continuó Carla.

—Estuve toda la tarde y la noche con mi mujer y unos amigos. Está en la cocina, la puede preguntar. Este es el despacho—Abrió la puerta—. Haga lo que tenga que hacer. Tómense el tiempo que necesiten.

Comenzaron a hacer una evaluación al despacho. Todo se encontraba ordenado. Una estantería cubría la pared derecha. En ella, se concentraban libros sobre economía, leyes y otras materias que escapaban a la compresión de Carla. Una mesa larga de madera de roble se asentaba en una alfombra rojiza. Encima de la mesa, más libros y fotografías; con su mujer de crucero por el mediterráneo, con su mujer e hijo en los fiordos Noruegos, y una de Eladio en su juventud con un amigo delante de un bar de copas. Buena vida se pegaba Eladio pensó la inspectora. Distintas esculturas adornaban la sala, cuadros y un reloj antiguo de cuco. Lo primero que examinaron la inspectora y su compañero fue el archivador de cinco cajones. Carla abrió el primero de ellos. Halló carpetas de color marrón ordenadas por orden alfabético. Sacó una y la ojeó. No entendía nada de de aquellos papeles. No sabía que estaba buscando dado que era como buscar una aguja en un pajar, pudiendo ser factible si supiese qué aguja buscar. Sin embargo, sospechaban que tenía que estar relacionado con algún negocio turbio, si no, ¿por qué se iba a meter un banquero con un buen nivel de vida un tiro en la plaza de Callao? De la misma manera, a la inspectora le vino otra hipótesis, ¿y si hubiera sido la viuda? ¿Quizás para cobrar un seguro de vida por estar lleno de deudas? ¿Y el secretario? ¿Alguna confabulación para asesinar a Eladio Vázquez? Y luego estaba el móvil que trajo la viuda, ¿cuál era motivo?

De todos modos, continuó examinando las carpetas cuyo contenido se relacionaba con políticos, empresarios, banqueros…

—¿Sabe dónde está el libro de cuentas? —cuestionó Carla.

El secretario la miró extrañado.

—¿Para qué lo necesita?

—Estos documentos parecen legales, quiero los ilegales.

—No encontrará nada ilegal inspectora, ya le dije que no hay nada turbio, y tampoco sé donde lo guarda. Eladio con sus cosas, era muy suyo.

—Mandaré a un agente a por todo esto.

—Inspectora, que le hayamos dado permiso, no significa que pueda llevárselo.

—Ya veremos. Antes de marcharnos, quiero hablar con la asistenta.

—Voy a buscarla.

—La esperamos fuera —indicó el subinspector.

Dejó de mirar una carpeta, la cerró y la tiró en la mesa.

Estando en la calle, a su vez que el subinspector daba unas caladas a un cigarro, la asistenta salió.

—Su nombre es María, si no recuerdo mal —indicó Carla.

—María de la Concepción López, nacida en el Ferrol.

—¿Qué puede decirme sobre la familia Vázquez?

—¡Ay! *Filla*, llevo diez años al servicio de ellos, y es como si no supiera nada.

—¿En qué sentido?

—Que son de mente pechada, muy suyos, muy reservados. Diez años con ellos, y parezco una desconocida.

—¿Viene todos los días? —preguntó Fede.

—No, solo tres.

—Y su hijo, ¿qué me puedes decir? —continuó la inspectora.

—Un buen chico, pero hace lo que le da la gana, va y viene.

Se escuchó la voz de la viuda desde el interior.

—¡¡¡María!!!

—Disculpen, tengo que volver.

—No hay problema, gracias por atendernos.

Concluido en casa de la viuda, Carla llamó al juez para contarle el siguiente movimiento. Estuvo esperando cuatro tonos y dado que no hubo contestación, al quinto colgó. Antes de que las agujas del reloj marcasen las tres de una tarde envuelta en un color gris, y antes de dirigirse al lugar donde el secuestrador soltó a la viuda, encaminaron hacia el restaurante para hacer algunas averiguaciones. El trayecto duró cuarenta minutos. Condujeron por la A6, continuaron por la M503 hasta pasar el campus de la universidad de Somosaguas. A las cuatro menos cuarto, estacionaron en la entrada del restaurante. Nada más descender del coche, la inspectora y su compañero quedaron sorprendidos al observar que no se trataba del restaurante que esperaban; el típico local de diseño creado para gente que no le importa pagar trescientos o cuatrocientos euros por unos platos que entran en el hueco de la muela. Tampoco había una fachada con luces de neón y un letrero gigante con el nombre del local, ni los platos eran cocinados por gente que sale en la televisión. El restaurante se asemejaba a un antiguo caserón. Rodeado por un muro recubierto de enredaderas, arbustos y paja, accedieron por un puerta doble de metal. El interior, se decoraba con un estilo clásico. Las paredes se teñían de un color verde claro, haciendo juego con las plantas y enredaderas que caían del techo. El suelo se embellecía con una cerámica antigua de distintos tonos de color marrón. Todo lo iluminaba una luz amarillenta que le daba un toque místico y a su vez agradable al interior. Debido a las horas que eran, se hallaba hasta arriba de comensales. Se estaban celebrando varas comidas de empresa, por lo que les fue algo difícil dar con el jefe de sala. Una vez que dieron con él; un hombre de cincuenta años, bien vestido y con una perfecta educación y saber estar, le contaron lo sucedido con uno de sus clientes. Aquel jefe de sala les contestó que aguardasen un momento.

—Voy a buscar a la dueña.

Seguido de diez minutos de espera, vino acompañado por una de las dueñas, de unos cincuenta años, morena con el pelo corto hasta el cuello. Vestía unos pantalones color salmón, y una blusa azul marino con lunares en blanco.

—Hola, soy Marta, una de las dueñas. Rubén me dijo que querían hablar conmigo acerca de uno de mis clientes.

—Soy la inspectora jefe Ruiz —Mostró la placa—. Mi compañero, el subinspector Celada. Sentimos molestarla, se ve que tiene mucho lío.

—Bastante, estas fechas siempre hay jaleo. Pero pregunten lo que necesiten.

—Eric Kaufmann, ¿le suena?

—Por supuesto, un cliente habitual.

—Sabemos que el viernes diecinueve, estuvo comiendo con otro hombre.

—Sí, Eladio. ¿Qué quiere saber? ¿Ha ocurrido algo?

—¿Estuvieron los dos solos?

—Sí, siempre lo están.

—¿Y vio a otro cliente que no fuera habitual? ¿Alguien que estuviera atento a ellos?

—¿Espiándolos? —cuestionó extrañada.

—Exacto.

—No, eso imposible, por lo menos en el interior del local.

—¿Por qué están tan segura? —inquirió Fede.

—Para ellos les reservo esa mesa —Señaló a una del fondo, apartada y cubierta por dos biombos—. Es su zona privada. Nadie puede entrar salvo ellos y los camareros.

—¿Son los de siempre? —preguntó Carla.

—¿A qué se refiere?

—A los camareros. ¿Ha contratado a alguien nuevo?

—Hace seis meses que no lo hago. Mis chicos llevan con nosotras desde que empezamos. Es nuestro equipo.

—¿No contrata a nadie para la época de Navidad? Con todas las comidas y las cenas de empresa…

—Con los que tengo me sobra.

—Queda claro que no vio a nadie, ni nadie estuvo con ellos dos.

—En el interior, no. En la calle, ya no sé.

—¿Tiene cámaras de seguridad?

—Esto es un restaurante, no una cárcel.

—¿A qué hora acabó la comida?

—Entre el café y el whisky… diría que sobre las cinco y media.

—Gracia por colaborar.

—A ustedes.

Debido a que se hallaban en Somosaguas, la inspectora sugirió a su compañero, ir a examinar el coche de Eladio Vázquez, y por ende, hacer lo mismo con el lugar. Siete kilómetros separaban el restaurante de la casa del banquero suizo. Llegaron a la calle y buscaron el coche, encontrándolo a unos cincuenta metros aparcado enfrente del chalé del banquero.

—Ahí lo tenemos —añadió Fede.

Descendieron del coche y se acercaron al de Eladio. No mostraba ningún indicio de ser manipulado por el secuestrador, aunque eso no le importó a Carla, ni el coche de Eladio, ni el de su mujer. La pregunta que se hacía y que sí la importaba era cómo logró llevar a cabo el secuestro de Eladio. El de la viuda lo sabía, faltaba la incógnita del de su marido. Para intentar esclarecer ese misterio, la inspectora contempló la calle. Paseo del Rey era una calle ancha y con un carril para cada sentido Una de las aceras correspondía a una hilera de chales, la otra, en un descampado rodeado de árboles y vegetación se hallaba unas instalaciones deportivas. Se fijó en la iluminación de la calle, cada farola se hallaba separaba la una de la otra por unos quinientos metros. El coche de Eladio se hallaba en una zona en la que en la noche, se estaba en completa oscuridad. Investigaron los alrededores del coche. Al haber pasado varios días, la acera se encontraba limpia, cualquier indicio fue sepultado por el cepillo del barrendero, y por el chorro de agua del camión de limpieza.

—Fede, avisa a científica, que vengan a recoger los coches.

—¿Alguna idea del secuestro?

—Viendo la iluminación de la calle, le fue demasiado fácil. Eladio sale de casa del banquero, el secuestrador lo está esperando y de camino al coche, lo asalta. El secuestrador sabía cada paso que dio Eladio.

—Lo debió de estudiar.

—No hay otra explicación. Vamos a charlar con el banquero, a ver qué nos cuenta.

Encaminaron hacia el chalé. Antes de llamar al telefonillo, de la nada, como si se tratara de una sombra emergente de la oscuridad, un perro les dio la «bienvenida», saltando a la verja, haciendo que la inspectora y su compañero dieron un salto hacia atrás. Aquel perro, un doberman bastante cabreado y con cara de pocos amigos, enseñaba los dientes afilados a su vez que expulsaba un chorro de babas con cada ladrido que emitía. Debido a eso, ambos se llevaron la mano a la funda de la pistola. A causa de aquellos desgarradores ladridos, el banquero salió para saber que ocurría en su lujoso chalé. Al contemplar a la pareja y ver que no era un grupo de asaltantes, le dio una orden.

—*Sitz*.

Aquella palabra, hizo sentarse al perro y quedarse calmado, poniendo cara de buen perro. Dejó de enseñar los dientes pero sin quitar la mirada del cuerpo de la inspectora y el subinspector. Esperando cualquier orden de su dueño para atacar, o quedarse quieto en el sitio.

El banquero se acercó a la puerta.

—¿Qué quieren? —preguntó con un fuerte acento francés.

—¿Eric Kaufmann? —inquirió Carla.

—*Oui*.

—Inspectora jefe Ruiz —Mostró la placa—. Mi compañero, el subinspector Celada. ¿Podemos hablar con usted? No le robaremos mucho tiempo, es importante.

—Vienen por lo de Eladio.

—Así es.

—Pasen.

Abrió la verja de la entrada, sin embargo, Carla y Fede no entraron debido a que esa bestia parda que sin pestañear, los seguía observando como si fueran una presa.

—Adelante, no se preocupen por el perro, no hace nada si no se lo digo

—Espero que no se lo diga —añadió Fede.

Accedieron con cautela, quedando en un jardín que parecía el parque del Retiro.

—¿Cómo sabe lo de Eladio? —cuestionó la inspectora.

—Me llamó su mujer, todavía no me hago a la idea de que mi amigo, no esté.

—Estuvimos en el restaurante donde comieron el viernes. La dueña nos comentó que no vio a nadie sospechoso, ni nadie estuvo con ustedes.

—Cierto, cuando vamos tenemos una mesa reservada para nosotros solos. Nadie se nos acerca.

—¿No vio a nadie rondando?

—No, tampoco le puedo decir con seguridad puesto que no me fijo, ¿Quién nos va a tocar a nosotros? Quiero decir, que no hay motivos para hacernos daño.

—Bueno, visto lo visto, Eladio tenía uno.

Agachó la cabeza.

—¿Y afuera?

—Ya le digo que en esas cosas no me fijo. Cuando terminamos de comer, cogimos el coche y nos venimos aquí. En eso no la puedo ayudar inspectora. Si alguien nos espió, no le puedo decir.

—¿A qué hora se solía marchar Eladio de su casa?

—A las nueve y media, pero el viernes se marchó a las ocho.

—¿Por qué motivo?

—Le dolía un poco la espalda y se quería ir a casa a descansar. La edad pesa para todo el mundo.

—¿ Eladio tenía enemigos, o sabe quién pudo hacerle eso?

—Enemigos que yo sepa, no. Eladio era muy querido en nuestros «círculos.»

—¿Nunca tuvo algún enfrentamiento con algún miembro de esos círculos? —indagó Fede

—No, bueno, una vez tuvo un problema con uno de los consejeros de la administración de Coca- Cola.

—¿Cómo se llama ese consejero?

—Ricardo Rojis.

Fede apuntó el nombre en la libreta.

—¿Qué ocurrió? —continuó Carla

—Eladio no quiso avalarle en unos proyectos personales y Ricardo, se puso hecho una furia, insultando y amenazándolo, pero como dicen ustedes aquí, la sangre no llegó al río.

—¿Hace cuánto que tuvo ese enfrentamiento?

—Hará unos tres meses.

—Con esto tenemos suficiente, gracias.

—No, gracias a ustedes.

El banquero dio otra orden a la bestia para que lo siguiera y se adentró al interior de su lujoso chalé.

—¿Qué hora es? —preguntó a su compañero.

—Faltan quince minutos para las seis.

—Vámonos, aún queda mucho por hacer.

5

A las seis en punto y con una ligera lluvia cayendo en una noche que empezaba, condujeron hasta el puesto de la guardia civil de Arroyomolinos. Los esperaba los agentes que encontraron a la viuda y acompañados por estos, se dirigieron por la carretera que lleva el nombre del municipio hasta el molino de Valdefuentes, o lo que quedaba de ello. Durante el trayecto, se pusieron a conversar.

—¿Piensas qué es por dinero?

—No sé decirte, lo que tengo claro es que algo grave tuvo que hacer Eladio para pegarse un tiro y que su mujer sea secuestrada. Quien lo hizo, no ha pedido dinero, quien lo hizo, quería sangre, y quería la de Eladio. La pregunta es, ¿qué pudo haber hecho? Y sobre todo, ¿a quién?

—¿Y ese Ricardo? Por lo que nos contó el banquero, tuvo problemas con él.

—No veo yo a un consejero de una de las empresas más influyentes del mundo, haciendo todo esto. Pero no podemos descártalo, cuando hay pasta de por medio… La gente se vuelve imprevisible.

—¿Y si recabamos una lista de sus amigos? El secretario parece que no suelta prenda, la mujer, bastante tiene con lo que tiene. Quizás hablando con ellos, nos cuenten.

—No es mala idea, pero primero vamos con esto, y después, hablaremos con los amigos.

A mitad del trayecto, una llamada al móvil de la inspectora interrumpió la conversación. Observó la pantalla.

—Es el juez —Descolgó y puso el manos libres—. Dígame señoría. Lo estuve llamando.

—No he podido cogerlo, estaba liado, ¿cómo lo lleváis? Contadme.

—Por dónde empezar… Estuvimos hablando con la viuda, en el restaurante donde estuvo comiendo Eladio, y con el hombre que estuvo comiendo, un banquero suizo llamado Eric Kaufmann. Ahora estamos de camino al lugar donde la tuvo retenida.

—¿Qué dijo el banquero?

—Eladio tuvo un problema con un tal Ricardo Rojis, un consejero de Coca-cola. Por lo que nos contó, Eladio no le abaló unos proyectos personales, dijo que hubo amenazas e insultos. Si nos da tiempo, queríamos ir hablar con él.

—Yo tengo un rato, ese tiburón dejádmelo a mí, hablaré con él. ¿Y la viuda? ¿Qué os contó?

—Lo normal en estos casos, señoría. Esta muy afectada, y que no tiene ni idea de quién ha podido hacer esto.

—¿Y en el restaurante?

—La dueña dijo que estuvieron solos, para ellos les tiene una mesa apartada. Dice que no vio a nadie, ni nadie estuvo con ellos.

—De acuerdo, mantenerme informado.

—Lo haremos, señoría.

—Por cierto, algún cabrón ya ha filtrado el nombre de la víctima a la prensa, mi teléfono no para de sonar, están pidiendo una cabeza, encontrarla.

En efecto, los programas amarillistas encubiertos como «de actualidad», los cuales no les interesaba la noticia si no iba acompañado del morbo y las especulaciones, y con el video circulando, unido a la revelación de la identidad de la víctima, las especulaciones y el morbo estaban asegurados. Hombres de la calle que bajos los focos y kilos de maquillaje, se convertían en psiquiatras forenses, policías, abogados… Todos intentaban indagar en lo que pudo ocurrir,

llegando incluso afirmar de que se trataba de una ajuste de cuentas. «Eladio Vázquez debía de estar metido en algo turbio», expresaba un hombre de un canal de televisión. A Carla, las hipótesis y conjeturas que hicieran aquellos llamados «tertulianos», le era indiferente. Sin embargo, a veces, eran de gran ayuda puesto que eran expertos en sacar los trapos sucios de las personas. En el caso de Eladio, no tenían nada.

—Haremos lo que podamos —sentenció la inspectora.

Ambos colgaron.

El patrol de la guardia civil se detuvo. El subinspector hizo lo mismo a su lado. Se bajaron de los coches.

—Justo aquí, la encontramos andando —espetó el cabo.

Carla contempló el paraje. Todo era campo abierto, matorrales secos y sonidos que otorga la naturaleza de noche. Por otro lado, no era un campo abierto verde, este era un secarral amarillo, un lugar donde en invierno, los menos cuatros grados pueden hacer helar tu sangre y en verano, los cuarenta o cincuenta grados que pega en el aquel terreno donde no crece nada, puede hacer hervir y espesar tu sangre.

—La tuvo que retener cerca. No creo que la trajera hasta aquí para luego dejarla marchar: Coger las linternas, buscaremos el sitio. —indicó Carla

Se dividieron en dos grupos. Carla anduvo con su compañero hacia el este, mientras que la pareja de guardias civiles lo hacía en el oeste. Caminaron un par de kilómetros hasta que la voz del cabo se escuchó.

—¡Inspectora!

Fueron hasta ellos. El cabo le señaló lo que parecía ser una fábrica pequeña en ruinas. No fue hasta que se acercaron cuando observaron que se trataba de una granja avícola. Se divida en dos casetas de paredes blancas, el techo se forraba con paneles de chapa ondulada. La primera, la más pequeña, era el domicilio donde residía el antiguo granjero. Los cuatro anduvieron por el sendero de tierra hasta la entrada de la granja. Una cerca cortaba el paso.

—¿Conocías este sitio? —cuestionó Carla al cabo.

—Sí. La granja lleva cinco años cerrada. El ayuntamiento la compró al dueño. Lo iban a derribar y hacer plantaciones, o eso es lo que tengo entendido.

—¿Podemos entrar? Me gustaría echar un vistazo.

—Por nosotros no hay problema.

—¿No es un poco tarde? No hay nada de luz y está lloviendo, deberíamos dejarlo para mañana —argumentó Fede.

—No te quejes, solo está chispeando. Será algo rápido, quiero saber dónde estuvo, el lugar exacto.

Empujaron la verja. Debido a que la viuda estuvo retenida en aquella granja, el candado con el que se mantenía cerrada a los curiosos se encontraba en el suelo. Encaminaron primero a la caseta del granjero. Puesto que la puerta estaba arrancada, se adentraron a través del hueco que dejaban dos tablones en vertical, un hueco demasiado estrecho que al subinspector le costó entrar. No hallaron más que polvo, suciedad y ratas comiéndose otras ratas.

—Parece que aquí no hay nada.

Para asegurase, lo examinaron con más minuciosidad. A Carla no le pareció que en aquella caseta, estuviera retenida ni la viuda ni nadie. Tan pronto como acabaron, accedieron a la segunda nave, el lugar donde se explotaba las aves. Mediría unos ocho metros de ancho y cincuenta de largo. De tabiques de madera, se revestían con una malla hexagonal. Con un suelo de cemento y el techo con varios tragaluz recubiertos de láminas de acero. Anduvieron entre lo

que quedaba de las jaulas y comederos.

—Suena a pan crujiente —mencionó Fede.

Carla alumbró el suelo. No era pan crujiente lo que le pareció notar al subinspector, sino los huesos de los pollitos que perecieron al no haber tanta comida para alimentarlos. Cruzaron la sala hasta llegar a la puerta de metal.

—Aquí debe de ser —pronunció Carla.

Ayudado por los compañeros, abrieron la puerta empujando con los hombros para a continuación, comprobar la oscuridad que tanto aterreró a la viuda. La inspectora buscó el interruptor de la luz, esperando que hubiera electricidad. Antes de pulsarlo, el subinspector y los guardias civiles desenfundaron sus armas. Tan pronto como dio al interruptor, alzaron sus armas apuntando a cualquier cosa que emitiera sonido. Una luz blanca intensa y que a su vez emitía pequeños fogonazos debido a la instalación, les reveló una sala vacía. Se trataba de los baños para empleados. La viuda tuvo razón con la pared de azulejos. Su color natural era el blanco no obstante, el paso del tiempo y que se hallaban desquebrajados y manchados de sangre y heces, el color blanco desapareció por completo. En el lugar donde debía de estar el inodoro, se encontraba un agujero por donde campaban los roedores a sus anchas. Medio plato de ducha se hallaba incrustado en el suelo de la esquina de la derecha. La inspectora observó la pared de la izquierda, la examinó. Una argolla se encontraba anclada en la pared, amarrando una cadena de no más de dos metros. Se notaba que el orifico lo hizo el secuestrador dado que, aparte de que no tenía signos de oxidación ni del paso del tiempo, en el suelo aun había los restos de la pared al taladrar.

—Necesitamos a científica —expresó Carla a Fede.

—Los llamaré.

—Espera un segundo —Una llamada al teléfono móvil de Carla, detuvo la conversación —. Será el juez, Perdonar.

Observó la pantalla. No era el juez Blasco quien se encontraba detrás de la línea. La llamada correspondía a Vanesa, la inspectora a cargo de la unidad central de criminalística, y por el tono de su entrecortada voz, parecía algo muy importante y urgente.

—Dime Vane, ¿alguna novedad?

—Necesito que vengáis lo más rápido posible.

—¿No puede esperar? Estamos investigando donde retuvo a la viuda.

—Déjalo para otro momento, esto muy urgente.

—De acuerdo, vamos enseguida.

Carla colgó. A continuación, se dirigió a su compañero.

—Fede, tenemos que irnos. Ha llamado Vanesa, que vayamos ya, que es muy urgente.

—¿Te dijo el motivo?

—No.

—Vale, vamos.

—Gracias por vuestro ayuda —mencionó la inspectora a los compañeros.

—No hay que darlas, estamos para eso.

6

Comisaría general de policía científica. 19:30

Fueron directos a ver a Vanesa. En el trayecto, la inspectora y su compañero iban pensando y hablando sobre el qué tenía para ellos, y el motivo de ser tan urgente para apartar todo lo demás. ¿Habría encontrado algo en el teléfono móvil?

Al entrar, quedaron extrañados de contemplar con semblante serio al jefe superior Enrique Gil, quien se encontraba de pie junto a Vanesa.

—Hemos venido lo más rápido posible —alegó Carla— ¿Qué ocurre?

—Pónselo —añadió Enrique.

Vanesa clicó en un archivo del ordenador.

—Esto llegó a las siete y cuarto a través de la aplicación instalada.

Lo reprodujo. A pesar de que era de noche, se observaba la parte interior de un edificio antiguo de ladrillos, con columnas y ventanales con forma de arco. Las paredes, desquebrajadas y en donde albergaban un exquisito arte urbano. El suelo se asfaltaba con escombros, arbustos y malas hierbas. Entre los pasillos, se escuchaba un suave murmuro, como si una persona intentaba hablar sin poder hacerlo. Tras diez segundos enfocando a ese pasillo murmurante, la cámara se puso en modo autofoto para dejar ver a una persona vestida entera de negro, guantes y pasamontañas. Después de enfocarse bien, dirigió unas palabras:

«Si estáis viendo esto, es porque la señora Argensola ha hecho bien su trabajo. Su marido cumplió su parte, y yo cumplí la mía. Hace dos años, nuestra querida justicia hizo que mi vida se fuera a la mierda. Ahora probarán la maza de mi propia justicia.»

Encendió la luz de la linterna del teléfono, y se adentró por los pasillos hasta llegar a una sala amplia. La luz del móvil mostró a una mujer semidesnuda, con la boca tapada por una cinta adhesiva y colgada del techo por los brazos. Aquella mujer rubia y de no más de cuarenta años, mostraba múltiples cortes por el cuerpo y la cara. El desconocido caminó hasta ella. Por cada paso que aba, los ojos de aquella mujer rubia se volvían más expresivos, mostrando terror en unos ojos azules.

«Quiero presentaros a una de las personas que jodió mi vida. Como podéis observar —Pasó la cámara por el abdomen y su pecho— tiene cortes por todo el cuerpo. Haciendo cálculos, puede que en una hora morirá desangrada, y si no, el frío lo hará. Si la quieren salvar, háganlo pronto.»

Para acelerar el trabajo a muerte, agarró un cubo con agua que se encontraba al lado de ella. Metió la mano derecha y al sacarla, con las gotas que quedaban en la mano, comenzó a salpicarla, a bendecirla como un cura a un feligrés. Volvió a poner la cámara en autofoto.

—Saluden a la señora Argensola de mi parte. Adiós.

La pantalla se volvió negra. Aquel video fue un jarro de agua fría para el caso. Se encontraban ante algo más que la simple pero siniestra muerte del banquero Eladio Vázquez. Estaban ante un asesino en serie o alguien que tan solo, quería impartir como decía el video, su propia justicia. No obstante, sin saber quién era la mujer que colgaba del techo, era imposible

relacionarlo con la muerte del banquero, ¿había conexión entre ellos? Y si la hubiera, ¿cuál sería? Ante aquellas preguntas, la inspectora y su compañero tenían una hora para salvar a la chica antes de desangrarse. Quizás un poco menos. Carla observó su reloj, eran las ocho menos cuarto. Treinta minutos separaban una vida de la muerte.

—¿Has verificado el video?

—Hice un análisis superficial, al perito le llevaría un par de horas examinarlo en profundidad. Pero puedo decir, que es verdadero. No parece un montaje.

—Pon el video otra vez.

Vanesa lo reprodujo.

—Para.

—¿Qué buscas? —cuestionó el jefe superior.

—Algo que identifique ese edificio o el lugar.

—Es una tarea casi imposible, la oscuridad no te va a dejar ver nada, aparte de que no sabemos si es Madrid o cualquier otro lugar, y si lo fuera, ¿cuántos edificios existen en la capital? Miles —argumentó Fede.

—Tenemos que ir descartando. Es eso o nada.

—¿Descartar el qué? —inquirió el jefe superior—. Estoy con Fede, es imposible saber dónde es.

—Sin embargo, sí sabemos unas cosas, sabemos que ese edificio tiene ventanas arqueadas, pensemos, ¿qué edificio tiene ventanas arqueadas?

—Una iglesia —contestó Vanesa.

—Exacto, una iglesia, pero, ¿cuál?

—Menos cinco… —alegó Fede.

—Lo sé, no me presiones. Reanúdalo.

Vanesa así hizo. Se reanudó con la imagen del enmascarado caminando por el pasillo. Gracias a la luz del móvil, a la inspectora le pareció ver algo en la pared de la izquierda.

—¡Para! ¿Veis eso?

—¿El qué? — inquirieron los demás.

—Parece una pintada —indicó Vanesa.

—Eso es más que una pintada, parece una frase.

—Puede ser cualquier cosa —alegó Fede.

—Lo sé, pero si conseguimos leerlo, quizás nos de algún detalle, ¿puedes rotar el video noventa grados? —cuestionó la inspectora.

—Dame un segundo.

—No tenemos mucho de eso…

Por medio del programa de edición, lo rotó, quedando la imagen centrada, aún así, la imagen se mostraba oscura. El reloj seguía corriendo, las agujas ya marcaban las ocho en punto.

—¿Puedes clarear la imagen?

—Sí.

Jugando con el contraste y a través de distintas capas, consiguió clarear y limpiar la imagen donde se podía leer: «Leganés manda.»

—Ahí lo tenemos, una iglesia en Leganés. Comienza a buscar.

Vanesa introdujo los datos; una iglesia a campo abierto, con el sonido de una carretera y en Leganés. El buscador otorgó un nombre: La iglesia de San Pedro Apóstol, en Polvoranca, una iglesia que debido a su abandono, se había convertido en el lugar perfecto para fiestas de larga duración, o para grupos que practicaban rituales de magia negra. A veces las dos cosas. Lo

introdujo en *google maps* y al instante le dio las coordenadas.

—Avisa a los compañeros de Leganés, que vayan lo más rápido posible —mencionó la inspectora a su compañero.

—Estoy en ello.

—Jefe, avise al juez.

—Le diré que vaya hacia la iglesia.

A continuación, volvió a observar la hora. Eran las ocho y cinco.

7

La lluvia había amainado, dando un respiro a la capital, pero dejando sus calles encharcadas y sus campos embarrados. Todos los efectivos de la zona, incluyendo ambulancias y dotaciones de bomberos, se personaron en la iglesia. Faltaban cinco minutos para que se diera la hora y la inspectora y su compañero, se hallaban circulando con la sirena puesta por el arcén debido al atasco que se encontraba en la carretera M407, a la altura del campo de fútbol el Naranjo. Tenía constancia de que no llegarían a tiempo, de todas formas, la inspectora esperaba, rezaba, porque los compañeros sí lo hicieran. Llegaron a las ocho y veinte. Dejaron el coche en el primer lugar que pudieron, se bajaron y sin cerrar la puerta, y con el barro por los talones, se adentraron sin perder más segundos a la destartalada iglesia. Corriendo por el pasillo, un compañero les indicó el lugar de la víctima. Al llegar, encontraron un tumulto de compañeros alrededor de ella, lo que la inspectora todavía no sabía era si estaría viva o muerta.

Carla apartó a los compañeros y observó que aquella mujer, podía vivir otro día más. La había hecho transfusiones de sangre debido a la gran pérdida de ella. Le explicaron a la inspectora que, cuando llegaron, la encontraron desmayada, con síntomas de hipotermia y casi medio muerta; un par de minutos más y aquella iglesia alejada de la mano de Dios, hubiera sido su tumba. De la misma manera, le dijeron que aquellos cortes eran bastante profundos y en zonas de abundante sangrando. Pero lo peor de todo, es que sus pies se encontraban en fase de congelación. Sus dedos se tiñeron de un color azul, tirando a morado. No tenía signos de haber sido golpeada ni violada.

Trasladada al hospital, Carla quedó aguardando a la espera de científica. Llegado los compañeros, y una vez que plantaron los focos, se pusieran a examinar cada rincón de la casa del santo apóstol. Comenzaron con la entrada principal. Tenían que ir apartando lo que aun perduraba del viejo mobiliario y no había sido robado; el reclinatorio, convertido en mesa para dejar las botellas de alcohol, la fuente bautismal, utilizada para hacer los combinados y que cada uno se sirviese como si estuvieran en una fiesta de quinceañeros, el tabernáculo con las puertas arrancadas para convertirlo en un cenicero portátil. Sin olvidar el atril, cuya madera era utilizada para pintarse rayas de cocaína. Eso cuando no era utilizado para rituales, como se podía observar por las velas negras que decoraba la casa del apóstol. No fue tarea fácil examinar la entrada ni la iglesia en general, dado que el barro pudo haber tapado cualquier indicio. No hallaron rastro de sangre que expusiera que la víctima entrara con los cortes, unido a que no presentaba signos de violencia, Carla dedujo que debió de ser drogada como la viuda de Eladio Vázquez. Pese a todo, si encontraron pequeñas partículas de sangre por los escombros y la tierra, y dado que su cuerpo aparte de los cortes, presentaba arañazos, pudo deducir que, estando drogada, la arrastró, como se pudo apreciar por el surco que hizo su cuerpo desde la entrada hasta donde fue encontrada.

Junto a científica, comenzaron a recabar huellas. Iniciaron el examen en la cuerda que la mantuvo maniatada, dando como resultado negativo, ningún grupo de huellas. Siguieron por las paredes cuyo polvo reveló cientos de ellas. Buscaron las más frescas, huellas recientes, dando un resultado positivo. De la misma manera, buscaron huellas en lo que quedaba de mobiliario, sin embargo, al encontrarse mojado por las lluvias, otorgó muy pocas huellas. Solo faltaba cotejar y buscar si se hallaban en la base de datos. Pasaron a las plantares. En ese caso, el barro jugó a su favor, encontrando aparte del pie descalzo de la víctima, botas militares de la marca Garmont, del número cuarenta y dos.

Uno de los agentes de criminalística examinó el exterior. Comenzó por las ruedas del coche del desconocido. Al tratarse de un terrero que estaba embarrado, los tacos, surcos y hombros del neumático, se mostraban con total claridad. Según explicó el agente a la inspectora, el dibujo dejado por los neumáticos pertenecía a una goma R15. Se observaba gracias a la fricción por aceleración, que el desconocido huyó del lugar haciendo girar las ruedas con intensidad, lo que se conoce vulgarmente como salir haciendo ruedas. Hizo un molde con yeso en la superficie de rodadura.

Las preguntas ya empezaban a rondar en la cabeza de la inspectora, ¿eligió a las víctimas al azar, o había alguna conexión? Tan solo se podía contestar sabiendo quién era la mujer. Entretanto se contestaba aquellas cuestiones en su cabeza, el juez Alberto Blasco, hizo acto de presencia. La inspectora le puso al día de los acontecimientos.

—¡Dios! Tengo barro hasta en los huevos —expresó a la inspectora quien permaneció sin decir nada—. ¿Sabemos quién es la víctima?

—No señoría, la ambulancia la llevó al hospital. Gracias a los compañeros que llegaron a tiempo pudieron salvarla, si no, no lo cuenta.

—¿Cómo lo ves? ¿Qué opinión tienes?

—No sabría decirle. Hay que averiguar si hay alguna conexión entre ellos.

—Lo que no entiendo es el motivo de que no los asesine directamente. Ante qué estamos inspectora jefe Ruiz, ¿un jodido loco? ¿Un puto sádico?

—No lo creo señoría. Pienso que él no quiere asesinarlos porque él no es un asesino. A Eladio Vázquez le hizo que se disparara, a la víctima la realizó múltiples cortes esperando a ver si la lográbamos salvar o no.

—Entonces, está jugando con nosotros.

—Todavía no lo sé. Es pronto para decirlo.

La conversación se detuvo debido a una llamada al teléfono móvil de la inspectora.

—Disculpe, señoría.

Carla se separó unos metros y descolgó. Al otro lado de la línea, le mencionaron que ya estaba la autopsia de Eladio Vázquez. Regresó con el juez.

—Señoría, ya está la autopista de Eladio Vázquez.

—Vaya a ver qué tiene el forense.

—Señoría, ¿no es un poco tarde para ir?

—Aquí o trabajamos todos, o nadie. No he venido desde mi casa y ensuciarme de barro para nada. Vaya e infórmeme con lo que sea.

Dejaron a científica haciendo su trabajo y al juez supervisando a unos y a otros, y entretanto la víctima ser recuperaba en el hospital, haciendo caso a la orden del juez, se dirigieron al anatómico forense.

A las nueve y media regresaron a Madrid. Antes de ir al anatómico, hicieron una parada para recobrar fuerzas en el bar de la esquina puesto que, con todo lo de la mujer de la iglesia, la visita a la viuda de Eladio e investigar en Somosaguas, sus estómagos se hallaban vacíos. Se metieron al cuerpo un par de bocadillos y media ración de bravas que el camarero le puso con las consumiciones. Terminado, se pusieron en marcha en cuanto el subinspector acabó el café y la copa de orujo de hierbas que según él, le ayudaba a quitar el estrés acumulado. Preguntaron a la recepcionista la sala en la que se encontraba el cuerpo de Eladio, y lo principal, si todavía se encontraba el forense, la cual contestó que sí. Al pararse frente a la puerta y golpearla con los nudillos, el doctor ni contestó, ni abrió. Quedaron junto a la puerta cinco minutos. Para la inspectora, las esperan eran largas y tediosas hasta que pudo calmar esa sensación al verlo girar

en el pasillo. Volvieron a verse las caras con el forense, el doctor José María Ferrer.

—Buenas noches, doctor —expresaron la inspectora y su compañero.

—Buenas noches, estaba a punto de marchar, si no es por la llamada del juez, el cual me ha «obligado» a quedarme hasta que vinierais, estaría en casa. ¿Lleváis mucho?

—No, acabamos de llegar —añadió Carla.

—Empecemos cuanto antes, llevo cinco autopsias hoy, y una era un niño de diez años. Solo quiero llegar a casa, cenar, y beberme un par de cervezas, aunque con el día que llevo hoy, creo que será un whisky. Estoy muy cansado.

—Y nosotros —afirmó Fede.

—Pasad —indicó el forense haciendo el gesto de entrar.

Entraron a la sala de autopsias en donde una fría camilla dentro de un cajón todavía más frío, reposaba el cuerpo de Eladio bajo una sábana blanca, a la espera de que su viuda fuera a reconocerlo.

El doctor destapó el cuerpo.

—¿Por dónde queréis que empiece?

—La hora y la causa de la muerte, no la podemos saltar —indicó Carla.

—Presenta múltiples golpes en el torso y la espalda, y un par de costillas rotas, causados por un objeto cilíndrico de hierro. Laceraciones en muñecas y tobillos causados por una cuerda de un grosor de diez milímetros.

—¿Una cuerda de alpinismo?

—Podría ser.

—¿Qué más?

—Tiene quemaduras hechas con un cigarro en la planta de ambos pies, un total de diez. Cinco en cada planta.

—¿Diríamos que lo torturó?

—Puede decirse que sí.

—De ser así —interrumpió Fede— La tortura ha sido bastante chapucera, eso o habló demasiado rápido.

—También encontré un pinchazo en el cuello. Hice análisis toxicológicos y presentaba restos de benzopadimas en los tejidos grasos, en concreto *Midazolam*, un compuesto de rápida absorción y con una duración de dos horas aproximadamente.

—¿Con eso lo hizo hablar? —se informó Carla.

—No, esto se utiliza como anestesia, sedante.

—Dos horas…, con eso le dio tiempo a secuestrarlo. Vamos por pasos. Primero lo secuestra, lo tortura, hasta ahí todo claro. Eladio, al principio se opuso, el agresor le dio un incentivo con esa tortura pero Eladio seguía en las mismas, hasta que lo convenció e hizo que se pegara un tiro.

—Con su mujer —añadió Fede.

—Exacto. A Teresa Argensola, la utilizó de moneda de cambio, si Eladio no lo hacía, su mujer pagaría las consecuencias. Hay que averiguar el motivo por el que el agresor le instó hacerlo. Eso y averiguar si tiene relación con la segunda víctima.

—¿Hay otro cuerpo más? —cuestionó el forense.

—No, gracias a los compañeros consiguieron salvarla, si no hubiera sido así, tendrías otro cuerpo en un cajón. ¿Algo más?

—Por ahora, eso es todo, mañana continuaré trabajado por si encuentro más evidencias.

—Gracias doctor.

—A vosotros.

Serían algo más de las diez cuando salieron del anatómico. Estando en la calle, al mismo tiempo que el subinspector se metía un cigarro a los pulmones, conversaron. La inspectora tenía una duda en la cabeza.

—Según tú, dices que hablaron, ¿de qué piensas que pudieron hablar? —preguntó Carla a su compañero.

Este dio una calada y expulsó el humo.

—De mil cosas, a saber, supongo que de dinero. Puede que lo extorsionara. Ya lo dijo su mujer, cualquier enemigo o no, quizás alguien que lo conocía y sabía a qué se dedicaba, y lo más importante, que su cuenta corriente estaba a reventar.

—¿Chantaje?

—No se me ocurre otra hipótesis.

—¿Y hace qué se suicide? No tiene lógica, le hubiera disparado él, ¿no te parece? Además, está la segunda víctima.

—Bueno, así no se le puede acusar de asesinato, al fin y al cabo, el no apretó el gatillo —agregó Fede dando otra calda.

—¿Y si no fuera dinero? ¿Y si secuestró a su mujer a cambio de su vida?

El subinspector terminó el cigarro, lo dejó caer al suelo y lo aplastó con el zapato.

—Podría ser, pero, ¿y la mujer de la iglesia? ¿Qué pinta ella en todo esto? ¿Otra banquera?

—No creo que vayan por ahí los tiros, lo sabremos cuando hablemos con ella. Averigua si le han dado el alta a la mujer, de ser así, iremos a verla.

La conversación fue interrumpida por el sonido del teléfono de Carla. Observó la pantalla.

—Mira, es Laura —Descolgó—. Dime… perfecto, gracias, no te muevas de ahí, enseguida vamos. —Seguido se dirigió a Fede—. Ya están las grabaciones de las calles, —Carla miró el reloj del móvil—. Son las diez y media, vamos a repasarlas. Avisa a tu mujer, dila que hoy vas a llegar más tarde.

—Es un poco tarde, lo podríamos dejar para mañana.

—Sabes que no podré dormir con las grabaciones en la mesa.

Alrededor de las once, la inspectora y su compañero llegaron a la jefatura superior. Antes tomaron otro tentempié en el bar dos calles más abajo. No sabían cuanto tiempo les llevaría examinar las grabaciones y la inspectora pensaba mejor con el estómago lleno. Seguido de cenar unos bocadillos de una tortilla fría, se dirigieron a la sala de informática. Las grabaciones, cinco en total, se ubicaban en las calles adyacentes a la parte de Gran Vía, por la zona en la que Eladio Vázquez entró hasta la plaza de Callao.

La primera grabación, la más importante, la que hizo estrechar el cerco, fue la de sus últimos pasos. Ubicaba a Eladio Vázquez vestido de papá Noel, girando la calle Miguel Moya a Gran Vía. Era el único vestido de esa guisa caminando por la céntrica calle de la capital en un sábado lluvioso. Sabiendo por la calle que había girado, pusieron la grabación que daba a la calle Miguel Moya. Pasaron la duración hasta media hora antes de las nueve de la noche. Estuvieron bien atentos a la pantalla. A menos cuarto, con la calle ajetreada en la cual no cabía un alfiler, se le vio salir solo del hostal Milán.

Retrocedieron hasta el viernes por la noche, donde se le vio entrar en el mismo hostal acompañado de un hombre.

—Mira, ahí lo tenemos.

Eladio caminaba apoyado en los hombros de aquel hombre. El tipo, llevaba un anorak grande de color negro, unos vaqueros del mismo color que el anorak, y unas botas que, sin ser examinadas, parecían ser del número que coincidía con las huellas encontradas en la iglesia. Cubriendo su cabeza, llevaba una gorra cuya visera la había bajado más de lo normal, intentado cubrir parte de su frente y ojos. En la espalda, sobre el hombro derecho, una mochila negra. A Carla, le llamó la atención.

—Es listo…, va con la cabeza agachada y con la gorra. Sabe dónde está la cámara. En ningún instante mira hacia esta.

—Ya sabemos por donde investigar —añadió Fede.

—¿Lo ves? Ya me quedo más tranquila. Son más de las doce, vámonos a casa y descansemos unas horas, estoy muerta. Mañana nos espera un día agitado.

8

Lunes, 22 de diciembre

A las diez de la mañana, cuando el sol llevaba un par de horas de vida, y mientras que toda España tenía los ojos puestos en la televisión para seguir el sorteo de navidad, y con la víctima dada de alta, lo primero que hicieron fue ir a casa de aquella mujer de nombre Yolanda Reinosa. Antes de personarse, hablaron con ella por teléfono. Aunque no estaba recuperada del todo, en particular, de las secuelas psicológicas, no puso ningún inconveniente, puesto que lo único que quería era que todo acabara cuanto antes y para eso, Yolanda los citó en su piso de la calle Juan Hurtado de Mendoza, en pleno corazón del barrio de Salamanca.

Estacionaron el vehículo y caminaron hasta el número once. Llamaron al telefonillo y una voz masculina les abrió la puerta. Subieron hasta la tercera planta. En el descansillo, aguardaba un hombre de una piel lechosa, tan blanca que resplandecía, el cabello rubio corto, alto y con un cuerpo delgado.

—Hola buenas, soy Chance, el novio de Yolanda.

Carla mostró la placa.

—Soy la inspectora jefe Ruiz, mi compañero, el subinspector Celada.

—Un placer, pasen por favor.

—¿De dónde procede tu nombre? —cuestionó el subinspector para quitarse la curiosidad.

—Soy medio español, medio alemán. Significa «protector y soberano.»

—¿Qué tal está Yolanda? —murmuró la inspectora.

—Fatal, no ha dormido en toda la noche.

—La han dado muy pronto el alta.

—Ya ve, nos dijeron que hacían falta camas… Por aquí por favor.

Aquel hispano-alemán, les condujo hasta el salón. Yolanda, se encontraba acurrucada debajo de una manta y leyendo un libro del maestro del terror Stephen King, ese que trata sobre un payaso que come niños en las alcantarillas.

—Amor, son policías.

Yolanda dejó a un lado su lectura e intentó levantarse para saludar a la inspectora.

—No se levante, por favor.

—Lo intento, pero no lo consigo.

—Soy la inspectora jefe Ruiz, del grupo V de homicidios. ¿Cómo se encuentra?

—Dolorida, tengo cosido medio cuerpo y mire mi cara, parezco un cromo, y lo peor es que me han apuntado varios dedos de ambos pies, pero gracias por preguntar, aunque necesitaré un buen psicólogo para olvidar toda esa mierda. Todavía me tiemblan las piernas al recordarlo. Un poco más tarde, y no lo cuento. Gracias.

—No hay que darlas. Este es el subinspector Celada.

Fede saludó con un movimiento de cabeza.

—No le robaremos mucho tiempo —continuó Carla.

—Por favor, sentaros. ¿Quieren tomar algo? ¿Café? ¿Agua?

Se sentaron.

—No gracias, estamos bien —expresó Fede.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —cuestionó Carla.

—Salí el jueves con un amiga a tomar una copa al *Irish Rover*, un pub irlandés cerca de aquí, en la avenida de Brasil.

—¿Tuviste relación con alguien? —indagó Fede.

—¿A qué viene esa pregunta? Tengo novio.

—No me refiero a eso, me refiero a si entablaste conversación con algún amigo o desconocido, o con el camarero.

—No, solo con mi amiga. A ver, con el camarero también hablamos, lo conocemos desde la tira de años.

—¿Cómo se llama tu amiga? —inquirió Carla.

—Nuria.

—¿Y el camarero?

—Borja.

—¿Apellido?

—Eso no sé, no somos tan amigos.

—¿Alguna vez se insinuó?

—Qué va, Borja es gay.

—¿A qué hora te marchaste? —continuó Fede.

—Pronto, sobre las once, desde las ocho. Mi amiga se cogió un taxi, y yo me fui caminando hasta mi casa. Desde el bar hasta aquí, hay dos pasos.

—¿Sueles ir los jueves a ese bar? —se informó la inspectora.

—Sí, es una costumbre que tenemos. Quedamos para hablar de cómo nos fue la semana, del trabajo, de nuestras parejas, cosas así.

—Volvamos a cuando saliste del bar. ¿Qué recuerdas?

—Salimos y nos quedamos cinco minutos hablando y despidiéndonos. Nuria se cogió un Taxi. Yo me fui caminando por la calle del Capitán Haya. Creo que fue a la altura del museo del jamón, cuando un hombre me preguntó la hora. Después, me desperté atada a una tubería en una habitación.

—¿Cómo era ese hombre?

—Uno setenta, unos sesenta kilos, moreno…, tampoco recuerdo mucho, fue todo bastante rápido.

—¿No lograste verle la cara?

—La llevaba cubierta con una gorra.

—¿Recuerdas algo de la habitación?

—No, ahora mismo no tengo ninguna imagen.

—No te preocupes, no pasa nada. ¿Habló contigo?

—No, solo vino un par de veces, la primera para alimentarme, me trajo agua y bastante de fruta. La segunda fue para clavarme una jeringuilla en el cuello.

—Y cuando recobraste el conocimiento, estabas en la iglesia.

—Sí…

—¿Fue una vez la que te alimentó?

—Sí, tuve que ir racionando la comida y el agua.

—¿Tú no te diste cuenta de a que tu novia le pasaba algo? —cuestionó Fede.

—No tuve motivos, yo me escribí con ella, o pensaba que era ella. Me dijo que estaba mala y que necesitaba descansar, que tendría desconectado el móvil, y que hablábamos en unos días. Vine a su casa para estar con ella y por si necesitaba cualquier cosa. Llamé al timbre pero no me abrió. Pensé que estaba dormida y que por eso no se enteró.

—¿No tienes llaves? ¿No viven juntos?

—Todavía no hemos llegado a esa etapa.

—A todo esto —interrumpió Yolanda—. ¿Sabe dónde está mi teléfono móvil?

—En la iglesia no lo encontramos. Supongo que el secuestrador se deshizo de él después de mandar el mensaje a tu novio —argumentó Fede.

—¿A qué se dedica?—inquirió Carla a Yolanda.

—Soy abogada, trabajo en un despacho de la zona.

—¿Sabes quién pudo hacerte esto?

—Soy abogada penalista, cualquiera.

—Haga memoria, alguien que la amenazase, que quisiera verla muerta.

—Pues todos lo que he metido en la cárcel, la lista sería interminable.

—Algún juicio que digamos… más llamativo —espetó Fede.

—No sé, tendría que recordar, estoy muy cansada.

—¿Conoces a Eladio Vázquez? —indagó la inspectora.

Yolanda titubeó.

—No, no lo conozco. ¿Quién es?

—No es nadie. Ya tenemos suficiente, volveremos si necesitamos hablar contigo.

—Estaré encantada de ayudar para que cojan a ese cabrón.

Dejando atrás el domicilio y de camino al coche, se pusieron a conversar, esas conversaciones que hacían que el caso avanzase.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Fede.

—Raro. Lo que tengo claro es que no la escogió a ella al azar, sabía a quién estaba escogiendo. Algo nos está ocultando. Primero un banquero, después un abogaba penalista. Hemos investigado a Eladio, y no presenta ningún antecedente criminal. ¿Qué podría necesitar de una abogada penalista? Si hubiera sido una abogada mercantil, podría estar relacionada con sus negocios.

—¿Amantes?

—Cómo amantes.

—Que estuvieran liados.

—En ese caso, ¿qué pinta el captor? Si hubiera sido el novio, podría tratarse de un crimen pasional. Sabemos que él no ha sido por la voz, no cuadra con la del video. Vanesa verificó que el video estaba limpio, sin ser manipulado.

—¿Y la viuda de Eladio?

—Qué la pasa.

—¿Y si fue ella? Me explico, ella se entera de que tienen un lío, y contrata un sicario para deshacerse de ellos. Dinero tiene para hacerlo.

—Esa gente mata directamente y se vuelve a su país, no hace que uno se dispare en una plaza, ni hace cortes a la otra víctima para jugar al gato y al ratón con nosotros. Quien lo esté haciendo, quiere verlos sufrir.

—¿Y por qué no matarlos directamente?

—Por eso, para verlos sufrir. Ahora, vayamos al hostal a ver si hallamos algo interesante.

Carla recibió una llamada al móvil. Se trataba del juez Alberto Blasco. Descolgó.

—Buenos días, señoría.

—Inspectora, llevo todo el día pegado al teléfono, y no tengo ninguna llamada suya, espero que tenga novedades para mí.

—Perdón señoría, no lo oigo muy bien.

—Estoy en el bar desayudando, espera que salgo a la calle —Antes, se dirigió al camarero. ¡Niño! Ponme unos churros con el café, ahora entro —Volvió con Carla—. ¿Mejor?

—Sí.

—Ponme al día.

—Estuvimos hablando con la segunda víctima, Yolanda Reinosa, una abogada penalista.

—Una abogada penalista… Interesante, ¿qué se cuenta la abogada?

—No conoce a Eladio, y tampoco sabe el porqué la secuestraron. Dijo que antes de estar en la iglesia, estuvo retenida en otro lugar que desconoce, y del secuestrador… Mencionó que era de un metro setenta, y unos sesenta kilos, una descripción muy vaga señoría.

—¿No la has sacado más información?

—No, señoría.

—Estamos apañados, ahora, ¿adónde os dirigís?

—Revisamos las grabaciones de las calles adyacentes a Gran Vía. Localizamos a Eladio entrando en un hostal acompañado de un hombre, estamos de camino hacia allí.

—Estupendo.

—¿Habló con Ricardo Rojis?

—¡Puff! Sí, hablé, menudo pájaro, aunque no es nuestro hombre, ni tiene nada que ver. Discutió con Eladio, pero a la semana ya se estaban dando abracitos. Eladio le sacó sus proyectos adelante. Os dejo, que se me enfrían los churros. Ya sabe, mantenme informado.

Ambos colgaron.

9

Se dirigieron al hostal, ubicado en el número cuatro de la calle Miguel Moya, una breve calle situada al lateral del antiguo edificio de la asociación de la prensa. Llamaron al segundo izquierda y sin que nadie contestara, la puerta se abrió dándoles acceso al interior del portal. Subieron en el ascensor y seguido, llamaron al timbre de la puerta.

—Está abierto, pasen —mencionó una voz femenina.

Empujaron la puerta y accedieron a recepción. No era muy amplio pero gracias al espejo de enfrente, daba una sensación de ser más grande de lo que en realidad era. El suelo se embellecía con placas grises de color ceniza, contrastando con las paredes blancas del mismo color que el cerco de las ventanas y las puertas. Una mesa tipo consola en el centro donde se almacenaban revistas para hacer una espera más agradable mientras estás sentado en el sillón hasta ser atendido. Y un aparador que mantenía el peso de una lámpara y un globo terráqueo. A la derecha, se encontraba la recepcionista, un mujer cubana, de cincuentas años, regordeta y unas gafas de pasta que ocultaban un ojos pequeños.

—Hola, ¿quieren habitación? —preguntó mostrando una sonrisa.

—No venimos a eso —Carla mostró la placa— Soy la inspectora jefe Ruiz, mi compañero, el subinspector Celada. ¿Le importa si la hacemos unas preguntas?

—No, adelante.

Fede mostró la foto de Eladio Vázquez.

—¿Conoce a este hombre? —continuó la inspectora.

La mujer acercó la vista a la fotografía.

—Sí, le conozco. Vino… espere, deje que vea las entradas —Abrió la agenda y pasó la página hasta el viernes. —Aquí lo tengo. Se registró con el nombre de Eladio Vázquez, entró a las nueve de la noche.

—Sabemos que vino acompañado por un hombre.

—Sí, lo trajo acuestas. Me dijo que necesitaba una habitación, me pagó y se la di.

—¿No le preguntó el porqué lo traía a cuestas?

—No, eso no es de mi incumbencia, mientras me paguen y no la líen, me da igual lo que hagan. Aquí veo de todo. Supuse que se había pasado con la bebida y que necesitaba descansar.

—¿Cómo le pagó? ¿Efectivo o tarjeta? —indagó Fede.

—Efectivo. La habitación vale cincuenta. Me dio estos, más otros diez por las molestias.

—¿Notó algo extraño en su comportamiento?

—Defina comportamiento, aquí viene gente muy rara…

—Nervioso, asustado…

—Miraba a todos los lados, como si tuviera prisa, eso sí, fue muy educado.

—¿Podría describirlo? —siguió Carla.

—No hace falta, tengo una cámara oculta.

—¿Dónde?

—El globo terráqueo. Lo pusimos hace un año cuando sufrimos un intento de robo.

—¿Le importa si vemos las imágenes?

—No hay problema, pase por aquí.

Carla se puso detrás del mostrador. La recepcionista buscó en el ordenador la grabación de seguridad del viernes. Observó las imágenes. Se veía a Eladio y al desconocido tal y como lo

mencionó la recepcionista. Aceleró la grabación un par de segundos, esperando poder contemplar un primer plano del desconoció, pero no sucedió. Este continuaba con la cabeza agachada, mirando al suelo mientras cargaba con un «drogado» Eladio Vázquez.

—No se le ve la cara —espetó la inspectora a su compañero. Seguido, preguntó a la recepcionista. —¿Volvió a ver al hombre? Aparte de cuando lo trajo acuestas.

—Estuvo el sábado por la mañana. Vino a eso de las doce con una bolsa de deporte grande. Estuvieron sin salir todo el día y toda la tarde hasta que los vi marchare por separado.

—¿A qué hora se fue el desconocido?

—Sobre las ocho. Después, vi salir al cliente vestido de papá Noel. Me pareció raro, pero bueno, como es Navidad…

—Nos gustaría ver la habitación.

—He de comprobar que no esté reservada.

—Supongo que las limpian a diario —alegó Fede.

—Por supuesto señor —Volvió a mirar la agenda—.Tengo a una pareja metida. Si quieren ver otra igual, hay una libre.

—Necesitamos ver esa habitación —prosiguió Carla.

—Bueno, les puedo preguntar si aceptan cambiar la habitación.

—Sería de gran ayuda.

—Pero hay que esperar a que vengan los huéspedes. Son una pareja de ingleses que vinieron a ver las luces de Navidad.

—¿No tienen un número de contacto?

—Voy a llamarlos, a ver si pueden venir.

Descolgó el teléfono y marcó el número de los ingleses. Estuvieron hablando unos cinco minutos en su lengua materna. A continuación, miró a la inspectora y colgó.

—Tardan quince minutos, están en la Puerta del Sol. Si quieren esperar tomando un café en el bar de enfrente, les aviso cuando vengan.

—De acuerdo.

Tomaron ese café. La recepcionista nada más entrar aquella pareja procedente de ultramar, fue corriendo avisarles. Aquella pareja vino asustada, pensado si habían cometido alguna infracción. Habló con ellos delante de la inspectora. Habían visto la muerte de Eladio en las noticias, causando en sus mentes bastante conmoción y más sabiendo que, a unos pocos kilómetros de donde se hospedaban, un hombre vestido de papá Noel se metió una bala en el mentón. Debido a eso no tuvieron inconveniente en trasladarse e instalarse en la habitación del final de pasillo. La que necesitaban examinar por encima la inspectora y su compañero antes de dar el aviso a científica, se trataba de la número quince, la niña bonita. Antes de proceder a examinar la habitación, el subinspector bajó al coche para coger la luz negra. A Carla le gustaba llevar una en el maletero para dar un vistazo superficial y de ser positiva la inspección, avisar a científica para que fuera con toda la caballería. De techo blanco, el suelo se trataba del mismo modelo que el de la recepción. Lo único que resaltaba en la habitación era el papel de flores encima del cabecero de la cama. En la esquina, un armario en el cual tan solo se podía guardar tres prendas. Carla permaneció pensativa, ¿qué pudo pasar en aquella habitación? Aunque tenía constancia de que ahí hubo tortura, pero, ¿por qué? ¿Qué lleva una persona a torturar a otra? ¿Cuál era ese motivo que no dejaba a la inspectora dormir por las noches?

Pasó la luz negra por la cama sin hallar rastro de sangre o fluido. Mientras continuaba por las paredes, escuchó una risa que provenía de la habitación de al lado. Carla tocó la pared cuyo tabique era fino, del grosor de un papel de fumar, y con suavidad golpeó con los nudillos para

ver la acústica. El vecino le devolvió los golpes. Acercó la oreja para ver si podía escuchar con claridad el interior. Volvió a escuchar esa risa. Después de escuchar esa risa, entró al baño. Las toallas estaba colgadas, todo el baño se hallaba limpio. Siguió con la luz negra por el baño.

—Llama los compañeros, que vengan hacer su trabajo —mencionó Carla.

El subinspector salió al descansillo, se retiró a un lado e hizo la llamada. Carla hizo lo mismo pero en la puerta de al lado.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina.

—Policía, abra.

El cerrojo se deslizó y la puerta comenzó a entreabrirse. Carla mostró la placa a un hombre de treinta años.

—Soy la inspectora jefe Ruiz, ¿puede decirme desde cuándo llevan alojados?

—Una semana, he venido con mi novia para ver el Rey león. ¿Pasa algo?

—No, tranquilo, solo quiero hacerte unas preguntas. ¿Qué sabes de tu vecino del quince?

—Poca cosa, la verdad que no le hemos visto.

—¿Tu novia tampoco?

—Creo que no

—¿Puedo hablar con ella?

—Se estaba duchando, no sé si ha terminado, la llamaré. ¡Vero!

Salió del baño con el albornoz puesto.

—¿Qué pasa? Estaba terminando de prepararme. Y tú, ¿quién eres? —cuestionó de mala gana.

—Cariño, es policía.

—Inspectora jefe Ruiz. Estaba hablando con tu novio de este señor —mostró la foto de Eladio. ¿Lo has visto?

—No, no me suena.

—¿Habéis oído algo fuera de lo normal en el interior del quince?

—No hemos estado mucho en la habitación —siguió el novio.

—De cuerdo, perdonar por las molestias.

El novio cerró la puerta. Fede regresó con su compañera.

—Científica estará aquí en diez minutos.

—Esperaremos.

—Tengo una pregunta.

—Dispara.

—¿Por qué mandar un mensaje a la viuda a las diez, si lo secuestró a las ocho?

—Para poder hacer lo mismo con ella.

—No entiendo, entonces dices que secuestra a Eladio, lo trae hasta aquí, ¿y de vuelta a Somosaguas? Un poco loco.

—No si lo piensas. Volvió a Somosaguas para poder atraer a la viuda con la excusa del coche averiado. Esta dijo que todos los viernes quedaba con el suizo, hubiera sido muy sospechoso atraer a la viuda a otro lugar que no sea Somosaguas, donde va todos los viernes. Por eso la viuda no hizo ninguna pregunta ni sospechó de nada.

Los compañeros llegaron cinco minutos después del tiempo previsto. En la habitación comenzaron hacer lo que mejor sabían. Un agente comenzó a pasar la luz negra por cada rincón mientras otro cogía una brocha de pelo de camello, los polvos granulares y comenzaba a pintar la habitación como si fuera la capilla Sixtina. Era un trabajo difícil dado que la habitación, como le dijo la recepcionista a Fede, fue limpiada. Sin embargo, siempre quedaba algún resto aunque

fuera minúsculo, que es lo que encontró Carla en el baño para poder llamar a científica. En el dormitorio, la luz negra no halló partículas de sangre ni en el suelo, paredes, ni cama.

Sí encontraron tejido epitelial y diversos pelos repartidos, al igual que trozos de cutícula, el recubrimiento que cubre pare de la uña. Los polvos granulares sí revelaron huellas frescas. Acto seguido, examinaron el cuarto de baño. Poseía dimensiones parecidas al dormitorio. Al entrar, de frente, se encontraba el lavabo y encima, un mueble con espejo. A la derecha, el plato d ducha y en la izquierda, el trono real. Carla abrió el mueble a la vez que los compañeros buscaban cualquier evidencia. La inspectora observó distintos productos de higiene personal masculina y femenina. Un compañero la llamó. Cerró el mueble y se giró para atender la llamada.

—Inspectora, venga a ver esto.

Dio unos pasos hasta el plato de ducha.

—¿Qué tienes? —preguntó inclinándose.

—Esto.

La luz negra reveló el foco de la tortura. A simple vista, la cerámica de la bañera relucía pero fue pasarle la luz, y esta mostró manchas por proyección brusca. Las paredes del interior del plato de ducha, junto a la mampara, mostraron manchas hématicas por embarradura. Aquellas manchas, le dijeron a la inspectora que, al tiempo que lo torturaba, Eladio apoyó la mano en la mampara y la deslizó hacia abajo, agotado por todos los golpes y sin tener conocimiento de que su vida, acabaría tras el tintineo de una campana. Ahí lo tuvo todo el tiempo pensó Carla mientras se imaginaba al captor torturado a un indefenso Eladio Vázquez. Antes de marcharse, pidieron a la pareja de ingleses qué fueran a la comisaría de científica para descartar sus huellas con las encontradas en la habitación.

10

A las seis de una tarde que se había vuelto lluviosa, llegó un segundo video. Se presentaron en la comisaría general de policía científica. Vanesa le puso las imágenes. Se observaba el interior de lo que parecía ser otra iglesia; con grandes columnas de estilo gótico, ventanas con forma rectangular y grandes vitrales religiosos con distintas escenas de la vida de varios profetas. Asimismo, la inspectora contempló enorme cantidad de elementos arquitectónicos, escultóricos y decorativos de gran valor artístico y arqueológico, pero con estilos y procedencias muy dispares. A continuación de varios segundos de desconcierto, el sospechoso apareció hablando a la cámara.

«A estas alturas, sabrán quién soy, y si no lo saben, no son tan listos como yo pensaba. Ya no es necesario cubrir mi cara. Han hecho un gran trabajo salvando a la abogada, los felicito —Dio un aplauso—. A ver si con este, hacen lo mismo.»

Anduvo hasta el centro la iglesia. En el suelo, se encontraba a un hombre tumbado, con cinta americana cubriendo su boca, los brazos y piernas en cruz, y atado por unas cuerdas a unos postes. De igual forma que la abogada, poseía varios cortes repartidos por el cuerpo, sin embargo, al contrario que a ella, estos no correspondían en sitios vitales. No quería que se desangrase. Para él, tenía otros planes.

«Este mal nacido de aquí, aplica su justicia depende del dinero que tengas, ¿no es así? Si eres un jodido rico, no pisarás la cárcel, puedes hacer lo que te salga de los cojones con total impunidad, ¿verdad? —Le pegó unas palmaditas en la cara—. En cambio, los pobres como yo, los mierdas que trabajamos doce horas, no tenemos derecho a una justicia digna, pero ahora, el dinero no te podrá salvar. Como veréis, le hice cortes por todo el cuerpo, ¿por qué se los hice?, muy fácil, por esto.

Enfocó a una esquina la cual, se encontraba envuelta en una perpetua oscuridad. Pasaron varios segundos de incertidumbre hasta que se emepzó a escuchar un chirriar agudo, como si pasaras un cuchillo por una pizarra. A continuación, empezaron a encenderse unas luces rojas, semejantes a pequeñas bombillas. Primero se encendió un par, seguido de otro, así hasta encenderse decenas de ellas. Una de aquellas lucecitas comenzó a moverse con lentitud hacia delante. Una vez que abandonó la perpetua oscuridad, Carla contempló que se trataba de una rata.

—Veo que nuestros invitados ya empiezan a llegar a la fiesta. Aquí no va a ver tiempo, dado que el tiempo, lo decidirán las ratas, no yo —Le quitó la cinta americana— ¿Quieres decir algo antes de morir?

—¡¡¡Ayúdenme, por favor!!! ¡¡¡Qué alguien me ayude!!! ¡¡Socorro!!

Comenzó a llorar y a ladear la cabeza hacia ambos lados. Con el cuerpo, intentaba zafarse de las ataduras. Su secuestrador le tapó la boca.

—Buena suerte, que Dios se apiade de tu alma, si es que la tienes —le mencionó al hombre. Para terminar, le hizo la señal de la cruz.

Al despedirse de aquel tipo y darle la «extremaunción», apagó la cámara. Fede y Vanesa se quedaron observando a la inspectora.

—¡¡Será hijo puta!!

—¿Qué pasa? —inquirió Fede alterado.

—Yo he visto a este cabrón.

—¿Dónde?

—Es uno de los testigos con lo que hablé en la plaza de Callao, la noche de la muerte de Eladio. Él estaba ahí, viendo como se disparaba. ¿Has avisado al jefe? —cuestionó esta a Vanesa.

—Está en una reunión importante, ahora no puede venir, pero que le informemos.

—¿Cuánto tiempo podemos tener? —preguntó la inspectora a ambos.

Vanesa no pronunció palabra.

—¿Fede?

Este dudó.

—No sé decirte, diez minutos, media hora, una hora…

—No hay que perder ni un segundo. ¿Analizaste el video? —continuó Carla.

—Sí. Igual que el primero, no ha sido manipulado.

—¿Dónde coño puede ser eso?

—Parece una iglesia —espetó Vanesa.

—Más bien, un palacete.

—Pero, ¿cuál? Hay cientos de ellos.

—Un segundo… —interrumpió Fede—. ¿Puedes acercar la imagen de los vitrales?

Hizo un zum

—Para en ese.

Vanesa se detuvo en la imagen de un vitral que reflejaba a Herodes matando a todos los primogénitos.

—¿Qué buscas? —consultó Carla.

—Esa imagen, me suena mucho. La he visto yo en algún sitio.

—¿En dónde? Rápido, que el tiempo se nos agota.

—Creo que fue en Torrelodones, en una escapada que hice con mi mujer.

—¿Estás seguro? Solo tenemos una oportunidad.

—Déjame que lo vea otra vez —Lo volvió a observar—. Sí, estoy seguro, eso lo he visto en Torrelodones.

—Fede, por dios, no creo que la víctima aguante mucho más.

—Entonces te digo lo que tú a mí, no me metas presión. Vane, busca el palacio de no sé qué, en esa localidad.

Lo buscó en el ordenador, este le dio tres opciones.

—Ese es —Señaló a la pantalla—. El palacio del Canto del Pico.

—Esperemos que así sea. Reúne a las unidades de la zona. Yo avisaré al juez.

Sin perder más tiempo del que habían perdido, se dirigieron a aquel palacio, situado en la Avenida Conde de las Almenas.

11

La noche continuaba siendo lluviosa, oscura y fría. Una espesa niebla electrizante envolvía aquel inmenso palacio, dando un toque perturbador, de película de terror de las catalogadas como serie B; de bajo presupuesto, malos actores y en las que al principio siempre muere la chica rubia y tonta de los pechos grandes. El silencio era inquietante. Solo se veía truncado cuando se escuchaba el delicado silbar del viento golpeando las hojas de los árboles, el graznar de los cuervos posados en las ramas y por la noche, según cuentan las lenguas de los vecinos, gritos desgarradores de almas atrapadas entre sus paredes. A su alrededor, el sombrío bosque.

Aquel tétrico edificio se hallaba por poco en ruinas. La vegetación se había adueñado de la fachada cuyas raíces habían penetrado por cada una de las cavidades de los muros. Grandes enredaderas colgaban desde las ventanas, varias de ellas rotas por alguna pedrada de algún grupo de niños sin educación. El musgo crecía sin parar por todo el palacio. Ya no se distinguía lo que una vez fue la piedra. En la torre más alta, las aves habían anidado haciendo de ello su hogar. Por el día, dado su belleza de albergar encinas, enebros y demás fauna y flora, lo hacían uno de los parajes naturales más bellos de la Cuenca Alta del Manzanares pero, al caer la hermosa y tranquila oscuridad de la noche, y la espesa niebla lo envolvía todo, se convertía en uno de los parajes más perturbadores de la Cuenca Alta del Manzanares.

El subinspector introdujo las coordenadas en el GPS. Condujo por la carretera de la Coruña hasta llegar a la vía de servicio. Salió por la vía, hizo la rotonda y continuó por la carretera secundaria M-618. Tan pronto como dejaron atrás la llamada «Cuesta de la Asomadilla», llegaron a la entrada principal de la finca alrededor de las siete y cuarto. La lluvia cada vez se incrementaba más. La tormenta continuaba descargando, los truenos ahuyentaban a los pocos animales que en su desesperación buscaban cualquier lugar para cobijarse. Los relámpagos hacían acto de presencia dando luz a un municipio que ignoraba que en uno de sus lugares más históricos y emblemáticos, un hombre se debatía entre vivir, o ser comido por las ratas. El patrol de la guardia civil al igual que ambulancia y una dotación de bomberos, los estaba esperando. Entraron con los coches por la doble puerta que da acceso a la carretera de tierra de no más de un kilometro que llegaba hasta el palacio. A mitad de camino, pasado la antigua casa del guarda, se detuvieron. Varios troncos caídos por la fuerza de un rayo cortaban la carretera. La inspectora y su compañero se bajaron, al igual que los compañeros de la guardia civil y el jefe de bomberos.

—¿No podemos continuar? —inquirió Fede a los guardia civiles y al bombero.

—El patrol podría meterse campo a través, pero hay demasiado barro y tampoco sabemos en qué condiciones está la zona. Podía haber un socavón y…

—Lo mismo ocurre con el camión de bomberos —espetó el jefe.

—Ni la ambulancia—continuó el subinspector.

—¿Vosotros podrías quitar los troncos? —cuestionó Carla al jefe de bomberos.

—Sí, nos llevaría unos veinte minutos.

—Hazlo, nosotros continuamos a pie—Se dirigió a los compañeros de la guardia civil—. Vosotros dos, venís con nosotros. Cuando despejéis el camino, venís lo más rápido que podáis.

Se pusieron los chubasqueros, cogieron las linternas y junto a los compañeros de la guardia civil, un sargento y un cabo, se adentraron en lo profundo de la negrura de un bosque sin nombre, y anduvieron hasta el palacio. No marchaban solos, los graznidos de los cuervos sobre sus cabezas los acompañaban a cada paso que daban. En su caminata, lo peor no fue la intensa

lluvia, si no el poderoso viento que provenía del norte. En uno de aquellos pasos, el cabo se tropezó. Carla lo alumbró con la linterna y el subinspector lo ayudó a levantarse.

—Aguanta, queda poco para llegar —espetó Fede.

—Cabo, ¿te encuentras bien?

—Sí, mi sargento. Solo he tropezado.

La inspectora tenía constancia de que no iba a llegar a tiempo. El clima que azotaba a la capital un veintidós de diciembre, y la ubicación donde se encontraba la víctima, no jugaba a su favor. Aquello no fue como salvar a la abogada, aquel desconocido, aquella persona que hizo que Eladio Vázquez se volara la cabeza, ahora iba un paso más allá. Transcurridos algo más de de cinco minutos, llegaron. Un muro de piedra les prohibía el paso.

—¿Por dónde entramos? —preguntó Fede.

—Si el descocido entró con su víctima, por algún sitio lo tuvo que hacer —añadió la inspectora.

Luchando contra la adversidad, continuaron examinando el terreno. A unos setecientos metros a la izquierda, encontraron lo que buscaban, un hueco en la piedra. La inspectora se dispuso a acceder, se agachó y se arrastró cual gusano hasta salir al otro lado del muro. Lo hizo sin ningún inconveniente, aunque tuvo alguna dificultad debido a los pantalones ajustados que llevaba. En cambio su compañero, debido a la edad y a su tripa cervecera, le fue algo más dificultoso. Una vez que cruzaron todos, alzaron sus cabezas para contemplar el palacio.

—Aquí se debió de rodar la matanza de Texas —espetó Fede.

—Creo subinspector, que aquí han hecho sus propias matanzas —soltó el sargento.

—Estamos perdiendo tiempo —sentenció Carla.

Subieron la escalinata y entraron por una puerta arqueada. Al cerrar la puerta, el silencio pasó de secundario a protagonista. Nada se escuchaba, ni un grito desgarrador pidiendo ayudada, ni un murmuro, ni una respiración. Tan solo la lluvia golpeando el tejado como si le estuvieran lanzando piedras, el goteo del agua cayendo al suelo, *plic*…, *plic*…, y el chirriar de las ratas dándose un lujoso banquete en el cuerpo de la víctima. Carla desenfundó la reglamentaria y disparó un tiro al aire haciendo huir a esos roedores los cuales, alegres por un banquete lujoso, regresaron de vuelta a la perpetua oscuridad de su sucia y pestilente esquina. El mismo disparo, desterró a los cuervos que ocultos en las sombras, esperaban su turno con paciencia para alimentarse de lo que quedaba de aquel hombre sin nombre.

Caminaron hasta a él a paso rápido, aún así, no pudieron hacer nada por la víctima puesto que las ratas, habían roído su débil carne, llegando incluso a tocar el duro hueso. El cuerpo, sobre todo la cara, se encontraba irreconocible. Un grupo de roedores se había centrado debajo del cuello, haciendo énfasis con sus afiliados colmillos en la parte más blanda del cuerpo humano, el estómago. Le hicieron un agujero con un diámetro de diez centímetros. Le habían comido los intestinos, parte de los pulmones, el hígado y el páncreas para a continuación, hacer otro agujero por el costado derecho, poder salir y volver al punto de partida, el estómago.

Un segundo grupo hizo hincapié en la cara, devorando los ojos hasta dejar tan solo las cuencas, donde ahora se incubaban larvas. Los labios al igual que la lengua lo había arrancando y entre varias ratas, la hicieron desaparecer. Lo mismo sucedió con varios dientes y parte de la encía superior e inferior, dejando ver parte de los huesos de los dientes. En el instante en que la inspectora disparó al aire para ahuyentar a la colonia, estas se hallaban devorando parte de la oreja izquierda.

—Hemos llegado tarde —se lamentó Carla enfundando la reglamentaria.

—Avisaré a científica —espetó Fede

—Avisa también al juez.

Tardaron una hora y diez minutos en llegar. En la espera, Carla ayudada por las linternas de sus compañeros, examinó lo que quedaba del hombre. Al mismo tiempo que examinaba la parte del estómago, la inspectora notó que algo se movía con lentitud. Acercó más la vista hasta contemplar a una rata, la cual había quedado atrapada entre las costillas. Mirando a los ojos de la inspectora y con un chirrido agudo, hizo varios movimientos más hasta que, con el último esfuerzo de intentar salir de esa jaula de huesos, dejó de hacerlo, muriendo por falta de aire.

Tan pronto como llegó científica y el juez, comenzaron a recabar pruebas. Carla seguía afectada por no haber llegado a tiempo. Antes de comenzar, el juez se aceró a la inspectora.

—No ponga esa cara, no puede salvar a todos. Tómese la tarde libre, y váyase a descansar, el subinspector y yo nos ocuparemos de esto.

—Con su permiso, prefiero continuar. Son solo las doce.

—Eso está bien, pero no. La prefiero descansada. Es una orden.

Carla entró por la puerta de casa a la una de una madrugada gélida. Su ropa se hallaba cubierta de barro al igual que el pelo y su rostro. No cenó, no tenía nada de hambre. Al margen de que tenía el estómago revuelto. Se metió directa al baño. Una arcada la hizo inclinarse en la taza de wáter, dado que no contaba con comida en el estómago, vomitó un poco de líquido. Se despojó de la sucia ropa y se quedó mirando en el espejo. No se veía a ella, el reflejo la mostró a la rata entre las costillas del desconocido. El agua caliente de la ducha relajó sus tensos músculos. Pasó la esponja por su cuerpo para quitarse el barro y con ello, quitar el mal sabor de boca que la dejó aquella estampa que poco tenía de navideña.

12

El siguiente paso, fue identificar a la víctima. Dado el estado de su cara, la identificación resultó más complicada de lo habitual. Carla llegó a la jefatura superior A primera hora del veintitrés de diciembre. En la noche, la inspectora no durmió nada. Desde su fría habitación, quedó contemplando la luna mediante su ventana y lo poco que pudo conciliar el sueño, este se centró en ese cuerpo comido por las ratas. Sin embargo, en su sueño, la víctima era ella, soñando que aquellos pequeños roedores se comían su rostro, arrancando su piel a tiras hasta dejarla en los huesos. Debido a ese mal sueño, despertó sobresaltada para seguido, con rapidez, tocarse la cara con las manos y cerciorase de si se trataba de un sueño o era real. Su rostro continuaba en el mismo sitio. Si Carla odiaba los bichos, ahora tenía que añadir a la lista y ponerlo en primer lugar a los roedores. Era temprano, el sol había salido hacía escasas horas. En la jefatura, Fede se hallaba con Vanesa, analizando otra vez el video para encontrar algún hilo del que poder tirar.

—¿Qué tal ayer con el juez? —preguntó Carla a su compañero.

—Puff, hasta las dos de la mañana me tuvo, estoy muerto.

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada, no tenemos una mierda.

—¿Y la identificación?

—Estamos como al principio.

—Pon otra vez la grabación, en el momento en que habla con la víctima —pidió Carla a Vanesa.

Puso la grabación a partir del minuto uno.

—Para, retrocede.

—¿Qué pasa? —cuestionó Fede.

—Escuchad.

Reanudó la grabación.

«Este mal nacido de aquí, aplica la justicia según el dinero que tengas…»

—Ahí tenemos la pista.

—¿Cuál?

—¿No lo escucháis? El desconocido nos está indicando a qué se dedica. Aplica la justicia según el dinero que tengas. ¿No lo sabéis? Es o un juez, o un fiscal.

Quedaron asombrados.

—Sabiendo eso, podemos empezar por ahí —añadió Fede.

—Habrá que empezar por la listas de desaparecidos, a ver si alguien denunció su desaparición.

—Ponte a ello.

A media mañana, su vez que la inspectora se hallaba en su mesa, observando la reproducción del video en la pantalla de su ordenador, pensando en quién podía ser el misterioso desconocido, un agente cortó sus pensamientos.

—Inspectora.

Esta se hallaba en silencio, contemplando aquella cara sin nombre.

—¿Inspectora?

Volvió en sí.

—Dime Manu, qué ocurre, ¿traes algo?

—Ha llegado esto para usted del anatómico.

—Gracias, puedes retirarte.

Se trataba de la autopsia de la víctima del palacio. El cuerpo, entró en el anatómico forense a las dos de la madrugada. El juez, volvió a «obligar» al forense que se quedara trabajando toda la noche. Carla abrió la carpeta. Observó con un vistazo rápido las fotografías forenses que los compañeros habían sacado a lo que quedaba de la víctima .Otra vez se le revolvieron las tripas a verlo y al recordarlo, pero sin llegar a producir arcadas o vómitos. Acto seguido, continuó la lectura con el informe. El cuerpo no presentaba signos de lucha ni de ningún tipo de agresión, salvo los cortes que le hizo. Quitando a Eladio Vázquez, a las otras dos víctimas las trató algo mejor dado que ninguno presentaba signos de agresión física. El forense concluyó que la muerte se debió a un ataque al corazón, causado quizás por la impresión de contemplar a las decenas de agujas afiladas avanzar hasta él sin ninguna otra opción que la de gritar y suplicar por su vida. O tal vez ni suplicó, quedó en parálisis hasta que la muerte se lo llevó. Jamás se sabrá. Continuando con el informe, centró la lectura en los análisis toxicológicos, su tejido adiposo manifestaba cantidades de Midazolam, las mismas benzopadimas con las que secuestró al banquero y a la abogada. Entretanto, el subinspector anduvo hasta su mesa.

—Me parece que tengo algo.

—Aguarda un segundo.

—¿Con qué estás? —cuestionó Fede ojeando los papeles.

—Ha llegado el informe de la autopsia de la víctima. Dime que tienes un nombre.

—No hay nada en desaparecidos, pero un nombre tengo.

—Soy todo oído.

—Roberto Marín. Y no es juez, es fiscal. Su mujer denunció la desaparición de su marido. Esto fue una mañana y, en la tarde, retiró la denuncia. Lo mejor viene ahora, la mujer denunció su desaparición el jueves día dieciocho. El mismo día que secuestró a Yolanda Reinosa.

—Interesante. ¿Motivo por el que lo retiró?

—No pone nada.

—¿Cómo se llama la mujer?

—Hortensia Benítez.

Carla se recostó en la silla.

—¿Qué tienen en común un banquero, una abogada penalista y un fiscal?

—Un juicio.

—Exacto, pero, ¿a quién? Sabemos que Eladio Vázquez, está limpio. ¿Qué sabemos del hijo? Porque está claro que todo gira en torno a Eladio.

—Es un estudiante de económicas, tiene veinte años, sin antecedentes.

—Algo se nos escapa. ¿Dónde vive el fiscal?

—En la avenida Menéndez Pelayo, edificio Torre Retiro.

—Hagamos una visita a la viuda, habrá que darla la noticia.

Se dirigieron hacia el Retiro. Dejaron el coche en la misma avenida, en un lugar reservado para carga y descarga, dejando el luminoso en el salpicadero. Subieron lo cinco peldaños que separaban la acera del portal. El portero, quien se hallaba sentado y ojeando una revista en la mesa de recepción, al verlos y no saber quiénes eran, se acercó para abrir la puerta.

—¿A qué piso van?

—Soy la inspectora jefe Ruiz —mostró la placa—. Mi compañero, el subinspector Celada. Venimos a casa de Roberto Marín.

—Hace unos días que no lo veo. ¿Ocurre algo?

—Nada importante, ¿sabe si se encuentra su mujer?

—Hoy no la he visto salir en todo el día, supongo que estará.

—¿Puede decirnos el piso?

—El sexto derecha. Déjeme que la avise.

—No se preocupe, lo hacemos nosotros. Gracias

—Tengan cuidado con el suelo del descansillo, está recién fregado.

Montaron en el ascensor hasta subir a la sexta planta. Llamaron al timbre. Una voz femenina se escuchó.

—Sí, ¿Quién es?

—Policía, ¿podemos hablar con usted?

—¿Me puede enseñar la placa por la mirilla?

Carla accedió, metió la mano en el bolsillo trasero y la sacó. Pasado un segundo, el cerrojo se deslizó y la puerta se abrió dejando ver a una señora de cincuenta años.

—¿La señora Hortensia Benítez?

—Soy yo.

—Inspectora jefe Ruiz, de la policía judicial. Él es mi compañero, el subinspector Celada.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Tenemos que hablar de su marido.

—De esa persona no tengo nada de qué hablar. Pero pasen, no se queden en el descansillo —Entraron y se sentaron el sofá— Les doy cinco minutos para hablar de ese desgraciado.

—Vamos a necesitar más de cinco minutos.

—De verdad, no pierdan el tiempo.

—¿Le ocurre algo con su marido? —cuestionó Carla.

—Porque es un cabrón, y un putero.

—Dice que no quiere saber nada de ese cabrón, sin embargo, puso una denuncia por desaparición el jueves día dieciocho por la mañana. —continuó Fede.

—Es cierto, y por la tarde la retiré.

—¿Por qué denunció su desaparición señora Benítez?

—No vino a dormir y jamás pasó una noche fuera de casa sin llamar. Y con su trabajo…, pensé que le había podido pasar cualquier cosa. Por eso puse la denuncia, hasta que por la tarde, recibí un mensaje suyo diciendo que se había largado con su secretaria, una zorrita veinte años menos. Pero ustedes no han venido hablar de eso, ¿verdad?

—Verá señora Benítez, su marido no se fue con su secretaria.

—¿Entonces?

—Lo han asesinado.

Su mundo cayó encima. Ya no estaba enfada por haberse ido con otra. Sus ojos empezaron a derramar lágrimas.

—Pero, ¿cómo? No entiendo nada, ¿no será una broma? Mire que si lo es, acabo con vosotros de una llamada.

—Suena a amenaza —manifestó Fede.

—Interprételo como quiera.

—Me temo que no es ninguna broma, no estamos del todo seguros porque no hemos podido identificarlo —continuó Carla.

—Eso es imposible, se fue con ella, tengo guardado el mensaje

—No, a su marido lo secuestraron.

—¿Está seguro de eso?

—La información que tenemos gira en torno a él. Pero necesitaríamos hacer las pruebas de ADN para confírmalo, con su cepillo de dientes, nos valdría.

—¿Por qué no puede identificarlo? ¿Tan mal está? —cuestionó la señora con un tono ahogado.

—Mejor que no quiera saberlo.

—Soy su mujer, tengo derecho a saberlo.

—No se martirice.

—¡¡Dígamelo!!

—Su cara está desfigurada.

La mujer sollozó.

—Háblenos de su marido.

—Déjeme unos segundos, por favor…

—Los que necesite.

Permanecieron en silencio mientras la mujer, con la cabeza baja y las lágrimas descendiendo por sus mejillas, digería la noticia de su marido.

—Roberto era…, un esposo ejemplar. Nunca creí que se marchase con otra, y ahora ustedes vienen y me dicen esto… Y yo maldiciéndolo, deseando su muerte y mira…

Se echó las manos a la cara.

—¿Sabe si su marido tenía enemigos?

—Los tendría, como todos.

Fede ladeó la cabeza hacia el mueble que se hallaba junto al televisor. En las baldas aguardando polvo, reposaban libros figuras de porcelana y fotografías. Se levanto para verlo más de cerca. Una de aquellas fotografías, llamó rápido la atención del subinspector.

—Inspectora, ¿puede venir un momento?

—Disculpe señora Benítez.

Se levantó y anduvo hasta él.

—¿Qué ocurre?

—Mira —mencionó señalando a la foto.

—La víctima, ¿y?

—¿No te suena la foto?

—A ver, déjame que le eche un vistazo.

La fotografía que contemplaban los ojos curiosos de la inspectora, se trataba de una imagen de Roberto Marín veinte años más joven enfrente de un bar, sonriendo y apoyando su brazo en el hombro de otro hombre de la misma edad.

—¿Sigue sin sonarte? —continuó Fede.

—Esta fotografía la vimos en casa de Eladio Vázquez.

—Es cierto, la que vimos en la mesa de su despacho.

Carla agarró la fotografía y la mostró a la mujer.

—Este es su marido, ¿verdad? —preguntó señalando a uno de ellos, al que parecía ser el más pequeño.

—Lo es.

—¿Puede decirnos quién es el que está con él?

—Eladio.

—Eladio Vázquez.

—Sí, una pena lo que le ha pasado.

—¿Qué relación hay entre ellos?

—Veinte años de amistad. Se conocieron cuando estudiaban derecho, se hicieron amigos, casi inseparables. Eladio es el padrino de nuestra hija. La niña.., se va a morir cuando le diga lo de su padre…

—¿Tenían negocios entre ellos?

—El bar, pero de eso hace mucho tiempo. A partir de su cierre, decidieron no hacer negocios juntos, decían que estropearía la amistad. Mi marido se dedicó a la fiscalía, y Eladio a los negocios. ¿Cree qué puede tener relación ambas muertes?

—No descartamos nada. ¿Conoce a Yolanda Reinosa?

—No, no me sueña.

—Ya no le molestamos mas, sentimos lo de su marido.

Acabado en el domicilio, de camino al coche, la inspectora caminaba pensativa, algo rondaba por su cabeza. Su compañero, que conocía todas las expresiones de su rostro, interrumpió aquellos pensamientos que Fede, necesitaba saber.

—¿Qué ocurre?

—Estaba pensando.

—¿En si tienen negocios?

—No, eso ya no tiene nada que ver. Pensaba que debió de haber un juicio, y Eladio le pagó para hacer la vista gorda.

—¿Un juicio a quién? Ninguno tiene antecedentes.

—Antecedentes que se han podido borrar con dinero. Y no me hagas mucho caso, son hipótesis mías, pero seguro que Roberto, dio un «empujón» a Eladio para enchufarle como director del banco. Pero no me hagas mucho caso, son tonterías mías.

—¿Y cómo es eso posible?

—Tú lo dijiste, esto es España.

—Pero no la dijiste que sí hay relación entre ellos.

—No le interesa saber eso ahora, bastante tiene con lo que tiene. Llamaré al juez, a ver si nos da autorización para investigar las cuentas.

Carla lo llamó y puso el manos libres.

—Inspectora jefe Ruiz, espero que tenga novedades frescas…

—Bastantes, señoría.

—Me encanta, estoy en mi despacho, los espero en veinte minutos.

—Allí estaremos—Colgó. Seguido, se dirigió a Fede—. Tira hacia la audiencia provincial.

Con una mañana la cual se debatía entre dejar un cielo bonito y despejado, o volver a caer una fuerte tormenta, encaminaron a ver a su señoría. Estando en aquel órgano judicial, en la sexta planta, la inspectora llamó con un golpe de nudillos al despacho.

—Adelante.

Carla entreabrió la puerta.

—¿Se puede?

—Sí, sí, déjate de formalismos y pasa.

Entraron a un despacho amplio, con grandes ventanales que dejaban entrar la claridad de una mañana soleada, una mesa larga antigua de madera se asentaba el centro. En la pared de la izquierda, una estantería con libros sobre derecho penal. En la derecha, una pequeña cómoda donde tenía una cafetera. Detrás de la mesa, encima de la ventana, presidiendo el interior, la foto del rey Felipe VI y al lado, para el egocentrismo de su señoría, una de él vestido con toga.

—Pero sentaros, no os quedéis de pie —Ambos apartaron las sillas y se sentaron —

Bueno, me has dicho que hay novedades, soy todo oído.

—Conseguimos averiguar quién era la víctima del palacio. Hablamos con la mujer.

—¿Os fue difícil averiguar quién era? Dado el estado de su cara.

—Conseguimos hacerlo a través de la grabación.

—Muy buen trabajo, inspectora.

—Gracias, señoría.

—Dame un nombre.

—Roberto Marín.

El juez quedó desconcertado.

—¿Cómo? —inquirió frunciendo el ceño—. ¿El fiscal Roberto Marín?

—El mismo.

Su señoría se levantó, giró su cuerpo hacia la ventana y comenzó a contemplar a las personas caminar por la calle Santiago de Compostela, dando un punto de dramatismo a la situación.

—¿Lo conocía? —cuestionó Carla.

Volvió a sentarse.

—No es que seamos amigos, pero hemos hablado muchas veces. La cosa va a estar jodida.

—¿Por qué?

—Parece mentira, inspectora. ¿Por qué a va a ser? Los fiscales, magistrados y jueces gozamos de inmunidad, estamos blindados, necesitaríamos la orden de un superior jerárquico. No es igual que investigar a un vendedor de fruta.

—¿Y no puede pedir la orden del superior?

—Esto no va a así, no están fácil, si tiene trapos sucios, nadie los va a querer sacar, nadie le va a pisar la manguera a otro bombero y perdona por la comparación, pero es así. Nadie se va a meter en la vida de un compañero. Habrá un silencio total. ¿Has encontrado relación entre ellos?

—Eladio y Roberto se conocían desde hace veinte años. Debió de haber un juicio contra Eladio y este pagó a la abogada y a su amigo para ocultarlo. No tiene antecedentes, pero es la única hipótesis que se me ocurre habiendo una abogada penalista y un fiscal. Si usted nos firma una orden para investigar sus cuentas, sería de gran ayuda. A ver si hay movimientos de dinero.

—Firmaré esa orden para las cuentas de Eladio y la abogada, pero con las de Roberto, no va a poder ser. ¿Qué más?

—Si pudiera investigar si hubo algún juicio contra Eladio, donde intervinieran Yolanda reinosa y Roberto Marín.

—Haré lo que pueda, pero de haberlo, hágame caso que eso estará protegido. Si aceptó sobornos… Le digo que va ser difícil. ¿Algo más?

—Creo que eso es todo. Si se me olvida algo, lo llamaré.

—Bien, pues a trabajar.

13

El juez hizo todo lo que estuvo en su mano para investigar al fiscal. Pidió permiso al fiscal general quien de un portazo, lo rechazó, alegando que ninguno se iba a meter en ese jardín. Hizo lo mismo con el tribunal superior de justicia. Ni lo escucharon.

Al cabo de una hora, los bancos le mandaron las cuentas a la inspectora. Necesitaban averiguar si había movimientos de dinero. Al no saber la fecha exacta, tuvieron que ir comprobando uno por uno. Por esa razón, tuvieron que pedir ayuda a varios ojos más.

Transcurrido dos horas de cansancio y tazas de café, y haciendo comparaciones entre las cuentas de Eladio y Yolanda, consiguieron dar con los movimientos. Hallaron grandes cantidades salidas de una de las cinco cuentas de Eladio Vázquez. Dichos movimientos se acentuaban el día 10 de junio del 2014, y con dos minutos de diferencia. Aquellas cantidades salían una mañana y en la tarde, entraban en las cuentas de Yolanda Reinosa, y en otra cuenta desconocida la cual, supuso la inspectora que se trataba de la cuenta del fiscal. Un total de sesenta mil euros, treinta para cada uno. Por otra parte, hubo dos movimientos de dinero que no cuadraba a la inspectora. Aquella mañana, Eladio Vázquez sacó en metálico diez mil euros y otros veinte mil. ¿Para quién fue ese dinero en metálico? ¿Dinero manchado de sangre? El caso se empezaba a ver con claridad. Debió de haber un juicio y Eladio Vázquez pagó para escabullirse de estar entre rejas. Sin embargo, al no haber ningún papel que lo confirmara y de haberlo, estaría cerrado por orden judicial y ningún funcionario soltaría palabra por lo que hubiera pasado. ¿Qué pudo hacer? meditó la inspectora. Que no la dejasen investigar al fiscal, la sentó como un jarro de agua fría, como un muro de cemento que por mucho que quisiera, no iba a lograr derribar. A su vez que mantenía una conversación con su compañero, recibió una llamada al móvil.

—Será el juez… a ver qué le digo… le diré que hemos encontrado los movimientos, a ver si mete más presión.

—No creo que lo haga.

Observó la pantalla.

—¿Número privado? —inquirió extrañada.

—Querrán venderte algo.

No lo cogió, no obstante, fue tanta la insistencia de aquel número privado, que a la tercera llamada, descolgó.

—¿Quién es? —preguntó con un tono enfada.

—¿Inspectora jefe Ruiz?

Se calmó al escuchar esas palabras. Nadie quería venderla nada.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Eso da igual, quiere saber sobre Eladio Vázquez.

—Sí, pero, ¿quién eres?

—Si quiere saberlo, la espero en la sidrería Cuenca, en el barrio de Tribunal a las cuatro. No llegue tarde.

La voz sinuosa colgó.

—¿Quién era? —preguntó su compañero.

—No lo sé, un «garganta profunda.» Quiere hablarnos acerca de Eladio. Nos quiere ver en la sidrería Cuenca.

—A qué esperamos, cojo la chaqueta.

La sidrería Cuenca, se encontraba dos calles más abajo del ministerio de justicia, en el pleno corazón del barrio de Tribunal. Llegaron a Tribunal a las cuatro y cinco.

Una vez que entraron, la inspectora observó en derredor, intentado poner cara a esa voz aguda, una tarea imposible dado que no era como en las películas que siempre es el tipo del cigarro, sombrero y gabardina, no, en aquella sidrería, todos eran trabajadores y turistas que querían probar las delicias de la gastronomía del norte. La inspectora y su compañero se acercaron a la barra.

—Dos con leche, por favor —indicó Carla al camarero.

—Enseguida.

—Llega cinco minutos tarde, inspectora —expresó un señor.

Carla ladeo la cabeza hacia la derecha. Contempló a un hombre de la misma edad que el subinspector, de mediana estatura, un cuerpo robusto, calvo y con una buena barba. En el momento que Carla y su compañero pisaron suelo asturiano, el garganta profunda se encontraba comiendo un bocadillo, y dado que lo llevaba por la mitad, debió de estar esperando unos veinte minutos.

—El tráfico, que está fatal —añadió Carla.

El contacto sugirió sentarse en la mesa del rincón del fondo, sin demasiado oídos en un espacio tan reducido. Sentados, comenzó la conversación.

—Bueno, me va a decir su nombre, o lo tengo que adivinar.

—Llámeme como quiera.

—Él es el subinspector…

—Sí, Celada, lo sé —interrumpió la voz.

—Hecha las presentaciones, vayamos al grano. ¿Qué sabe de Eladio Vázquez?

—Está limpio. No encontré nada relacionado con él.

—Entonces, ¿para qué nos ha hecho venir? No me gusta que me hagan perder el tiempo —inquirió Carla. A continuación, se levantó—. Vámonos, aquí no hacemos nada.

—Espera muchacha, no tanta prisa, siéntate.

Con mala cara pensando que la estaba haciendo perder el tiempo, volvió a sentarse.

—No encontré nada de él, pero sí tengo esto.

—¿El qué?

—Será mejor que lo leas.

Se abrió la chaqueta y del bolsillo interior, sacó un folio plegado.

—¿Qué es esto? —Lo desplegó y leyó por encima—. Es una sentencia con fecha 14 de junio del 2014, a nombre de Juan Carlos Vargas Quispe, ¿quién es este?

—Continúa leyendo.

—Boliviano, cincuenta y cinco años. Es el chófer de Eladio Vázquez. Aquí pone que fue juzgado por homicidio imprudente.

—En efecto. Según la sentencia, su chófer le cogió el coche para irse fiesta. Salía de una discoteca, eran las cinco de la mañana, creo, cuando atropelló a una mujer en un paso de cebra y la mató. Ni que decir tiene que iba como una cuba.

—¿Qué le paso?

El contacto se inclinó en la silla y la miró a los ojos.

—Nada—Se recostó—. Fue juzgado por homicidio imprudente. Dado que se arrepintió en el juicio, al no tener antecedentes y gracias a su abogada que consiguió el atenuante por ir bajo los efectos del alcohol, la condena fue rebajada a seis meses de cárcel y una indemnización

a los familiares de la víctima. Solo estuvo tres meses puesto que al parecer, su mujer pagó una fianza para dejarlo libre.

—¿Y el nombre de la abogada?

—Ahí lo tienes, léalo.

Carla buscó el nombre.

—No podía ser otra. Yolanda Reinosa. Hay cosas que no cuadran. El chófer le coge el coche para irse de fiesta, ¿y Eladio no se entera? No creo que fuese de la personas que descuida sus cosas. Además, estuvimos en su casa, su garaje esta a pie de puerta, imposible que no le despertara el ruido del motor, y que los de seguridad dejaran marchar de noche sin ser Eladio. Y otra cosa, el chófer es boliviano. En su casa vimos fotos del caudillo, me parece que no es la clase de persona que contrata a extranjeros. ¿Y el informe forense? ¿Y el del perito?

—Todo eso fue mandado destruir por el juez a orden del fiscal.

—Y el fiscal era Roberto Marín —añadió Fede.

Asintió.

—Eso no se puede hacer —afirmó Carla.

—No se entera de nada, inspectora. El dinero obra cualquier milagro, hace desaparecer cualquier papel. De ser así, hubiera traído una copia. Según la administración, los informes se perdieron de los discos duros a causa de un «error informático.»

—¿Y los medios de comunicación? No se hicieron eco de la noticia.

—Claro que salió en televisión, pero se olvidaron de mencionar a Eladio Vázquez. Se centraron más en el boliviano y en sacar toda su mierda. Sí hubo una vez que mencionaron el nombre de Eladio, para decir que el coche era suyo y que se lo robó, al igual que se les olvidó mencionar que era empleado suyo, y que Eladio, trabajaba como banquero. Sin embargo, sí hubo un periodista y bloguero que en su blog, sacó toda la verdad. Gracias a filtraciones y antes de ese «error informático», el tipo consiguió el informe del perito del coche, y se entrevistó con un testigo que afirma que aquella madrugada, vio a un chico joven, moreno de pelo corto, al volante. Testigo que no declaró en el juicio. ¿Coacción? No lo sabemos.

—¿Quién es ese chico que conducía?

—Está claro, el hijo de Eladio Vázquez.

Carla y su compañero quedaron atónitos.

—¿Y el nombre de la fallecida?

—Ese nombre no importa, ha quedado en el olvido. Aparte de que a la semana, se olvidó todo. Lo que importa es que no fue el boliviano. Fue su hijo, este ha quedado limpio usando a una cabeza de turco.

—Un hombre de paja.

—Usted trabaja en el ministerio de justicia, por eso sabe todo esto.

—Exacto. Escuché al juez Blasco preguntar como un loco por el tema —El contacto observó su reloj —Son las cinco menos cuarto, yo me tengo que ir —Se levantó—. Busque los artículos del periodista.

—¿Qué nombre busco?

—No lo recuerdo, usted eres la inspectora, averígualo.

—¿Qué quiere por toda esta información?

—¿Por quién me toma? Entré en la carrera judicial por eso, para hacer justicia.

—Eso está bien, pero siempre se quiere algo.

—En realidad si quiero una cosa, págueme el bocadillo.

Encaminó a la barra y mencionó al camarero que la cuenta, la pagaba la pareja de la

mesa.

Con aquella información gracias a la garganta profunda, pudieron tirar de aquel hilo y que el ovillo de lana se hiciese más pequeño. En cambio, aunque el contacto no aportó el nombre del periodista, sí tenían una fecha, la de la sentencia. La inspectora miró su reloj. Ambos terminaron los cafés y abandonaron aquel suelo asturiano a las cinco y media de una tarde en la que el astro rey, daba sus últimos latigazos de luz por medio de unas densas nubes grises. Se dirigieron a la jefatura superior. Estando en la mesa de la inspectora, esta introdujo en el navegador la fecha de la sentencia, pero con un año de antelación. Buscó noticias. Al cabo de cinco minutos, Fede la señaló un titular.

«Muere una mujer atropellada en un paso de cebra.

Los hechos ocurrieron a la 5:00 de la madrugada en la calle Isabel Tintero, en el barrio de la Latina. La víctima, Elena García, salía con una amiga de la discoteca Shoko. Caminaba en busca de un taxi cuando, en esa calle con límite de velocidad a veinte kilómetros, un coche de alta gama la arrolló a más de cincuenta, produciendo un fuerte impacto y desplazándola cien metros, teniendo como consecuencia una muerte en el acto. Hasta el lugar se desplazaron los sanitarios, quienes no pudieron hace nada, solo certificar su fallecimiento. Su marido, el ingeniero de caminos Raúl Fernández, al enterarse de la noticia, ha necesitado ayuda psicológica.»

La noticia le otorgó dos nombres clave; el nombre de la fallecida, y lo más importante, el del marido, la persona que estaría detrás de las muertes. Continuó buscando más artículos relacionado con la muerte de Elena García. Halló uno del día siguiente.

«Se entrega el conductor del mortal atropello a una mujer en el barrio de la Latina.

El conductor, quien responde a las siglas J.C.V, se entregó a las diez de la mañana del día siguiente de producirse el siniestro. El conductor dio una tasa de alcohol de 0,30mg/l, sin embargo, dado que habían pasado varias horas del atropello, no se descarta que condujera con una tasa más elevada. Después de prestar declaración, fue puesto en libertad a la espera de juicio.»

—Aquí lo tenemos, tal y como lo comentó el contacto. Chico va borracho, atropella a una mujer y la mata. Hay un juicio, su padre con mucho dinero y contactos, lo tapa, ayudado por la abogada y su amigo el fiscal. Gracias a esa cabeza de turco, al hijo no le ocurrió nada. El marido de la mujer no lo acepta y se toma la justicia por su mano. Fede, averigua todo lo que puedas sobre Raúl Fernández.

—Me pongo a ello.

Fede se sentó a su mesa para hacer las averiguaciones, entretanto Carla, continuó buscando información en las noticias, quería saber que ocurrió después del juicio, cual era la sentencia dictaminada por el juez. Halló el artículo un año después.

«Pena mínima al hombre que atropelló hace una año a una mujer en el distrito de la Latina.

Hoy se ha celebrado el juicio contra Juan Carlos Vargas Quispe, acusado de atropellar causando la muerte a Elena García. Gracias a su abogada Yolanda Reinosa, el fiscal ha solicitado la pena mínima y debido a que no tiene antecedentes, el juez lo ha rebajado a seis meses de

prisión. Su marido, Raúl Fernández, ha quedado desbastado tras saber la sentencia.»

Prosiguió en la búsqueda del blog del periodista. Tras ir de enlace en enlace, consiguió dar con ello. Se hacía llamar «El cuervo negro» y lo firmaba un tal Antonio. En su escrito analizaba lo que con tanta ansia necesitaba saber la inspectora, el informe sobre el vehículo. Comenzaba con una breve introducción.

«En toda mi carrera como periodista de investigación, me he topado con casos bastante llamativos, y este lo es debido a que refleja la corrupción con la que se mueve nuestro país hoy en día. Gracias a mi investigación, conseguí dar con una persona anónima que me dejó leer el informe del vehículo antes de destruirlo. Aquí expongo el análisis de lo que pude leer. Presentaba marcas de sangre en la parte frontal y en el foco derecho, unido a que no se hallaron marcas de frenado en el asfalto, indica que el vehículo, un BMW de gran cilindrada, dobló la esquina a gran velocidad impactando contra la víctima. Sin embargo, lo que en realidad arrojaría por tierra la versión del acusado y que no salió en el juicio, fue la altura y posición del asiento, el cual no concordaba con una persona que midiera uno sesenta, como mide el supuesto homicida. Aquella posición estaba puesta para una persona que midiera uno ochenta. Lo mismo ocurría con los espejos retrovisores, tanto laterales como el interior. Era imposible que el acusado cogiera el coche sin estrellarse con el primero objeto que viera a su paso. En el examen no se encontró ningún golpe, abolladura o resto de pintura. Esa madrugada, el supuesto homicida no cogió el coche, pero sí lo hizo una persona cercana y de un metro con ochenta de altura. De acuerdo con el testigo con el que pude hablar y del que no diré nombre, esa madrugada, cuando se disponía a ir a trabajar vio al vehículo pasar a gran velocidad por su calle. En la descripción, pudo ver a un joven blanco, de fuertes facciones y al que le pareció tener la mirada perdida. Queda claro que alguna persona cerca al verdadero conductor, contribuyó con una buena suma de dinero para que un extranjero, cargara con toda la culpa.»

Carla apagó el ordenador, se levantó, estiró la espalda y caminó hacia la mesa de su compañero, esperando que este hubiera encontrado información sobre Raúl Fernández. El subinspector se hallaba al teléfono. Levantó la mano a Carla indicando que se sentara. Acto seguido, colgó.

—¿Qué ocurre?

—Acabo de hablar con el colegio de ingenieros de caminos canales y puertos. Había varios con ese nombre. Al principio se han mostrado reacios en darme la información pero fue mencionarle quien era su mujer y darme su ficha. Lleva de baja desde la muerte de esta.

—A ver esa ficha.

Fede lo puso en el ordenador.

—Ha dicho que la iba a enviar al correo.

—¿Ha llegado?

—A ver que lo vea… —Abrió el correo electrónico— Sí, aquí lo tenemos.

—Raúl Fernández, cuarenta años, vive en la calle fraternidad, en Alcorcón.

La inspectora observó su foto.

—Sí, ese es. Ya lo tenemos. Pediré una orden de detención al juez.

—Podíamos pedirle reabrir el caso de su mujer.

—¿Con qué? Nosotros no tenemos nada.

—Los movimientos de dinero.

—Eso no sirve, no podemos demostrar que ese dinero sirviera para sobornarles. Si el último eslabón es el hijo, tenemos que dar con él.

—Su madre no sabe dónde está.

—O no nos lo quiere decir.

—¿Qué te parece si vemos sus redes sociales? Esta gente publica hasta lo que come, quizás hay una pista de donde puede estar.

—Buena idea.

Fede accedió a *instagram*, introdujo su nombre en el buscador y al instante, el buscador le mostró varias personas relacionadas con ese nombre. Examinaron aquellos perfiles uno por uno. Lograron dar con el perfil del hijo gracias a que salía en varias fotos junto a sus padres.

—La última imagen que colgó fue hace un mes.

Se trataba de una fotografía con sus padres el día de su graduación.

—Hay que dar con él. Vayamos a ver a su madre, tiene mucho que contar. Manda una patrulla a casa de Raúl Fernández. Que vigilen si entra o sale.

14

Regresaron a casa de la viuda, Teresa Argensola. Aquella mujer de pelo canoso, tenía mucho que contar y el tiempo se iba agotando. Subieron y llamaron a la puerta. El secretario les abrió.

—¿Ustedes otra vez aquí? —cuestionó—. Espero que hayan cogido al culpable.

—Necesitamos hablar con la señora Argensola.

—La señora está indispuesta, vuelvan otro día.

—¿Quién es? —se escuchó la voz de la señora desde el salón.

—Nadie, señora —Volvió dirigirse a ellos—. Aquí ya no pintan nada.

Fue a cerrar la puerta pero Carla se lo impidió con la mano.

—¿Qué pasa, que no quiere que hablemos con ella? ¿O acaso nos estás ocultando algo?

—No oculto nada, y no, no pueden pasar.

—Ya veremos.

Carla empujó la puerta y accedió con su compañero.

—¡Eh! ¡Oiga! ¡No pueden pasar!

Se dirigieron hacia el salón. Sentada, se hallaba la viuda.

—¿Qué hacen aquí? No les esperaba, ¿saben ya quién lo hizo?

—Sí, y creemos que usted, también lo sabe. ¿Ha localizado ya a su hijo?

—Sí, ayer supe de él, me mandó un mensaje, estoy tan contenta…

Inspectora y su compañero quedaron extrañados.

—¿Y por qué no ha dicho nada?

—¡Ay hija!, por la emoción. Se me olvidó por completo.

—¿De qué han hablado? —cuestionó Fede.

—Nada, le llamé darle la noticia de su padre, y estaba apagado. Le contesté al mensaje y nada.

—¿Podemos ver ese mensaje? —continuó Carla.

—Claro —se volvió al secretario—. Tráeme el teléfono.

—En seguida, señora.

Este se lo trajo. La viuda accedió a los menajes y se lo entregó a la inspectora. Era un mensaje con fecha del 22 de diciembre, y con hora a las cinco y cuarto de la tarde.

«Hola madre. ¿Cómo estáis? Yo bien. Continúo esquiando y no tengo cobertura. No me llaméis, os llamo yo la semana que viene.»

—Su hijo, ¿la llama madre?

—No, suele llamarme mamá. ¿Por qué lo dice?

—Esto no lo ha escrito él.

—¿En qué se basa? —preguntó el secretario.

—No es la típica escritura de los chicos de hoy en día. Parece que lo ha escrito una máquina o alguien más mayor. Y ese «hola madre», ningún chico llama así a su madre si no estamos en los años setenta.

—¿Y quién ha podido ser? —continuó la viuda.

—¿Le suena el nombre de Raúl Fernández?

Se estremeció.

—No, no caigo. ¿Quién es?

—El marido cuya mujer fue atropellada mortalmente por su hijo.

—No sé de qué me está hablando. Mi hijo no ha hecho semejante barbaridad. Se equivocan.

—Señora, no nos mienta. Su hijo salía de una discoteca bastante borracho, mató a Elena García, e hicisteis que un hombre cargara con la culpa.…

Agachó la cabeza.

—Les voy a pedir que se vayan de esta casa —alegó el secretario.

—No, no se vayan. Creí que esto había terminado… —indicó la viuda.

—Parece que esto no hizo más que comenzar —siguió Fede—.Sabemos que su marido sobornó a su amigo Roberto Marín, y a la abogada que llevaba el caso.

—Yolanda Reinosa…

—Exacto, ¿entonces usted lo sabía? ¿Sabía qué su marido sobornó a esas personas?

—Sí, tuvimos que hacerlo, no íbamos a permitir que nuestro hijo acabara en la cárcel.

—¿Y no creé que es dónde debería de estar?

—¡¡¡Es mi hijo!!! Y una madre tiene el deber de protegerlo.

—¿Qué pasó aquella madrugada? —inquirió Carla.

—Vino muy alterado, imagínese. Su padre y yo estábamos en la cama, durmiendo cuando nos despertó un llanto. Nos levantamos y fuimos a ver qué ocurría. Lo encontramos tumbado en el suelo, llorando y con la cara descompuesta. Le preguntamos qué le pasaba pero no contestaba, solo murmuraba. «Lo siento, lo siento mucho…. Soy un asesino…» Recuerdo a su padre levantarlo, cogerle de la camiseta y volver a preguntarle qué hizo. Fue cuando nos lo contó.

—¿Qué hicieron después?

—Avisamos a Roberto, en media hora se presentó en casa. Nos dijo que no había de qué preocuparse, que él se encargaría de todo., que no nos preocupásemos de nada, que iba a salir bien.

—Previo pago —alegó Fede.

—Así es, Roberto y mi marido se conocían de toda la vida, pero no se iba a manchar las manos gratis. Lo organizó todo, él se encargó de buscar a la abogada, al igual que se encargó de llevar el juicio.

—Y presentó a un conductor falso. ¿De dónde salió ese hombre? —se informó Carla.

—Como le digo, Roberto se encargó de manejar problema. Según nos contó Roberto, no era la primeva vez que pasaba. Suelen conocer a este tipo de gente para tapar los asuntos. Mencionó que había que entregar a alguien rápido, que eso aceleraría las cosas y que sería de gran ayuda.

—Asuntos que vosotros los ricos, pensáis que poder tapar con dinero.

—Subinspector, no es el momento.

Hizo un gesto de indiferencia.

—Continúe, por favor.

—Estas personas tienden a ser extranjeros, sin papeles y si nada que perder. Roberto le puso a la mejor abogada penalista.

—¿La mejor, o la más sobornable? —cuestionó Fede.

—Eso es discutible. Tuvieron una reunión en el despacho de Eladio, aquí en casa, entre mi cuñado, el hombre a quien iba a inculpar, la abogada, Roberto y mi marido. Roberto y Yolanda prepararon la defensa, le dijeron todo lo que tenía que hacer y decir. Antes de presentarse en comisaría, Roberto le hizo beber dos vasos de Whisky, para que, cuando le hicieran la prueba del alcohol, diera positivo. Luego se entregó. La policía municipal se presentó

en casa e hicieron un peritaje al coche.

—Un coche que según ustedes y vuestra artimaña, dijiste que os lo robó.

—No exactamente, eso lo inventó la prensa, nosotros solo dijimos que lo cogió sin permiso para dar una vuelta.

—Y en el juicio, la abogada —prosiguió Carla—, guiada por el fiscal, consiguió que la condena fuera de seis meses. Seis meses por una vida.

Quedó callada.

—¿No pensó que pudo ser Raúl el causante de la muerte de su marido?

—No, se lo juro. ¿Cómo se me iba a ocurrir que fuera él? Ya tenía olvidado lo que sucedió.

—¿Qué pasó con su hijo después del atropello?

—A la semana, lo mandamos a estudiar a Inglaterra, para que se calmara el asunto y se olvidara.

—¿Y el abogado de la víctima? ¿No tuvo nada que decir?

—Roberto también se encargó de eso. No sé como lo hizo, pero durante el juicio se mantuvo casi en silencio.

—Nosotros sabemos cómo lo hizo. Aparte de los sobornos y el pago de diez mil euros al falso conductor, su marido retiró otros veinte mil en metálico, suponemos que con ese dinero, pagó al abogado de la acusación.

Se mantuvo en silencio.

—Señora, ¿Está segura de que no sabe dónde está su hijo? ¿No lo estará protegiendo? —inquirió Fede.

—No, se lo juro, no sé dónde está. Pensé que era quien me escribió, pero según ustedes, no lo es. Así que ya no sé donde puede estar.

—Mire —prosiguió Carla— creemos que está en peligro, si por un casual se pone en contacto con usted, háganoslo saber. Vámonos, Fede.

15

Hace tres días…

En aquel lugar inhóspito, Raúl se acercó a Mario Vázquez. Este continuaba en una esquina, atado y amordazado. No se le discernía la sangre de la piel. Sus ropas se hallaban raídas y apestosas y su cuerpo, cada segundo se volvía más débil. No tenía constancia de si era de día o de noche, lunes o jueves, otoño o invierno. No sabía quién le estaba haciendo esto, ni el motivo de que estuviera en una esquina de un sucio agujero aguardando la llegada de una muerte que para él, estaba asegurada. No pudo dejar de pensar en su familia, ni en las cosas que todavía le quedaban por hacer. Lo mismo pensaba Raúl Fernández cuando lo golpeaba, en las cosas que aún le quedaban por hacer a su mujer y que por culpa de una noche de copas de un niño mimado, no llegaría a verlas realizadas.

Aquella tarde, Raúl no le hizo nada. Solo se puso en cuclillas. Mario contempló la cara de la muerte, pensó que su fin ya había llegado, que ya no podía golpearlo más, sin embargo, no iba por ese camino. Raúl sacó un teléfono móvil y le puso un video. Correspondía a Eladio Vázquez metiéndose un disparo en la cabeza.

—Dile adiós a tu padre…

16

Tocaba ir a casa de Raúl Fernández. La patrulla que hacia vigilancia de paisano, informó a la inspectora de que no hubo ninguna entrada y salida, ni movimientos de personas. Se hallaba en Alcorcón, en la calle de la Fraternidad, un chalet blanco de diseño en una urbanización. La inspectora y su compañero, acompañados de varias patrullas y grupos de intervención, se dispusieron a ir con una orden judicial firmada por el juez Blasco, para entrar en el domicilio y detener a Raúl Fernández. Hablaron con el vigilante de la garita. Preguntaron por este. El vigilante mencionó que no lo había visto en unas dos semanas, aunque también hizo alusión de que llevaba de baja por la rodilla y que ayer se incorporó.

Dicho esto, el vigilante levantó la barrera, y los dejó pasar. Rodearon el domicilio, tanto la entrada principal como la parte trasera por si se encontrara en casa y tratase de huir. Carla y Fede se bajaron del coche y caminaron hasta la puerta acompañados de dos compañeros de la unidad de intervención.

—Raúl Fernández, abra, policía —dijo Carla golpeando la puerta sin obtener contestación.

—No hay nadie —alegó Fede.

—Abre —indicó Carla a un compañero.

Cogió el ariete y le metió con fuerza a la puerta hasta desencajarla. Examinaron el salón. Todo estaba recogido, ordenado pero cubierto de una capa de polvo. Carla anduvo hasta las estanterías, donde halló libros y fotografías de Raúl Fernández junto a su difunta esposa. Carla cogió una y la observó. Era una fotografía de un viaje a Egipto, donde se les veía a ellos dos abrazados, con las pirámides y un rocijo atardecer de fondo. Continuó por la habitación de matrimonio. Igual de ordenado que el salón. Fue al armario y lo abrió, contemplando un par de camisas y un vaquero, unido a que la cama estaba hecha y sin ninguna señal de haber dormido nadie, indicó a la inspectora que, tal y como alegó el vigilante, y como también confirmó la patrulla, Raúl no había pisado su casa en un tiempo. En aquella casa todo parecía estar en orden, ninguna pista que le condujera a su paradero.

Antes de marcharse, fueron hasta el garaje por la puerta de acceso que se encontraba en el interior del domicilio. Carla la fue abrir, pero sus manos se encontraron con una puerta cerrada con llave. El mismo agente volvió a agarrar el ariete y le metió a la puerta, siendo más fácil que la puerta principal dado que la del garaje, era una puerta de madera hueca por dentro, de las que puedes reventar con un par de patadas. Carla dio al interruptor de la luz. La bombilla que colgaba de un cable del techo emitió una luz amarillenta, mostrando los presentes una mesa de trabajo, una silla y detrás de la pared, como si de una investigación se tratase, un trozo de corcho donde tenía pinchadas con chinchetas las fotos de las víctimas.

Se hallaban puestas formando una pirámide. En la base, en el primer escalón, la foto de la abogada, Yolanda Reinosa, la mujer que tergiversó y manipuló las pruebas. En el segundo escalón de la pirámide mortal, la foto del fiscal Roberto Marín, el hombre que se «tragó» lo expuesto por la abogada y obligó al juez a que le impusiera una condena irrisoria de seis meses. El tercer escalón, se correspondía con la foto de Eladio Vázquez, el cabeza de familia que a golpe de talonario, consiguió librar a su hijo de estar una larga temporada a la sombra.

Por último, en la cúspide de aquella pirámide mortal, se encontraba la última foto, la del hijo, aquel chaval de veinte años que por no dejar el coche aparcado y coger un taxi, había arruinado a dos familias. Esa foto mostraba una marca que se diferenciaba de las otras; el dibujo

pintado a color rojo de una diana. Continúo examinado la mesa. Encima tenía papeles con fechas, horas y movimientos de las víctimas, Raúl Fernández no cabía ninguna duda de que había hecho los deberes, sabía cómo y cuándo tenía que asaltarlos. Para la inspectora y su compañero, lo primordial era encontrar una pista que le llevara al paradero de Raúl. En aquel tablón de corcho, exponía los lugares donde los retuvo. La inspectora siguió con la mirada un hilo fino de lana de color rojo que unía las fotos con los lugares. A Mario Vázquez le reservó la estación abandonada de Robregordo, un municipio aledaño a Somosierra. Se dispuso a ir con un equipo.

Condujeron por la A-1 hasta la última parada que une Madrid con Burgos. Se hallaba a una hora y media de distancia, puede que un poco menos. Antes de llegar, se podía divisar la estación desde la autovía. Se encontraba en la parte más baja del pueblo, cerca del ruinoso túnel de Somosierra. Salieron por la salida de la vía pecuaria y condujeron por un sendero de tierra, dejando atrás kilómetros de asfalto, postes de cables y secarrales inertes.

Estacionaron el coche en la curva del camino de tierra que llegaba hasta la estación, al otro lado de la vieja y oxidadas vías que ahora hacían de camino para las cabras cuyo pastor se había hecho un pequeño cobertizo y un establo a menos de un kilometro de la estación. Al bajarse, todos los presentes fueron golpeados por un intenso olor a campo. En aquel lugar el sonido era imaginario. Se respiraba una sosegada calma mezclada con los olores de animales que provenía del establo. Divisaron el coche de Raúl Fernández, cubierto al igual que el terrero, por un manto de nieve que había caído hacía un par de horas dejando un paisaje cubierto de blanco. Cruzaron las vías hasta quedarse frente a la estación que constaba de dos plantas, cuya fachada denotaba signos de vandalismo. Todo el silencio que yacía en ese paraje alejado de Burgos, fue cortado por el grito de una persona pidiendo ayuda.

Los GEOS se dividieron en dos grupos. El segundo equipo, fue el permaneció afuera, vigilando los alrededores, y el primero, encabezado por el jefe de la unidad, trabajaría codo con codo con la inspectora y su compañero, quedando ambos al mando del inspector Agueda. Estando en sus posiciones y con Carla y Fede preparados, el inspector con una señal de su mano derecha, dio la orden de entrar. Anduvieron agazapados, cautelosos, intentando hacer el menor ruido, en el más absoluto silencio.

En el interior, aun se podía observar los restos de lo que tiempo atrás fue la actividad ferroviaria. Caminaron entre cristales rotos, maderas y hierbajos que con el tiempo habían brotado de lo que una vez fue hormigón. Esquivaron sillas, mesas y vigas oxidadas que se encontraban tumbabas en el suelo. Las paredes que hace mucho tiempo estuvieron pintadas de rojo, se desconchaban, cayendo trozos de esa pintura roja. El techo se desquebrajaba al mismo tiempo que la pared sin tener conocimiento de cuánto le quedaría para venirse abajo. Continuaron andando. La inspectora se hallaba en primera posición, «peleando» por ese puesto con el inspector del grupo especial de operaciones, quien le susurraba que él debía de ir delante con el equipo. Carla le hizo caso y se colocó detrás del inspector. En un momento dado, antes de subir la escalera que llevaba a la segunda planta, el inspector levantó el puño derecho. Todos quedaron quietos y sin hacer el menor ruido.

El inspector alumbró a una esquina, contemplando un bulto, lo que parecía ser una persona de pie y mirando a través de los cristales rotos de la ventana. Carla avanzó hasta él, desaconsejada por el inspector, sin embargo, ella hizo caso omiso y con la espalda cubierta por las armas de sus compañeros y respaldada por Fede, se plantó ante aquella silueta. ¿Acaso se trataba de Raúl Fernández? Para averiguarlo, la inspectora tocó su hombro.

Estaba frío.

17

Comenzaba a caer la noche. El sol se escondía entre las montañas, el viento silbaba con suavidad arrastrando las pocas hojas de los árboles que habían caído. A lo lejos, en el establo, las cabras empezaban agitarse, a cobijarse entre ellas ante lo que era otra inminente nevada a su vez Carla, seguido de tocar el hombro y que aquella silueta no respondiera, la inspectora lo giró de golpe. Al contemplarlo, al ponerse cara a cara, se sobresaltó hacia atrás debido al rostro, un rostro fantasmagórico, de ojos grandes y una sonrisa aterradora que pondría a cualquiera los pelos de punta.

Fede la sujetó para que no cayera al suelo. Entretanto que el subinspector la ayudó a incorporarse, el inspector Agueda se acercó hasta la figura misteriosa. No le habló, dejó que su ametralladora fuera la que diera el primer paso, si a la figura le diera por mover un solo músculo, le haría agujeros en todas las zonas de su cuerpo. Con el cañón de su arma lo empujó con suavidad. Cayó golpeándose contra el suelo, haciendo un ruido que debido al silencio, retumbó en todo el lugar. El inspector alumbró su rostro fantasmagórico para darse cuenta de que no era un ser humano, si no un maniquí.

—No es nada, sigamos.

Subieron las escaleras. A mitad de estas, se volvió a escuchar esa voz que pedía auxilio acompañada de la voz de Raúl Fernández que, con una voz sosegada, le decía que callase. Estando en la segunda planta, continuaron por el pasillo hasta una puerta roja cerrada. La unidad tomó posiciones frente a la puerta. Carla y Fede en ambos lados del cero.

—¿Preparada? —preguntó el inspector a Carla.

Esta asintió. Seguido, miró a su compañero quien le devolvió la mirada haciendo el mismo gesto

—Adelante —expresó la inspectora.

El inspector derribó la puerta de una patada. Le fue fácil dad que se encontraba carcomida y casi desencajada debido a que las bisagras mostraban oxidación. Una puerta que, de un soplido, se podía tirar.

—¡Quieto, policía! Si te mueves, te reviento la cabeza.

18

Raúl Fernández no hizo ningún gesto. Lo hallaron sentado en la silla, con los ojos puestos en el exterior, tranquilo, contemplando como los copos de nieve comenzaban a caer. Sabía que tarde o temprano vendrían a por él, aunque ya le era indiferente dado que hizo todo lo que tenía que hacer y su mente parecía estar en paz. De todas formas, todavía le faltaba un asunto más por zanjar.

Se giró.

—Los estaba esperando. Vi como dejaban los coches y se metían en la estación.

El inspector Agueda caminó hasta él, lo agarró por el cuello y lo tiró de la silla. Lo colocó bocabajo y le puso los grilletes.

—Quietecito, ni te muevas.

Carla y Fede caminaron hasta el desconocido que pedía ayuda. Al principio, le fue difícil reconocerlo puesto que sus ojos hinchados de color morado, la sangre que emanaba de su rostro, la barba poblada, el pelo largo y su estado anímico, no se lo puso nada fácil. Pero no hizo falta, Carla sabía quién estaba bajo esa «máscara.» Le quitó la mordaza que tapaba su boca.

—Eres Mario, ¿verdad?

Su cuerpo solo le permitió asentir.

—Te ayudo a levantarte.

Carla lo levantó. Las piernas no sostenían aquel débil cuerpo. Ordenó a dos compañeros del grupo especial de operaciones que lo llevaran a los vehículos. Viendo que todo estaba en orden, y con Raúl detenido, el inspector y su unidad abandonaron el interior, quedando la inspectora y su compañero a solas para examinar el lugar. Antes de investigar en la habitación en la que se encontraban, procedieron hacer lo mismo pero en la habitación contigua. En su primer vistazo de la inspectora, le indicó que aquella sala fue donde estuvo Raúl escondido todo el tiempo. Esta era más pequeña. Cerca de una ventana, se encontraba un saco de dormir. A su alrededor, cajas de comida precocinada de la que puedes comer en frio, envases de embutido al corte, latas de refrescos, botellas de agua, ropa colgada en unas perchas… Todo lo que Raúl Fernández necesitaba para sobrevivir escondió en aquella estación abandonada.

Acabado en la habitación, anduvieron hasta la mesa donde había estado trabajando Raúl, encontrando una mesa limpia. Fue en el suelo, al lado de la mesa, donde Carla encontró algo que la dejó pensativa. Se trataba de unos folios rotos por cuatro partes. Al no tener suciedad y con muy poco polvo por encima, Carla supo que esas hojas pertenecían a Raúl Fernández. Carla preguntó a Fede si llevaba una bolsa de pruebas por casualidad.

—Creo que queda una en el coche, voy por ella.

En la espera, la inspectora meditaba que había sucedido entre ellos, cual había sido la conversación, si es que la hubo puesto que el motivo lo conocía, pero quería saber de qué habían podido hablar. Sin embargo, dado el estado de Mario Vázquez, no creo que hubieran hablado mucho. Y en el caso de haber mantenido conversaciones, todas girarían en torno a su mujer fallecida. También quedaba otro interrogante, ¿Qué iba hacer con él?

El subinspector regresó con la bolsa de pruebas. A continuación, alumbró a Carla y esta recogió los pedazos con sumo cuidado.

19

24 de diciembre. Nochebuena.

A las ocho de la mañana de ese día tan festivo, subieron a Raúl a la sala de interrogatorios de la jefatura. El juez quería dejarlo todo zanjado para irse pronto a casa y estar junto a la familia. Entró a la antesala.

—Buenos días, empecemos cuanto antes, es Nochebuena; inspectora, apriétele las tuercas, si no voy a comer con a casa, mi mujer me corta los huevos.

—Lo intentaré, señoría.

La inspectora y su compañero entraron a la sala de interrogatorios y se sentaron.

—Buenos días, señor Fernández.

—No voy a decir nada hasta que no sean las nueve de la noche.

—¿Perdón? —inquirió extrañada Carla.

—Como oye.

—No estamos aquí para sus tonterías, ya lo tiene bastante negro.

—Lo sé, y hasta que no sean las nueve, no diré nada.

—¿Puedes darme una explicación?

Quedó en silencio.

—Está bien, hoy es Nochebuena, será mejor que lo dejemos para el viernes. Espero que disfrutes de tus galletas y el zumo, es lo único que cenarás esta noche.

Carla se levantó e hizo ademán de abrir la puerta.

—¿No quiere saber dónde puse la bomba?

Se detuvo, y se giró.

—¿Qué bomba?

—Ahora he captado su atención. Si lo quiere saber, la espero a las nueve, como puede observar, no me moveré de aquí.

—Si tienes abogado, vete llamándolo.

—No me hace falta, inspectora.

Carla y Fede abandonaron la sala.

—Tenemos un problema —mencionó Carla al juez.

—Lo sé, lo he oído todo. Que piensas, ¿qué es verdad, o se está tirando un farol?

—No lo sé, pero habrá que entrar en su juego, de todos modos, ¿por qué iba a mentirnos?

—Joder, siendo hoy Nochebuena, que tengo a la familia viniendo desde fuera… Pues nada, habrá que entrar en su juego. No queda otra opción, no vaya a ser que este diciendo la verdad, y la liemos. ¿Tú qué piensas? —inquirió el juez a Carla.

—Pienso que desde la muerte de su mujer, se le fue la cabeza. Deberíamos de seguir sus instrucciones.

—En ese caso, hablar con vuestras familias. Aquí a las ocho y media.

En la jefatura, los minutos pasaban como si fueran horas, las horas pasaban como si fuesen años. Una silla faltaba en la familia del juez, Fede, y la inspectora. Sus familias ya estaban reunidas y dispuestas a pasar una noche cálida entre risas y langostinos, en cambio ellos, entre rudas caras, comían un sándwich de la máquina del segundo piso, esperando a que dieran la misma hora en la

que Eladio se disparó. Las nueve de la noche. Llegado esa hora, lo volvieron a subir a interrogatorios.

—Ya son las nueve, ¿nos vas a decir dónde está la bomba?

—Tranquila, a su debido tiempo. Me alegro de volver a verla.

—Limítese a contestar a las preguntas. No hace falta que te diga el motivo de que estés aquí. Se te acusa de inducción e intento de asesinato. Artículo 18 del código…

—Ahórrese la palabrería —interrumpió Raúl.

—Sabemos el motivo por el cual has hecho todo esto.

—¿Así? ¿Y cuál es?

—La muerte de tu esposa.

—Asesinato —volvió a interrumpir— A mi mujer la asesinó un borracho, no se equivoque, me oye, no vuelva a decir que es por su «muerte.» Y sí, lo hice por ello. Ese mal nacido tenía que pagar, y en esta ocasión, su sucio dinero no le iba ayudar. Y así fue.

—Tú también eres un asesino.

—Sigue equivocándose inspectora, yo no he matado a nadie en mi vida.

—Por eso hiciste que Eladio apretase el gatillo, cortes profundos a Yolanda Reinosa, por no hablar de Roberto Marín el cual, no lo pudo reconocer ni su esposa. Eres tan asesino, como el que aprieta el gatillo.

—No tiene ni puta idea. A Eladio, lo di a elegir. Lo de Yolanda y el otro, dejé que fueran ustedes lo que les salvaran. Cosa que no hicieron con el pobre Roberto. Yo no quería matarles, lo que quería era que cada ver que se vieran al espejó, vean las cicatrices de una persona repugnante., vean que ellos fueron tan culpables como lo fue el borracho que mató a mi mujer. Eso se les quedaría grabado de por vida. A ambos, había que darles una lección. Pero lo principal, el plato fuerte, era Eladio y su hijo.

—¿Y si no hubiésemos llegado a tiempo con Yolanda? No nos tomes por estúpidos, ¿qué es eso de que dejaste a nosotros salvarlos? De antemano sabías que iban a morir de todas las maneras, solo es una excusa para no llamarte a ti mismo asesino, cuando en realidad, lo eres. Lo de Roberto… Era imposible haberlo salvado, para él, elegiste una buena localización. También sabias que las ratas harían el trabajo.

No contestó.

—Sabemos que estuviste estudiándolos. Estuvimos en tu casa, vimos todo el tinglado en tu garaje —aludió el subinspector.

—Me resultó demasiado fácil, hoy en día con todo eso de las redes sociales, fue fácil dar con la abogada.

—Explícate.

—Ya sabe, se sube una foto, una frase diciendo: «Me encanta este bar, se está como en casa»—Suspiró—. Y adiós a su privacidad. Deberían de enseñar a los chavales y no tan chavales a no publicar toda su vida en una red social. Puede tener consecuencias nefastas.

—¿Y Eladio, y Roberto? Porque supongo que ellos no tendrán redes sociales —añadió Carla.

—Con Eladio y Roberto… Digamos que para saber sus pasos, tuve que gastarme casi todo mi dinero.

—¿A qué te refieres?

—A su secretario, ese cabrón ambicioso me proporcionó todo lo que necesitaba, menudo pájaro, vendería a su madre por una botella de vino.

—¿El secretario? Sabía que nos ocultaba algo.

—Pues sí que lo ocultaba. Al mes del juicio, me llamó. Me dijo que tenía cierta información muy valiosa para mí. Si la quería, que quedase con él en el parque del Retiro, en un banco cerca de la estatua del Ángel Caído, y que llevara mil euros. Así hice.

—Continua.

—Cuando llegué, ya me estaba esperando. Nos sentamos. Comenzó a contarme que todo había sido manipulado, que contrataron a un sudamericano para hacerse pasar por el conductor, pero que en realidad, el que conducía era el hijo de Eladio Vázquez, el dueño del coche. En ese instante, se me vino el mundo abajo, se me partió el alma. No bastó con haber asesinado a mi mujer, que encima contratan a un tipejo para acusarle y cargar con toda la culpa. Se rieron de mí y de ella, en toda mi puta cara, ¿Sabe cómo me sentí? Si se hubiera parado y socórrela, o llamar a la policía, quizás la hubieran salvado, pero no lo hizo, se marchó del lugar como si no hubiera pasado nada. Entonces, comencé a investigar al hijo en redes sociales, el hijo de puta colgaba fotografías pegándose la vida padre entre viaje y viaje, comidas y ropa de lujo, ¿sabe cómo son mis días? Ir al cementerio a poner flores a la tumba de mi mujer. No podía permitir que se saliera con la suya, no, no podía hacerlo. Tenía que pagar.

—¿Y te fiaste de él así, porque sí? ¿Sin que te aportara ninguna prueba?

—¿Me ve pinta de estúpido? ¿Piensa qué le iba a dar mi dinero por su cara bonita? Pero entonces, sucedió. Me dio la prueba que necesitaba.

—¿De qué trataba? —cuestionó el subinspector.

—De una grabación, Sacó su móvil y me la reprodujo allí mismo. Eran ellos cuatro hablando en el despacho de Eladio. Comentaban cómo tapar el asunto, cuánto dinero recibiría cada uno y cómo se iba a llevar a cabo el juicio.

—¿Te dio la grabación?

—No.

—¿Le pagaste?

—Sí. También le fui pagando cuando me iba consiguiendo información. No sé cuantas veces lo habrá hecho, y si lo hizo con más personas, pero al cabrón, no se le caían los anillos.

—¿Cómo secuestraste al hijo de Eladio? Supongo que con ayuda del secretario.

—¿Quién si no? Me dijo dónde podía encontrarlo, a la salida del club de pádel de la Moraleja, tiene partido hasta las once de la noche. Fui hasta allí, cuando nos cruzamos las caras, el mal nacido no sabía ni quién era, se cruzó conmigo como si nada. Estuve a punto de matarlo ahí mismo y créame, las ganas no me faltaron. Al mirarlo a los ojos, lo vi atropellando a mi mujer, una imagen que todavía no me deja dormir, tengo que tomar tres pastillas para poder conciliar el sueño. Mantuve la calma, quería que fuera lento, que sufriera, no de forma rápida. Su muerte tenía que ser lenta y dolorosa, como fue la de mi mujer, aguantando hasta que no pudo más. Quería que sintiera lo que ella sintió. Hice lo mismo que con los demás; saqué la aguja y se lo clavé en el cuello. Cogí el móvil, metí al hijo al maletero, y le mandé un mensaje a su madre diciendo que no iba a dormir a casa, y que al día siguiente se marchara a esquiar.

—Leímos el mensaje.

—Así lo hice, no hay más.

—¿Qué tenías pensado para él?

—Si le soy sincero, la verdad es que nada. Improviso sobre la marcha. Eso sí, quería que sufriera como he sufrido yo.

—¿Cuánto tiempo estuviste estudiándolos?

—Desde el verano.

—Y el falso conductor, ¿no fuiste a por él?

—Lo estuve pensando. El secretario también me dio información sobre su persona. Fui a su casa, en el barrio de Legazpi. Al verlo con su mujer e hijos, me di cuenta que era una víctima como yo. En este caso, no valía la pena. Preferí ir a por quienes de verdad lo hicieron

—¿Por qué hiciste esa puesta en escena con Eladio? ¿Qué sentido tenía disfrazarlo y que se pegara un tiro en mitad de Callao?

—Visibilidad, quería que se entera el país de lo miserable que era. Al principio no quiso, se mantuvo firme, pero fue enseñarle un video de su mujer secuestrada y ya… se vino abajo. Aparte inspectora, que yo no soy un asesino. Lo hice por justicia.

—Venganza diría yo.

—¿Acaso no es lo mismo?

—Sin embargo, le hiciste decir entre él y su mujer.

—E hizo bien, y la eligió a ella. No esperaba menos. ¿Sabe por qué mi mujer salió aquella noche?

—No, no lo sé.

—Estaba de celebración con las amigas. Hace una semana, nos enteramos que íbamos a ser padres.

—Siento escuchar eso. ¿Dónde conseguiste el arma?

—Conocí a un tipo a través de internet, en un foro sobre armas. Estuvimos hablando, un día le dije que necesitaba un arma y el tipo me la proporcionó. Me costó quinientos euros. La cantidad de cosas que se pueden conseguir con un solo clic.

—¿Quedaste con él?

—Claro, si no, ¿cómo me la iba a dar?

—Puedes darnos una descripción —añadió Fede.

—No, dejémosle al margen.

—Ya nos has contado todo esto, y está muy bien, pero, ¿y la bomba? Me parece a mí, que es un farol cuyo motivo desconozco —continuó Carla.

—¿Estás segura?

Un agente llamó a la puerta varias veces interrumpiendo el interrogatorio. Carla le dio paso. Este entró y le entregó una carpeta a Carla. La abrió y leyó el informe.

Se trataba de lo trozos de papel encontrados en la estación. Científica los había recompuesto y analizado.

—No puede ser… —Se levantó de la silla—. ¿Y esto? —le preguntó a Raúl poniendo el informe encima de la mesa. Esto es un plano de una bomba casera.

—Ya se lo dije.

—¿Dónde las has puesto?

Continuó callado. Carla lo agarró de la camiseta

—¡Qué nos lo digas!

Fede se metió por medio. La separó.

—Dinos donde tienes la bomba —prosiguió el subinspector.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Salvar vidas, ¿no te parece? Que no muera más gente.

—¿Y mi mujer se merecía morir? ¿Eh?

—Siento lo de tu mujer, pero quitar vidas no te devolverá la de ella.

No dijo nada.

—Si yo fuera tu mujer —siguió Carla— no me gustaría nada ver en lo que te has convertido. ¿Crees qué a ella le hubiera gustado? Piensa en ello, si todavía te queda humanidad.

Vamos fuera, subinspector.

Ambos salieron.

—¿Qué hacemos? —cuestionó Carla.

—Habrá que avisar a los Tedax.

—¿Y qué les decimos? ¿Qué tenemos una bomba pero que no sabemos dónde? Cundiría el pánico.

—Tendríamos que sacarle la información. A la vieja escuela.

—Nada de golpes. Míralo, qué tranquilo está. Hay algo que no entiendo, ¿por qué darnos tantas pistas de dónde estaba?

—No sé.

El agente que custodiaba a Raúl, avisó a Carla.

—Inspectora, el detenido quiere hablar con usted.

Volvieron a la sala.

—Tú dirás.

—Lo estuve pensando, y tiene razón, mejor será parar esto. Pero a cambio, quiero una cosa.

—¿Qué quieres?

—Quiero que ese hijo de puta del hijo pague por lo que hizo. Quiero verlo entre rejas. A cambio, le diré donde está.

—Haré lo que pueda.

—No es la respuesta que buscaba. ¿Qué hora es?

—Y eso que importa.

—Mucho.

Carla miró su reloj.

—Son las once y cuarto.

—Le queda cuarenta y cinco minutos para decidirlo. A medianoche, hará explosión.

—Le prometo que haré que lo pague. Le doy mi palabra.

—En ese caso, le diré que está donde empezó todo.

Carla quedó pensativa.

—¿En Callao?

Raúl asintió.

—Concretamente, en el árbol de Navidad. Entonces, ¿tengo tu palabra?

—La tienes.

La inspectora se puso en contacto con los Tedax. Varias patrullas de policía municipal y nacional comenzaron a cortar y desalojar la concurrida plaza. Acompañado por expertos en explosivos, el perro comenzó a oler el árbol, su hocico entrenado le dio que la bomba se encontraba en el interior de una guirnalda. Los Tedax hicieron su trabajo. Abrieron la guirnalda con sumo cuidado por la mitad. En el interior se hallaba una bomba casera, con un temporizador cuyos cables se unían a un explosivo plástico, en concreto C4. Carla siguió los pasos del jefe de los Tedax a través de la radio. El jefe daba las indicaciones al compañero que dirigía el robot.

—Inspectora, ¿me escucha? —preguntó a través de la radio.

—Alto y claro.

—Bien, ahora el robot está caminando hacia el objetivo. Es una bomba de fabricación casera. El explosivo es C4, no es mucho, pero lo suficiente para hacer saltar por los aires la manzana. En tres minutos hará detonación. ¿Tiene al detenido con usted?

—Aquí lo tengo.

—No tenemos tiempo de averiguar que cable es. Pregúnteselo.

Carla le hizo a misma pregunta a Raúl.

—Dos minutos…

—El azul.

—¿Estás seguro?

—Un minuto…

—Lo estoy, que corte el azul.

—Inspector, ¿lo ha oído?

—Sí.

—Hágalo.

El robot lo cortó, treinta segundos más, y la plaza de Callao se hubiera convertido en un polvorín.

—Bomba desactivada.

—Gracias, inspector.

Carla apagó la radio, y se dirigió a Raúl.

—Haré que lo pague.

—Sé que lo hará.

—Antes de llevarte al calabozo, ¿cómo un ingeniero de caminos pudo conseguir un explosivo C4?

—Al igual que pude conseguir el arma.

—Solo una persona que trabaje en el ejército, puede tener acceso a esos explosivos, ellos y los terroristas, y no creo que te lo consiguiera un terrorista. ¿Cómo lo pusiste?

—No joda inspectora, es la plaza de Callao en Navidad, ni se dieron cuenta, y si alguien me vio, ¿Quién iba a sospechar de una persona colocando una guirnalda? Tú mantén la promesa.

—Lo haré. Agente, lléveselo.

Lo levantó de la silla.

—Antes de irme, quiero darle algo. Apunte, 1774, BBVA, calle Orense 58. Ahí encontrara lo que necesita. Feliz Navidad.

20

La Navidad había terminado, el mes de enero empezaba. Atrás quedaba el amor de la gente por las calles, la decoración, la iluminación, el papá Noel… Ahora todo volvía a la normalidad; ruidos; discusiones y peleas. Cinco días después de Navidad, en pleno comienzo de la cuesta de enero y antes de la noche de Reyes, la inspectora, con una orden de registro en la mano, se dirigió a la sucursal. El director tras leer la orden, lo acompañó hasta la sala de tesorería, lugar donde se guardan las cajas de seguridad de los clientes.

—¿Cuál necesitas?

—La 1774.

Introdujo en el ordenador el número de la caja y este le mostró la fila en la que se encontraba. Seguido, cogió la llave, se acercó y la insertó. Una vez abierto, metió lados manos y lo sacó.

—Tenga —mencionó entregándoselo.

—Gracias —contestó la inspectora poniéndolo encima de la mesa—. Otra cosa, necesitaría el contrato de cuando se hizo.

El director los dejó solo en la sala con la única compañía del secretario judicial. La caja, de metal y pintada de azul, poseía unas dimensiones de once por veinte centímetros.

—Veamos qué hay dentro —expresó Carla.

Levantó la tapa y halló una tarjeta de memoria.

—Apunté —mencionó al secretario—. Una tarjeta de memoria.

La guardó. El director retornó a la sala con el documento. Se lo entró a la inspectora y esta buscó la fecha en la que había ido solicitada la caja. La fecha le mostraba el mes de junio. Pensó en el contenido de la tarjeta, ¿fotos? Podría ser, ¿de quién o de qué? Esa era la incógnita, si es que hubiera fotos.

Acabado en la sucursal, llevaron la tarjeta a científica. Se la entregó a Vanesa quien, por medio de un lector de tarjetas, pudo analizar el contenido. Hallaron tres archivos de audio realizados con el teléfono móvil. Los reprodujeron. La inspectora sonreía a su vez que los escuchaba. Era la voz de Raúl Fernández hablando con el secretario. En el primer audio, el secretario ofrecía por un módico precio de quinientos euros, información sobre el hijo de Eladio. El segundo audio, se trataba de lo mismo sin embargo, esta vez ofrecía información sobre el propio Eladio. El último audio, era más interesante. En este, Raúl sonsacó al secretario el motivo por el que lo hacía y aparte, una confesión. El motivo, ya se lo dijo Raúl a la inspectora, el dinero.

«Mira, lo que te hicieron en el juicio, es una putada, ¿y qué? ¿Crees qué eso importa? ¿Crees qué a la familia Vázquez le importa? Para Eladio, tu mujer no importaba, él solo quería salvar el culo de su hijo. Para todo Dios, el conductor era el boliviano ese, no Mario. Tú buscabas justicia y yo te le he ofrecido. Si quieres la información la coges, si no, me voy por donde he venido y no vuelves a verme el pelo. Te tendrás que buscar la vida tú solito…»

—Gracias a Raúl, tenemos las pruebas para ir a por él —alegó Carla.

—Esto no nos lo dijo durante el interrogatorio.

—Quizás no se fiara.

—¿Y por qué lo grabó?

—Como seguro, por si le pasaba algo, un chantaje… El motivo ya es lo de menos, lo que importa es que Raúl, nos ha servido en bandeja de plata al secretario. Ya podemos ir a por él. Vane, ¿puedes meterme los audios en el teléfono?

—Ahora mismo.

21

El subinspector telefoneó a la viuda. Habló con ella y le mencionó que tenían que hablar junto a su hijo y el secretario. Al principio se opuso, para ella que su hijo estuviera en casa, le era suficiente, ya no quería saber nada más. De la misma manera, comentó que la dejasen tranquila, que iba a llevar el luto a su manera, Fede insistió. En su estratagema, alegó que tenían unas pertenencias de su marido, y una «buena» noticia que darles. Aceptó, poniendo hora a esa cita, las cinco de la tarde.

—Sean puntuales —mencionó la viuda antes de colgar.

Antes de dirigirse a la cita, hablaron con el juez. Le expusieron el caso, le mostraron los audios y autorizó la detención del secretario. Y en base a las nuevas pruebas aportadas, decidió reabrir el caso de Elena García.

Junto a varias patrullas, a las cinco de la tarde, ni un minuto antes ni después, la inspectora llamó al telefonillo. El secretario les abrió mostrando una sonrisa falsa. No tenía ni idea de lo que se le venía encima. Accedieron con dos agentes a la vivienda. Les condujo hasta el salón, donde se hallaba la viuda y su hijo.

—Buenas tardes señora Argensola —saludó Carla.

—Por teléfono me dijeron que tenían partencias de mi marido y un buena notica que darnos. Ustedes dirán. Ya tienen al asesino, ¿no?

—Cierto, tenemos al asesino. Pero tenemos una prueba mejor. Señor Ventura —Se dirigió a él—. Siéntese, esto va con usted.

—¿Conmigo?

La viuda quedó confundida al igual que su hijo.

—¿Qué quieren de Manuel? —inquirió la viuda.

—Queremos que nos conteste a una simple pregunta. ¿Cómo sabías de la muerte de Eladio? Según la señora Argensola, usted se lo dijo cuando fue a recogerla al hospital. ¿Cómo lo supo?

—Usted lo mencionó la primera vez que vino.

—No, nosotros no dimos esa información.

—Lo escucharía en las noticias.

—Imposible, la noticia no se filtró a la prensa hasta después de varios días. Solo alguien que sabía que a Eladio le sucedería algo, pudo decírselo a su mujer. Señora—Se dirigió a esta—. Sabemos que su secretario, proporcionó información sobre Eladio y su hijo, a Raúl Fernández.

—¿Qué tipo de información?

—Movimientos de su marido y su hijo. Fechas y horas donde poder encontrarlos. Gracias a eso, Raúl pudo secuestrarlos.

—Manuel, ¿qué está diciendo?

—Tonterías Teresa, no sé de qué está hablando.

—Te refrescaré la memoria.

Carla sacó su teléfono móvil oficial, y reprodujo el audio en el que incriminaba a la familia Vázquez.

—¿Te suena la voz? Eres tú ofreciendo tus servicios… Raúl grabó vuestras conversaciones después de vuestro primer encuentro en el Retiro. Tú le dijiste que el conductor no era el boliviano, le dijiste que fue el hijo de Eladio.

—Teresa, no lo escuches, es todo un montaje.

Sin embargo, la viuda no creyó que fuera un montaje y comenzó a darle un ataque de ansiedad.

—¡¡¡Mamá!!! —exclamó el hijo a su vez que intentaba tranquilizarla.

—Las pastillas… dame las pastillas…

El secretario fue a cogerlas. Fede lo paró.

—Usted ni se mueva.

Fue el hijo quien se las dio. La viuda ingirió una, la cual hizo efecto y su ansiedad fue calmada tan solo por unos momentos.

—¿Nos puede dejar su móvil? —cuestionó la inspectora al secretario.

—¿Para qué lo quiere?

—Es una comprobación.

—Lo siento, sin una orden, no verán mi teléfono.

—Tengo una orden de detención contra usted que permite ver lo que quiera.

—Manuel —interrumpió la señora Argensola—. Si no tienes nada que ocultar, dáselo y acabemos con esto cuanto antes.

Se encontraba entre la espada y la pared. Si no lo entregaba, se iba a delatar el mismo, y si lo entregaba se descubriría el pastel.

—Tenga.

Se lo entregó. La inspectora se centró en los mensajes, fotografías y videos. Abrió el wasap. Descartó los mensajes de familiares y amigos y abrió uno que poseía las iniciales R.F.

«Al final, lo hice…»

Aquellas palabras, enviadas a las nueve y media del sábado por la noche, lo acompañaba el video de la muerte de Eladio. Le pasó el móvil a su compañero.

—Vaya con el secretario… —alegó Fede mirándolo a la cara.

—¿Qué ocurre? ¿Nadie me lo va a decir? —cuestionó la viuda.

—Señora Argensola, su secretario tiene el video de su marido. Se lo envió Raúl nada más ocurrir, acompañado con las palabras: Al final, lo hice.

—¡¡¡Serás hijo de puta!!!

Mario Vázquez lanzó su puño contra él. Necesitaba descargar toda su furia, toda la rabia acumulada durante sus días de cautiverio se concentraba en aquel puño cargado de miedo, soledad y muerte. Sin embargo, gracias a la rápida eficacia de los agentes, el puño no llegó a impactar contra la cara del secretario.

—¡¡¡Soltadme cabrones!!! ¡¡¡Te mataré!!! ¡¡¡Qué me soltéis cabrones!!! ¡¡Te voy a matar!!

—Sacadlo al patio a ver si se calma —indicó la inspectora.

Los agentes lo tuvieron que sacar a empujones, dado su estado, no hubiera manera de sacarlo de la manera convencional.

—¿Cómo nos haces esto? Somos tu familia.

—Son solo negocios —siguió la inspectora, ¿verdad? —preguntó al secretario. Este no dijo nada. Quedó como un avestruz, con la cabeza agachada metida en la tierra y esperando a que esta se lo tragase.

—Queda detenido por encubrir el asesinato de Eladio Vázquez. Subinspector, espose al secretario.

—Esto es una locura, soy inocente.

—Eso dicen todos.

—Meted también al hijo al coche, se viene con nosotros.

—No por favor, no se lo lleven —dijo la viuda entre sollozos.

—Lo siento señora Argensola, pero tenemos que hablar con él. Aparte de que el caso del atropello, se volverá abrir. Es mejor que contrate a un abogado.

—Espérame en la calle.

Se llevaron a los detenidos. Carla se sentó al lado de la viuda, una mujer que, por culpa de una noche de copas de su hijo, lo perdió todo.

—Siento todo esto, pero es nuestro deber.

—Ya no m queda nada…

—No diga eso.

—¿Qué va a pasar ahora?

—El juez reabrirá el caso, de ahí en adelante, ya es cosa del juzgado.

—Irá a la cárcel.

—Lo más probable.

—Todo esto va acabar conmigo. Mi salud ya no es lo que era.

—¿Tiene familia?

—Mi hermana.

—Es mejor que se apoye en ella.

—A ver como la cuento todo esto.

—Me tengo que marchar —Se levantó—. Siento todo esto, espero que tenga mucha suerte.

Carla se marchó dejando a una desconsolada viuda con los ojos enrojecidos y la mirada perdida.

Al mes siguiente, se celebró el juicio a Mario Vázquez, y al secretario. Dada las magnitudes del caso y la alarma social puesto que había transcendido a la prensa, el pueblo pedía la cabeza del hijo mientras solicitaba el indulto a Raúl Fernández, al cual, lo veían como un justiciero, un héroe sin capa, una persona que hizo lo que la corrupta justicia no quiso hacer. Al juez no le quedó más remedio que adelantar el juicio. A Mario Vázquez le cayó una condena de ocho años, retirada del carné de conducir, y una indemnización a la familia de la víctima de cien mil euros. Al secretario, la condena fue más elevada. El fiscal entendió que, sin su ayuda, Raúl Fernández no pudo ejecutar los delitos, debido a eso, se le acusó como cooperador necesario, siendo sentenciado a la misma pena que Raúl Fernández. Veinte años de cárcel.

Muchas gracias por leerme. Has llegado hasta el final y confío en que hayas disfrutado tanto como yo cuando escribí este libro.

Tu opinión es muy importante para mí, esto me dará feedback para mis próximos libros y hará que Amazon muestre esta historia a más lectores.

Me encantará leer tus comentarios.

Y si te quieres unir a mi lista de correo para no perderte ninguna novedad, o quieres contactar conmigo, aquí puedes hacerlo:

ajraven-escritor@ajraven.com

Sígueme en Amazon:

Amazon.es: A.J Raven: books, biography, latest update

Unirse a la lista de correo

Unirse

También puedes unirte a mi grupo de lectores en facebook:

Lectores de AJ Raven | Facebook